

MARIO ESCOBAR



EL JUEZ JUSTO

EL JUEZ JUSTO

Mario Escobar

“El jurado está compuesto por doce personas elegidas
para decidir quien tiene el mejor abogado.”

Robert Frost

“La absolución del culpable es la condena del juez.”

Publio Siro

Dedicado a todos los que siguen soñando con un mundo mejor.

Nota del autor:

Aunque esta novela es ficticia, algunos de sus hechos son reales o por desgracia lo serán.

Contenido

PRÓLOGO

UNA VIDA NUEVA

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

LA TEORÍA DEL CAOS

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

LA CENA DEL AÑO

CAPÍTULO 27

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[CAPÍTULO 39](#)

[CAPÍTULO 40](#)

[CAPÍTULO 41](#)

[CAPÍTULO 42](#)

[CAPÍTULO 43](#)

[CAPÍTULO 44](#)

[CAPÍTULO 45](#)

[CAPÍTULO 46](#)

[EPÍLOGO](#)

PRÓLOGO

Tucson no era demasiado diferente de Montgomery en Alabama. Ambas ciudades pertenecían al “Cinturón del Sol”, aunque hasta la década de los sesenta del siglo pasado aquellas regiones se encontraban entre las más pobres y poco desarrolladas de los Estados Unidos. La expansión de los campos de petróleo en Texas y la industria aeronáutica en Florida habían comenzado a crear un nuevo cinturón industrial y desarrollo. Las empresas tecnológicas de Silicon Valley y el cine hicieron el resto. A pesar de las extremas temperaturas y las extensas zonas de desierto, el sur del país estaba creciendo a un ritmo inesperado. Los Young provenían de Alabama, de una antigua familia de propietarios de plantaciones de algodón. Aunque el tatarabuelo de Rex destacó por liberar a sus esclavos antes de la guerra civil, para escándalo de sus vecinos, la familia de Sarah, los Houston, se habían caracterizado por la cría y venta de esclavos durante generaciones. Los bisabuelos lucharon en bandos opuestos pero, casi ciento sesenta años después, dos de sus decidieron aparcar las querellas familiares y unir a dos de los clanes más importantes de Alabama.

Rex era el marido perfecto, el padre ideal y un juez justo. Sarah había dejado su prometedora carrera como abogada por amor y ahora, debido al traslado de su marido, tenía que abandonar a su familia y amigos para trasladarse a Tucson, una de las ciudades de frontera, donde los problemas parecían multiplicarse cada década. Habían conseguido una casa relativamente grande en Flowing Wells al norte de la ciudad, una de las zonas más exclusivas y una especie de isla de tranquilidad a cierta distancia de los focos de violencia y delincuencia de otras zonas. Tucson tenía el honor de encontrarse entre las diez ciudades más peligrosas para vivir en los Estados Unidos, en concreto en el puesto ocho.

A pesar de todo, Sarah había logrado que la familia se adaptase a su nueva

vida, que sus hijos adolescentes ya nos los maldijesen cada día por haber tenido que abandonar a sus amigos y que Rex estuviera contento al tener por primera vez en su carrera el cargo de juez principal de Tucson con apenas cuarenta años.

Aquella mañana, justo en el centro comercial, Sarah tuvo el encuentro más extraño de su vida. Caminaba entretenida por las tiendas del centro comercial cuando se le aproximó un hombre latino de unos treinta años. Era moreno, con el pelo corto y ojos negros rasgados, barba cuidada y musculoso, al menos eso es lo que se intuía debajo del traje caro hecho a medida. Ella notó que el hombre la perseguía, aquello comenzó a ponerla muy nerviosa, estaba a punto de llamar a su marido cuando el hombre se paró enfrente y con una sonrisa seductora le dijo:

—Señora Young, es un honor conocerla. Perdone que la importune, creo que vivimos cerca, mi nombre es Eduardo Costa, sería un honor que usted y su marido vinieran a la fiesta que he organizado el día 22 de noviembre.

Sarah se quedó petrificada, sentía el corazón acelerado y una sensación desagradable, como si aquel hombre, a pesar de su aspecto impecable y buenos modos, no fuera de fiar.

—Bueno, tendré que hablar con mi marido. Mi familia viene en unos días para Acción de Gracias.

—Lo entiendo, pero no acepto un no por respuesta. Podrá conocer a mi familia. Los ciudadanos de Tucson queremos presentar nuestros respetos al nuevo juez, ya sabe que nos llaman “el pequeño pueblo más grande de América”.

Sarah sonrió, notó la mirada seductora del hombre recreándose primero en su vestido de flores que resaltaba sus curvas luego en las piernas largas y blancas, su cara aniñada de ojos azules y pecas, con la frente despejada y pelo largo de color pajizo y rizado.

El hombre le entregó una tarjeta, hizo un gesto inclinando ligeramente la cabeza, le besó la mano y se alejó a grandes zancadas por la tienda. Sarah se quedó con la tarjeta en la mano, aún sin reaccionar y sobre todo, ignorando que aquel hombre era el narcotraficante más peligroso del Cinturón del Sol y que estaba a punto de trastocar la vida de toda su familia para siempre.

1 PARTE

UNA VIDA NUEVA

CAPÍTULO 1

Los trajes hechos a medida siempre favorecen más que los fabricados en serie. Al menos eso decía siempre su padre, el honorable juez Steve Young, al que nunca había visto con una camisa arrugada o unos zapatos sucios. La imagen lo era todo en la vida. El maldito escarapate por el que el mundo te juzgaba cada vez que tenía oportunidad. Rex era consciente que además de ser juez debías parecerlo. La mayor fortuna de los Young era su porte apuesto y gentil, sus ademanes suaves y delicados del sur, el acento del Alabama y sus profundos ojos azules. El nuevo juez de Tucson pertenecía a una saga de buenos hombres, criados para mejorar el mundo y convertirlo en un lugar mejor, pero Rex era consciente de que la sociedad que había juzgado su padre y la que él tenía que proteger no eran las mismas. Eso no quería decir que el mundo de sus padres y abuelos fuera mejor. Además de la discriminación hacia los afroamericanos, los disturbios raciales y la lucha contra los grupos extremistas blancos, su padre había lidiado con las oleadas de heroína y crack que habían arrasado el país durante los setenta y los ochenta del siglo pasado. La clase media en los Estados Unidos estaba sometida a tal presión que parecía descomponerse como un trozo de carne abandonada en mitad del desierto. Los jueces se encontraban en la primera línea de batalla: eran los únicos que podían frenar la corrupción, la violencia creciente y la extensión del mal, que como una persistente marea se extendía contaminando todo el tejido social.

Rex aparcó su Ford en su plaza reservada y caminó por la sombra de los árboles para intentar no sudar antes de llegar a su fresco despacho. En Arizona había dos climas, caluroso y muy caluroso. Subió de dos en dos la escalinata de los juzgados, mientras la gente que se le cruzaba le saludaba como si se encontrase en uno de los pequeños pueblos de Alabama, donde había pasado

los veranos con sus abuelos paternos.

—Juez Young, buenos días.

—Gracias Clarise, para ser lunes he de confesar que me encuentro muy animado.

—Lleva aquí apenas un mes, es normal que todavía el tedio no se haya presentado para quitar brillo a la cruda realidad.

La secretaria del juez era una mujer de mediana edad algo entrada en carnes, viuda por tercera vez y voluntaria de la biblioteca pública del centro. A veces hablaba como si fuera una novela por entregas de alguna de sus autoras favoritas. Adoraba los libros sobre romances amish y hubiera sido feliz naciendo a mediados del siglo XIX.

—Es cierto, espero que no tenga muchos casos hoy.

—El trabajo es una bendición —contestó la secretaria.

—Tiene razón, simplemente necesito un café solo y largo.

—Eso está hecho, señorita.

Rex abrió la puerta de su despacho, aún olía al viejo juez John Preston, un anciano venerable que le recordaba un poco a su padre. Apenas habían coincidido en la toma de posesión del cargo, pero el emérito juez se había ofrecido a ayudarlo en lo que hiciera falta. El anciano no tenía otro entretenimiento que sus hortensias, que cultivaba en un invernadero, y asistir a la iglesia presbiteriana más antigua de la ciudad.

Abrió las ventanas para ventilar el cuarto, pero a los pocos minutos las cerró al sentir el intenso calor. Después se sentó, miró el despacho anticuado y vetusto y por primera vez en su vida se sintió juez de verdad. La sombra de su padre había sido demasiado larga durante toda su vida, ahora que se encontraba lejos de Alabama, creía que ya no tendría que demostrar a nadie que era mucho más que el hijo pequeño de Steve Young.

El teléfono le sacó de sus pensamientos, observó la pantalla y vio el rostro

de su mujer. Se conocían desde niños, se habían criado juntos, eran casi como hermanos, por eso le extrañó una llamada tan temprano.

—¿Sarah? ¿Estás bien? Pensé que te acercarías al centro comercial esta mañana.

—Estoy en el coche, pero me ha pasado algo extraño, un poco desagradable.

Rex frunció el ceño, la mujer observó su cara en la videollamada e imitó el gesto de su marido.

—He conocido al dueño de la gigantesca mansión que tenemos en la cima de la colina. Eduardo Costa, me ha dicho que se llama.

El juez se frotó la barbilla, el nombre le sonaba, pero no era capaz de recordar dónde lo había oído.

—Bueno, ¿qué tiene de extraño?

—Nos ha invitado a su casa a una fiesta, pero me sentí intimidada por él.

—¿Te comentó algo inapropiado?

—No, eso es lo más extraño de todo. Fue correcto y cortés, pero su mirada era fría e inquietante.

—Bueno, ya sabes que siempre es difícil adaptarse a un nuevo lugar. Siempre hemos vivido en Alabama, aquí las cosas son diferentes, es una ciudad de frontera con sus propias peculiaridades.

Sarah cambió el gesto, parecía ofuscada, odiaba que Rex quisiera siempre analizarla y buscar una solución para todo. Echaba de menos a sus amigas, a su familia, hasta añoraba el pollo empanado de Alabama.

—Está bien, te dejo, tengo que hacer más compras.

El hombre se dio cuenta de que Sarah estaba molesta, pero antes de que pudiera reaccionar la mujer colgó el teléfono.

El juez dejó el móvil sobre la mesa y dio un ligero suspiro. Era consciente de todo a lo que había tenido que renunciar Sarah por él, pero a veces su

esposa no se daba cuenta de que para él tampoco era nada fácil.

Estaba a punto de encender su ordenador cuando escuchó una fuerte explosión que hizo vibrar los cristales del despacho, como si se estuviera produciendo un terremoto. Se levantó como un resorte y se dirigió a la ventana. A unos trescientos metros, justo al otro lado de la plaza, un local ardía, varios cuerpos ensangrentados alfombraban la calle y las alarmas de varios coches comenzaron a sonar, como si estuvieran en mitad de una maldita guerra. Lo que el juez Young desconocía era que eso precisamente estaba ocurriendo en la ciudad: una guerra no declarada en la que muy pronto se encontraría justo en medio.

CAPÍTULO 2

Salma Young era una versión joven de su madre, aunque a diferencia de esta, su pelo rojo y brillante, y su cuerpo delgado adolescente, anunciaba que sería aún más bella que Sarah. Aquella mañana del lunes el rostro de la chica mostraba una mezcla de timidez y enfado. Su hermano Larry, en cambio, parecía encantado con el nuevo instituto; se sacaban apenas un año y medio, pero no podían ser más distintos. A su hermano le fascinaban los ordenadores, los juegos online y las series de ciencia ficción, era un verdadero pardillo, siempre escondido detrás de sus gafas de pasta y sus camisas de cuadros abotonadas hasta el cuello; mientras que a ella le gustaba ser el centro de todas las miradas, una verdadera belleza del sur.

La chica miraba por la ventana que daba al jardín del centro y veía al fondo las secas colinas que rodeaban la zona residencial donde vivían. No podía ir al centro en coche, sus padres aún se habían negado a comprar uno, a pesar de que sabía conducir desde hacía casi un año, tampoco era recomendable ir en bicicleta con aquel calor infernal, por lo que cada día tomaba el autobús escolar e intentaba mostrarse simpática, aunque apenas nadie se había dirigido aún a ella.

—Hola, me llamo Anne. La chica rubia y con el mismo aspecto desgarrado de mujer a medio hacer le sonrió, dejando que sus *brackets* de colorines relucieran frente al sol.

Ya se había fijado en ella, la tenía al lado en clase de matemáticas e historia. A pesar de ser muy guapa, parecía una chica solitaria, que no caía bien a las populares.

—Hola —contestó de forma cortante.

—Llevas una semana en el instituto y no hemos hablado, seguro que te vendría bien alguien que te pusiera en antecedentes de cómo funcionan las cosas aquí.

Salma sonrió irónicamente.

—Estoy convencida de que las cosas no son muy distintas que en Alabama. Las de la última fila son las populares, aquel grupo el de los frikis, los deportistas al lado de la ventana y los inadaptados rodeándome.

Anne arqueó las cejas, hasta ese momento no había cruzado ni una palabra con la nueva, pero no se había imaginado que, tras su rostro angelical pecoso y de grandes ojos verdes, se agazapase una chica irónica y sagaz.

—Perdona. Me llamo Salma —dijo al ver el rostro confuso de la chica.

Le hubiera gustado ser la protagonista de una historia adolescente, siempre rebelde y contestataria, pero siempre había estado rodeada de una familia encantadora, comprensiva y estimulante. El mayor defecto que podía achacar a sus padres era que no tenían, lo que a veces le sacaba de quicio.

—Hola Salma, creo que vives cerca de mi casa. Si quieres a la salida podemos ir juntas.

—Bueno, al menos la vuelta será más entretenida que con mi hermano Larry.

Las dos se rieron. Salma intentó disimular la ilusión que le hacía que alguien le hiciera caso, se concentró en las clases y esperó con ansiedad el regreso a casa. Lo bueno de esa zona era que en noviembre aún podías bañarte en la pequeña piscina del jardín trasero y tomar el sol mientras intentabas que el resto del día pasara más rápido.

Al mediodía dejaron el centro, subieron al autobús y se sentaron juntas.

—¿Eres la hija del nuevo juez?

—Sí, venimos de Alabama.

—Es muy diferente a esto.

—Un poco, la gente es más amable, el calor menos húmedo y por desgracia no hay esos bosques ni los prados verdes, eso me agobia un poco.

—Te acabarás acostumbrando.

Salma se encogió de hombros. El uniforme colegial parecía disimular sus

formas, pero los compañeros de la fila delantera no les quitaban el ojo a las dos chicas.

Bajaron en la parada y caminaron juntas mientras Larry mirando el teléfono lo hacía a un centenar de pasos por detrás.

—¿Quieres venir a mi piscina esta tarde? Lo pasaremos bien —le propuso Salma a su compañera.

—Vale, hacemos los deberes juntas y después nos bañamos.

Se separaron y cada una se fue a su casa. Mientras caminaba por el asfalto ardiente un chico la observaba desde la mansión situada en el alto. Tenía el pelo negro y corto, vestía con un bañador corto y una camiseta ligera que mostraba sus músculos de gimnasio. Justo en ese momento el coche de Sarah subía por la cuesta, aparcó en la entrada y la mujer sacó unas bolsas del maletero, sus hijos la ayudaron y los tres entraron en la casa. El joven siguió observándolos hasta que desaparecieron, después se lanzó a su piscina y dejó que el agua fresca le quitase la sensación de bochorno, nadó unos minutos y después entró en la casa. Los dos guardaespaldas de su padre se entretenían con los teléfonos mientras la criada se esmeraba en la cocina y su hermana Conchita de nueve años se hacía fotos con el móvil.

—¡Roberto!

La inconfundible voz de su padre retumbó en la casa. Sintió un escalofrío, era el único hombre en el mundo al que temía. El joven se colocó la camiseta sobre el cuerpo aún húmedo e intentó respirar hondo, para que su corazón acelerado comenzara a calmarse un poco.

—Esta tarde vienen los Young a casa, espero que te comportes. ¿Has entendido?

—Sí, padre.

Aquella fue toda la conversación, el chico salió del despacho y tomó un trozo de pan de la mesa de la cocina, la cocinera le reprendió y él le sonrió.

Después subió a su cuarto y observó la casa de los vecinos por la ventana. La chica estaba en su cuarto, le parecía una de las pelirrojas más guapas que había visto nunca. Después se tumbó en la cama y comenzó a escuchar música mientras dejaba que el aroma que llegaba de la cocina le abriera el apetito.

CAPÍTULO 3

El juez descendió por las escaleras de dos en dos, salió a la plaza y corrió hacia el incendio. No llevaba la chaqueta puesta y la corbata se bamboleaba de un lado al otro mientras los cercos de sudor comenzaban a cubrirle las axilas y la espalda. Cuando llegó enfrente del local que ardía, ya había dos policías judiciales y un sanitario ayudando a los heridos. Tres hombres y una mujer yacían desangrados en el suelo hirviente de la plaza, un corro de curiosos observaba sin hacer nada o fotografiaban la escena como si se tratase de una película.

El juez miró el fuego que aún consumía el local, si la memoria no le fallaba se trataba de un sabroso restaurante de comida del sur, habían estado allí almorzando el día anterior, para no olvidar el sabor de los platos típicos de su tierra. Ahora todo ardía: las mesas, las sillas, la zona de juegos para los más pequeños. Pensó que afortunadamente a aquella hora todavía el establecimiento no estaba abierto, si no la masacre hubiera sido inenarrable. Entonces vio un cuerpo menudo a un lado, justo debajo de una de las mesas de la terraza, se aproximó despacio, era una niña de poco más de cuatro años; estaba tumbada, con la cabeza cubierta de sangre y los ojos en blanco. La reconoció de inmediato, se trataba de la hija de la dueña, Michel, que se paseaba por las mesas del restaurante siempre con su bella sonrisa en los labios.

—¡Mi hija!

Se escuchó desde el lateral de la calle, la madre de Michel corrió hasta ellos, soltó la compra dejando que las bolsas de papel se volcaran y todo su contenido se desparramase por el suelo. Se puso de rodillas ante el cuerpo y comenzó a mecerla, como si con aquel gesto pudiera devolverla a la vida.

Rex apoyó su mano sobre la espalda de la mujer, ella se giró, tenía los ojos anegados en lágrimas, una expresión de horror que lo dejó casi sin respiración

y un gesto de incredulidad.

El juez sabía que la vida podía cambiar de la noche a la mañana sin avisar, en su trabajo lo veía constantemente, pero era muy distinto escucharlo durante la declaración de un testigo que verlo con sus propios ojos.

Los bomberos llegaron poco después, comenzaron a apagar el fuego, mientras los curiosos eran dispersados por la policía. Un hombre se acercó hasta el juez y le dijo:

—Señoría, ¿qué ha sucedido?

Rex reconoció la voz del fiscal Armando Rojo, no se caían demasiado bien. Armando era el tipo de persona a la que el juez aborrecía, más preocupado por su carrera política que en impartir justicia en la ciudad.

El juez encogió los hombros, se sentía tan confuso como el resto de los testigos que miraban incrédulos la masacre. Aquel tipo de atentados únicamente los hacían los supremacistas blancos, algunos movimientos antisistema y los terroristas islámicos, pero Tucson parecía muy alejada de aquel tipo de violencia, era más normal alguna trifulca entre bandas o crímenes por atracos o violencia de género.

—Esta maldita ciudad se está yendo al diablo —dijo el fiscal, después se quitó la chaqueta. Observó a la mujer, mientras los sanitarios intentaban apartarla amablemente para comprobar el estado de la niña y pensó en su propia hija Alicia. La mujer comenzó a gritar, parecía como si al desprenderla de aquel consuelo, del último abrazo que podía dar al cuerpo caliente aún de su hija, le arrancaran a la vez su alma. Rex abrazó a la mujer cubierta de la sangre de su pequeña e intentó no llorar. Estaba acostumbrado a no mostrar sus sentimientos por decoro a su cargo, aunque sufría como cualquier persona.

—Lo siento, lo siento mucho —logró decir mientras la dueña del restaurante sollozaba en su hombro y el calor abrasador de la mañana comenzaba a alejar a los curiosos en busca de otra novedad que los sacara de

sus monótonas y anodinas vidas.

CAPÍTULO 4

Lo último que le apetecía a Rex Young y a su familia aquella tarde era ir a la casa de los Costa para tomar algo. No querían ser descorteses, pero en la semana y poco más que llevaban en la ciudad, apenas se habían relacionado con nadie. Durante los primeros dos días se habían dedicado en exclusiva a desembalar cosas y, aunque les quedaban la mayor parte de las cajas sin abrir, al menos tenían lo básico como la ropa de verano de los chicos, los libros de Rex y los aparatos de cocina de Sarah. La esposa del juez había logrado hacer una tarta de chocolate y cuando cruzaron la calle y subieron la colina, el chocolate ya comenzaba a fundirse.

Les abrió un hombre con gafas de sol, era hispano, alto y musculoso, con una camisa larga y pantalón de lino blanco.

—¿Son los señores Young?

Rex afirmó con la cabeza y el guardaespaldas los llevó hasta la parte de atrás de la casa. Lo primero que les sorprendió fue el amplio jardín, frondoso y con sombra, frente a la montaña yerma y seca. Un hombre con pantalón corto y camisa de lino se esmeraba en preparar carne a la brasa mientras una bellísima mujer vestida con un pareo y el pelo negro recogido en un moño les hizo un gesto teatral y caminó hasta encontrarse a su altura.

—Buenas tardes, soy Patricia Costa, mi esposo llevaba días queriendo invitarlos pero, con las fechas tan cerca de Acción de Gracias estamos muy liados.

Un chico moreno se acercó hasta ellos, Salma se le quedó mirando. Era alto y atractivo, de cuerpo musculoso y porte, nada que ver con sus compañeros de clase.

—Mi hijastro Roberto...

Una niña llegó corriendo hasta ellos y se escondió detrás de la madre.

—Esta niña traviesa es mi hija Conchita. Saluda cariño.

La niña sonrió tímidamente y después se marchó hacia donde tenía los juguetes.

—Al principio es un poco tímida.

Se acercaron todos a la barbacoa, Eduardo se giró, su bigote fino y negro se arqueó cuando sus labios esbozaron una sonrisa.

—Encantado de conocerlos, debimos ir a verlos hace días, pero los negocios me tienen muy ocupado.

El hombre dio la mano al juez y su esposa.

—Que los chicos disfruten en la piscina mientras tomamos una copa —comentó Patricia.

Salma siguió hipnotizada a Roberto, mientras Larry sacaba su teléfono para jugar a algún juego.

—¿Qué quieren tomar?

Una de las criadas se acercó hasta ellos y esperó que la ordenaran las bebidas.

—Bueno, yo tomaré algo refrescante. Una limonada estaría bien —dijo Sarah tímidamente, agradeció seguir llevando las gafas de sol, al menos detrás de ellas se sentía menos intimidada.

—Ofelia les puede preparar un cóctel, son su especialidad —comentó Patricia.

—No tomo alcohol.

—¿Quiere una cerveza señor Young? —le preguntó Eduardo.

El hombre titubeó, no solía beber, llevaba casi diez años sin tomar un trago. En su época de estudiante se había pasado con el alcohol y tras terminar la carrera le prometió a su Sarah que lo dejaría para siempre.

—Está bien, pero solo una.

Su mujer le echó una mirada asesina, pero terminó sentándose en una de las tumbonas a la sombra junto a Patricia. Las gotas de sudor le corrían por la

espalda, se arrepintió de no haberse puesto una ropa más ligera pero, tras el encuentro con Eduardo en el centro comercial, pensó que era mejor no ir muy provocativa.

—Teobaldo, atiende la barbacoa —dijo al guardaespaldas mientras le entregaba la paleta—, quiero enseñarle una cosa.

Entraron en la casa, Rex apenas se había fijado mientras la cruzaban a toda prisa, pero ahora no pudo dejar de mirar las columnas de mármol, los muebles caros y las alfombras persas. Entraron en un despacho amplio, casi como el salón de su casa y Eduardo se acercó a una gran pecera iluminada. Al estar las contraventanas echadas, el agua brillaba en medio de la penumbra.

—Este es un pez cirujano, es muy hermoso con sus rayas de colores, pero las espinas de su cola pueden inyectarte un veneno mortal. Aquel otro es un pez piedra, se camufla muy bien y tiene un veneno mortal también, pero al menos este tiene antídoto. El pez globo es el más letal, cada ejemplar tiene veneno para acabar con treinta personas a la vez.

Rex los miró fascinado, pero confuso. No entendía qué podía pretender su vecino.

—¿Por qué colecciona peces tan peligrosos? Imagine que le pican a su hija pequeña.

—Tiene prohibida la entrada aquí, este no es un buen lugar para una niña. También guardo algunas armas bajo llave. Pero no se preocupe, todas son legales —dijo al juez con una sonrisa.

—Lo entiendo, pero a veces los niños se saltan las reglas.

Eduardo sonrió de nuevo.

—Parece mentira que ese comentario venga de todo un juez.

A Rex no le gustó el tono de su anfitrión, pero como no le conocía demasiado tampoco quiso darle más importancia.

—¿Vamos a buscar a las chicas?

Salieron del despacho y en un minuto estaban de nuevo en el jardín. Las dos mujeres parecían haber conectado mucho mejor que ellos. Patricia se había comprometido a enseñarle las mejores tiendas de la ciudad al día siguiente.

El juez miró a la piscina, su hija y el mayor de los Costa se estaban bañando y salpicando, mientras Larry jugaba con el móvil y Conchita lo observaba por encima del hombro.

El olor a la carne a la brasa hizo que todos acudieran a la mesa, las dos parejas se pusieron juntas y los chicos al fondo.

—Y usted, señora Young, ¿no trabaja fuera de casa?

La pregunta de Eduardo le pilló de sopetón, estaba concentrada hablando con su esposa.

—Bueno, dejé mi carrera de abogada cuando nació Salma.

—Sus hijos ya son mayores, sin duda podría volver a su profesión de abogada.

Aquella conversación le resultaba incómoda, no solo porque no le apetecía hablar de ello con dos completos desconocidos, sino sobre todo porque en el fondo no sabía qué hacer con su vida. Nunca le había apasionado el Derecho y tampoco se veía ejerciendo otra profesión.

—No seas pendejo, nosotras nos encargamos de haceros felices y que todo funcione. No sé qué harían los hombres sin las mujeres.

El comentario de Patricia hizo que los chicos se rieran, pero Rex frunció el ceño. No le gustaba aquel tipo de lenguaje y menos delante de sus hijos.

—¿A qué se dedica señor Costa?

—Por favor, llámame Eduardo. Nací en Baja California hace cuarenta y cuatro años, pero mis padres se mudaron a Los Ángeles cuando yo tenía cinco años. Me he criado en los Estados Unidos, estudié en la UCLA administración de empresas y nos trasladamos a Arizona hace unos diez años. Gestiono fondos de inversión para millonarios mexicanos en los Estados Unidos.

La criada sirvió otra cerveza a Rex, que no tardó en apurarla por el calor que aún hacía a pesar de que comenzaba a anochecer lentamente.

—Ya que nuestras mujeres irán a comprar mañana, si te parece bien puedo enseñarte algunos lugares de la ciudad y presentarte a alguna gente importante. Soy miembro del Club de Hijos de Tucson, me hicieron miembro honorario hace unos años.

El juez comenzó a relajarse por completo y cuando de nuevo se separaron los chicos y se quedaron solos los cuatro, Eduardo se recostó en la tumbona y comentó al juez en voz baja.

—Ya sabes Rex, que cada ciudad tiene sus reglas, también el noble estado de Arizona. Somos una tierra de campesinos, el mayor productor de algodón de los Estados Unidos, al norte hay muchos parques nacionales y tenemos minas de oro, plata, carbón y cobre. Además, en los últimos años Phoenix y Tucson se han desarrollado mucho industrialmente. Atraemos a millones de turistas gracias al Gran Cañón del Colorado y el juego en las reservas indias. Es una ciudad tranquila que no quiere sobresaltos. ¿Me entiendes?

El juez frunció el ceño, sintiéndose incómodo de nuevo.

—¿Una ciudad tranquila? Hoy ha saltado un restaurante por los aires en pleno centro de la ciudad.

Eduardo no hizo el más mínimo gesto.

—De eso quería hablarte, hay una maldita guerra en Arizona, sobre todo en la zona de la frontera.

—¿Una guerra? —preguntó extrañado Rex.

—Sí, querido vecino. Una guerra no declarada y, como en todas las guerras, siempre hay que elegir el bando en el que prefieres estar.

—No te entiendo.

—Ya lo comprenderás, estoy seguro.

Los dos brindaron y cuando una hora más tarde los cuatro regresaron a casa,

el único que parecía tranquilo era Larry, que se había dedicado toda la tarde a jugar con su teléfono. Los dos hijos se fueron a sus cuartos y mientras Rex se cambiaba de ropa Sarah se dio una ducha. Salió desnuda del baño y comenzó a recoger la ropa de la cómoda. Su marido se quedó mirándola y antes de que lograra vestirse se lanzó sobre ella.

—¿Qué haces? Los niños están despiertos.

—Esta casa es enorme, no nos oirán.

—¿Qué pasa? La bebida te ha excitado —refunfuñó la mujer.

—No, me has excitado tú, tan guapa y sexy.

La mujer se intentó zafar, pero también se sentía excitada; se tumbaron en la cama y, mientras hacían el amor, desde el otro extremo de la calle Eduardo los observaba. Aquella primera cena había sido de introspección, sabía cómo dominar a un tipo como Rex, un hombre recto, pero lleno de dudas. El juez podía unirse a su causa o convertirse en su enemigo, el destino decidiría de qué lado acabaría poniéndose, pero de lo que sí estaba seguro es que aquella mujer orgullosa y extremadamente bella tendría que ser suya. Dejó los prismáticos a un lado y notó cómo su esposa se acercaba por detrás.

—¿Te ha gustado la gringa? ¿Verdad?

—Solo me gustas tú —contestó el hombre.

La mujer le dio la vuelta y allí mismo, se agachó y comenzó a complacerle, mientras la noche del desierto comenzaba a refrescar la ciudad y Tucson descansaba para enfrentarse a sus demonios a la mañana siguiente.

CAPÍTULO 5

Mae Zah llevaba apenas dos años trabajando para el *Navajo Times*, el periódico más importante de la nación Navajo. Era hija del presidente Marshall Zah y por eso muchos comentaban a sus espaldas que le habían dado el puesto por su padre. La joven periodista cruzó la plaza y se acercó al restaurante quemado. A pesar de estar dedicado a la comida del sur de los Estados Unidos el dueño era un famoso nativo llamado Ray. Desde hacía tiempo su padre había intentado sacar los negocios sucios de Ray de la reserva, pero era demasiado poderoso para darle de lado. A pesar de todo, el único millonario navajo del país, amigo del presidente de la nación y ciudadano ilustre de Phoenix, era al mismo tiempo el jefe de la mayor banda delictiva de la nación Navajo. Drogas, juego y prostitución estaban entre sus actividades ilícitas, pero también la extorsión, el blanqueo de dinero y el contrabando de personas.

Mae se acercó al cordón policial y lo atravesó, comenzó a examinar el local y hacer fotografías.

—¿Qué haces dentro del restaurante? ¿No has visto la cinta amarilla?

La mujer se dio la vuelta, su melena rizada y negra estaba contenida en una trenza larga que le caía por la espalda. Frunció el entrecejo, el fiscal Armando Rojo pertenecía a una de las familias hispanas, que llevaba relacionándose con los navajos desde el siglo XVI.

—Soy periodista.

—¿Crees que por ser periodista no tienes que cumplir las leyes?

Mae salió del restaurante y se paró enfrente del hombre.

—Soy una nativa, tengo más derecho a estar aquí que tú.

—Esto no es la nación Navajo, aquí estás fuera de tu territorio.

Mae intentó tranquilizarse, con un tipo como aquel era mucho mejor ir por las buenas.

—El restaurante era uno de los negocios de Ray. ¿Verdad?

—No puedo hacer declaraciones, la investigación sigue abierta, aunque todo apunta a un desgraciado accidente. Lo siento, pero no hay carnaza para vuestro periódico.

—Es el tercer local que explota en la ciudad en cuatro meses, me parece mucha casualidad.

—Las instalaciones de gas de Tucson son demasiado viejas, en todos los casos los peritos determinaron que se trataba de una fuga y una explosión accidental.

Mae no soportaba la falsedad de los servidores públicos, para ella Tucson era poco más que una cloaca infecta.

—Hay una guerra entre los mexicanos y los navajos, todo el mundo lo sabe. Ambos intentan adueñarse del tráfico de personas. ¿Cuándo el gobierno de la ciudad y del estado actuarán contra estas mafias?

—Ya le he dicho que no voy a hacer declaraciones, pero señorita, le aseguro que no hay ninguna guerra. Además, el presidente ha prometido levantar un muro para que no pasen más “espaldas mojadas”.

A la mujer le sorprendió que el fiscal hablase de esa manera. Aunque en la frontera, en ocasiones, los comportamientos más racistas se daban entre los descendientes de origen mexicano.

—Ha muerto una niña pequeña y dos transeúntes. ¿Cuánta gente más tiene que morir para que hagan algo? Las cosas van a empeorar pronto.

—Creo que ha visto demasiadas películas, esto no es Chicago en los años veinte. Vivimos en Arizona y los mafiosos están encerrados en la cárcel.

Mae paró de grabar y guardó el teléfono, después miró a los juzgados y vio algo insólito: Eduardo Costa caminaba junto al nuevo juez Rex Young, parecían que ambos se dirigían al coche del mafioso mexicano. La periodista pensó que poco tiempo había tardado el nuevo magistrado en escoger un bando

en la guerra, aunque no le extrañaba nada, el dinero era capaz de corromperlo todo y cuando no lo conseguía una buena suma de dólares, la coacción y la violencia terminaban por hacerlo de una forma u otra.

CAPÍTULO 6

Una familia dividida no puede prevalecer. Al menos eso era lo que pensaba Eduardo, si eran capaces de que cada uno de los Young ocultara a los otros lo que estaban haciendo, no tardarían mucho en controlar a todos sus miembros. Se encontraban en medio de una maldita guerra y la única forma de ganarla era poner de su lado al juez. El fiscal general, Armando Rojo, ya había escogido bando, al igual que el jefe de policía de Tucson y la mayor parte de magistrados, la pieza disonante era el joven juez Rex Young, al que nadie conocía y parecía imprevisible a la hora de juzgar los casos que afectaban al Cártel de Sonora. Atrás quedaban los gloriosos años de la Federación, cuando varios cárteles colombianos y mexicanos se unieron para convertir Arizona en el estado con más tránsito de droga de todos los Estados Unidos. Eduardo era el último de una larga saga de sátrapas, gobernantes delegados del Cártel de Sonora, mientras México se descomponía en la mayor ola de violencia que había conocido hasta ese momento. El sueño de Eduardo era reunificar a todos bajo un solo mando, en el que el jefe, Juan Ortiz, ocuparía el vacío dejado por el antiguo señor de la droga de México; lo que no podía prever era que los malditos navajos se opondrían a su expansión. Siempre se habían conformado con una parte del pastel, pero jamás intentaron dominar el paso de inmigrantes y drogas.

Rex salió del juzgado y vio el coche de su vecino parado justo enfrente.

—¿Debería haber llamado? Lo siento, creía que te gustaría conocer el club y a la buena sociedad de Tucson.

El juez forzó una sonrisa, el fiscal estaba investigando el caso del restaurante que había explotado justo en sus narices y las imágenes le habían quitado el apetito.

—Está bien, avisaré a Sarah y...

—No te preocupes, tu esposa está con la mía. Creo que tus hijos podrán

sobrevivir sin vosotros.

Rex se subió al coche, desde su llegada a la ciudad había notado que todos los miembros de la familia parecían demasiado ocupados y que los fuertes lazos que los unían comenzaban a disolverse. Justo antes del traslado, Sarah había perdido el bebé de seis meses que llevaba en su vientre. Habían planeado su nacimiento y acordado que ella se quedaría otros cuatro años más cuidando a los niños. Ahora los dos se sentían perdidos y atravesando un duelo que no habían logrado verbalizar. Desde la muerte del bebé, Sarah se había negado a ir a la iglesia, algo que había alegrado a Salma, que prefería estar con sus amigas.

El juez había decidido que el siguiente domingo todos acudirían a la iglesia de su urbanización, necesitaba sentir que las cosas volvían a la normalidad, al menos antes de que sus padres aparecieran el día de Acción de Gracias.

Eduardo pisó el acelerador y salió de la plaza a toda velocidad.

—No te olvides que llevas a un juez en el coche —bromeó Rex mientras se sujetaba en el asiento. De alguna manera, al lado de su vecino experimentaba algo parecido a la camaradería, a la despreocupada época de la juventud.

Una media hora más tarde aparcaron en la entrada del club más exclusivo de la ciudad. Todos los empresarios importantes y multimillonarios de la zona tenían aquel lugar como el foro de encuentro de la clase patricia del sur de Arizona. Su vecino llevaba ropa ligera de verano, pero él vestía un caluroso traje y llevaba puesta la corbata. En cuanto entraron Rex se quitó la chaqueta y se remangó la camisa.

Eduardo se pasó los cinco minutos que se tardaba en atravesar el club saludando a todas las personas que veía a su paso. Llegaron al restaurante y se sentaron en una de las mesas junto a los ventanales. Afuera brillaban las islas de césped en medio de la tierra rojiza y seca del desierto.

—Hay poca agua al sur del estado, pero en los últimos años se ha

conseguido traer grandes cantidades y no seguir sobreexplotando los pozos. Mi fundación donó más de un millón de dólares en el proyecto.

Pidieron un cóctel y Rex miró la piscina al otro lado. Media docena de chicas se bañaban con sus diminutos bikinis.

—Esa es otra de las atracciones del club, es exclusivo de hombres, aunque se permiten damas de compañía. Hay mucho estrés en el mundo empresarial, esto es el paraíso. Puedes recibir un masaje, darte un chapuzón, jugar al golf o tener compañía —dijo el vecino mientras le guiñaba el ojo.

—Nunca he engañado a mi mujer. Llevamos casados desde que acabamos la carrera, es la mujer de mi vida.

—Comparto tus sentimientos, Patricia es mi segunda esposa; la primera murió en un accidente de coche; mi hijo Roberto sigue odiándome por ello. Es cierto que los dos íbamos algo bebidos, pero un camión perdió su carga. ¿Quién puede evitar bidones de cerveza rodando en medio de una autopista? Patricia fue mi consuelo, pero tenemos una relación abierta. Los hombres tenemos ciertas necesidades. A ellas les encanta ir de compras y a nosotros de caza.

Dos chicas se acercaron a su mesa.

—Hola Eduardo, ¿quién es tu amigo? Parece muy atractivo.

La chica de apenas veinte años tenía la edad de su hija, pero no pudo evitar ruborizarse.

—Es el juez Rex Young.

—Su señoría —bromeó la morena, después se acercó y se sentó en su regazo—. He sido una chica mala, ¿me pondrá las esposas?

El hombre retiró a la mujer y se puso tan rígido que Eduardo hizo un gesto para que se marcharan.

—Lo siento Rex, estas chicas son imprevisibles, te aseguro que no volverá a suceder.

El juez comenzó a recuperar la compostura y tomó un trago largo de la copa.

—¿Sabes algo de lo que ha pasado en la plaza? ¿Han sucedido cosas parecidas con anterioridad?

—Es el tercer local que se incendia. Imagino que es mala suerte, aunque algunos comentan que la culpa es de los navajos.

—¿Los nativos de la nación Navajo?

—Sí, exacto. Esos malditos pieles rojas están dando muchos problemas, ya no se conforman con el territorio que engloba cuatro estados, ahora quieren extenderse por toda Arizona.

La nación Navajo era totalmente independiente de las leyes del estado y su justicia, incluso tenían su propia policía. Nadie podía entrar en su territorio y sacar a un delincuente, aunque hubiera pruebas de sus delitos.

—Es una guerra según comentas, pero en todas las guerras hay dos bandos. ¿Contra quién luchan?

Eduardo se tomó su tiempo antes de contestar. Necesitaba que el juez se deslizara a su terreno antes de atraparlo completamente en sus redes.

—Ya sabrás que este territorio perteneció al Imperio español y después a México, aquí hay familias de origen mexicano muy anteriores a la formación de los Estados Unidos. Siempre ha habido tensión entre los mexicanos autóctonos y los nativos.

Rex había estado leyendo las noticias de la frontera, sabía que diferentes mafias operaban en Arizona para controlar el tráfico de droga y de inmigrantes.

—Entonces, ¿quieres decir que se trata de un ajuste de cuentas?

—El restaurante pertenecía a Ray, uno de los líderes de la reserva, el hijo díscolo del actual presidente Marshall Zah. El tal Ray hace unos meses atacó a un grupo de temporeros mexicanos cerca de la reserva, con la excusa de que le quitaban el trabajo a los indios, aunque todo el mundo sabe que los malditos

navajos son unos vagos y unos borrachos.

—Pues me temo que tendré que parar esa guerra. Nadie mata a gente en mi ciudad y queda impune.

Eduardo apoyó una mano en el hombre del juez.

—Me alegro de que al fin haya un hombre valiente en Tucson, la buena gente de la ciudad te lo agradecerá. Únicamente queremos vivir en paz los unos con los otros, criar a nuestros hijos y prosperar.

Rex sintió un escalofrío cuando el hombre tocó su hombro. Tenía la mano fría, como la de un cadáver. El juez aún desconocía que Eduardo Costa no tenía alma, hacía mucho tiempo que se la había vendido al diablo, al que servía con todas sus fuerzas, un ser aún más despiadado que él mismo, Juan Ortiz.

Mientras ellos comenzaban a pedir la comida en el club, a unos pocos kilómetros de allí sus dos mujeres se encontraban en el probador de una de las tiendas más caras de la ciudad. Sarah lucía un atrevido conjunto de lencería mientras Patricia la observaba con una mezcla de malicia y complacencia. No le había costado demasiado descubrir que Sarah estaba atravesando una crisis y que ella podía ayudarle a encontrar un nuevo camino.

CAPÍTULO 7

Anne llegó a la parada del autobús al mismo tiempo que Selma. Lo primero que hizo fue preguntarle qué tal le había ido en la cena en casa de los Costa. Al principio la chica se mostró poco parlanchina, subieron al transporte y antes de que este se pusiera en marcha, Roberto se paró enfrente, provocando un frenazo.

—¡Qué diablos! —exclamó el conductor, después abrió la puerta e hizo un gesto con el dedo índice al muchacho.

—¿Qué te pasa viejo?

El hombre cerró la puerta y refunfuñó mientras el chico se sentaba en la última fila. Todos se callaron al verlo pasar, menos Salma que le saludó.

—Hola Salma —dijo antes de sentarse solo atrás.

—¿Por qué todos se comportan así? —preguntó extrañada.

—¿No sabes quién es su padre?

—Eduardo, parece un hombre encantador.

Anna puso los ojos en blanco.

—Creo que no te enteras de nada. Algunos piensan que es un hombre peligroso, domina media ciudad y tiene mucha influencia. Su hijo Roberto se ve como el príncipe, hijo del rey de Tucson.

Llegaron al instituto y todos se bajaron a toda prisa, menos Salma, Roberto y Anna.

—Nunca te había visto por aquí.

—No vengo mucho —le contestó sonriente.

—¿A qué debemos el honor? —preguntó Anna, que no dejaba de tirar del brazo de su amiga.

—Pienso que ahora el instituto es mucho más interesante.

Roberto se bajó del autobús y se confundió entre la multitud que entraba por las puertas del edificio.

—Creo que le gustas.

Era algo tan evidente que no se molestó en contestar a su compañera. Nunca le habían atraído los chicos malos de la clase, pero había algo especial en su vecino. Sentía como si tuviera dos caras. Una amable y amorosa, capaz de hacer a una chica sentirse a gusto, junto a otra mucho más inquietante y peligrosa. Lo cierto es que no sabía cuál de las dos le atraía más, aunque era posible que fueran ambas.

Aquel día no pudo concentrarse en las clases, únicamente miraba al reloj intentando que el tiempo pasara mucho más rápido. En cuanto sonó el último timbrado, se levantó como si tuviera un resorte y corrió hacia la puerta. Su amiga apenas pudo mantener el ritmo. Cuando llegaron a la puerta Roberto las esperaba apoyado a la sombra.

—¿Quieres venir a un sitio?

La chica frunció el ceño.

—Vamos las dos.

Anna intentó negar con la cabeza, pero al final accedió a acompañar a su amiga. Un Uber apareció al momento y los tres se montaron.

—¿A dónde vamos? —preguntó inquieta Anna. El chico se limitó a sonreír.

Al cabo de una hora el coche se detuvo, Roberto pagó al conductor y le pidió que regresara una hora más tarde.

Las dos chicas habían enviado mensajes a sus padres diciendo que una estaba en casa de la otra. Esperaban que a ninguna de las dos madres se les ocurriera verificarlo.

Caminaron por un sendero y cruzaron un puente, las dos se quedaron sorprendidas al ver que por el río seco corría agua.

—¡Dios mío, es la mayor concentración de agua que he visto desde que llegamos aquí!

—En noviembre a veces hay agua, sobre todo si lleva unos días lloviendo

fuerte en las montañas.

El agua corría frenética mientras las tierras secas de la orilla luchaban por florecer.

Roberto se quitó la ropa y corrió desnudo hacia la orilla, las dos chicas se miraron confusas.

—No voy a desnudarme delante de ese mafioso.

—Venga, solo se vive una vez —contestó Salma, mientras se quitaba la ropa y corría hacia el agua. Antes de que llegara su amiga ya la seguía gritando y agitando los brazos.

El agua estaba helada, pero agradecieron el frescor, fuera hacía más de treinta grados en un otoño especialmente cálido en Arizona. Cuando se cansaron de chapotear se sentaron en la orilla, pero enseguida Anna fue a por sus ropas y se colocaron el polo del colegio y las bragas.

—No sé por qué hemos hecho esto. Espero que no se lo digas a nadie.

El joven miró de reojo a Anna.

—¿A quién se lo iba a decir? No tengo muchos amigos por aquí.

—Eso es cierto —dijo de nuevo la chica.

—Bueno, pues somos tres marginados intentando pasar el rato juntos. No está mal, creo que después de cada mudanza bajo un poco más en el escalafón del colegio.

—Gracias por el comentario —gruñó Anna.

—No me estoy quejando, únicamente constato un hecho, como diría mi padre.

—Será mejor que regresemos —comentó Anna que comenzaba a sentir algo de frío y no quería tentar más la suerte.

Se terminaron de vestir y Roberto llamó a otro coche. Una hora más tarde estaban en casa. Salma llegó algo nerviosa, pensando que tendría que dar explicaciones a su madre, pero el único que estaba en la vivienda era su

hermano Larry, que apenas le hizo caso cuando entró y se dirigió directamente a la ducha. Mientras el agua le caía por la cara y le aclaraba las ideas, pensó en Roberto, nunca había sentido algo así por un chico. Enseguida le vino a la mente lo que le dirían su padre y su madre, a veces parecían muy progresistas y otros unos verdaderos retrógrados, pero estaba segura de que a ninguno de los dos le haría ni pizca de gracia que les dijera que había encontrado al chico de sus sueños.

CAPÍTULO 8

Tomar el coche no fue una buena idea. Eduardo estaba tan bebido que Rex decidió conducir él mismo su coche de regreso a casa. Apenas estaban a un par de kilómetros cuando una patrulla los paró. Cuando le realizaron la prueba de alcoholemia dio positivo, cuando su vecino comenzó a gritar que era el “puto juez de la ciudad” los policías retiraron la denuncia y le advirtieron que no volviera a hacerlo.

El juez se pasó toda la tarde en el despacho a medio organizar que había montado en su casa. Mientras, Salma hacía una videollamada con Roberto y Larry probaba su dron en el jardín.

El chico estaba paseando su máquina sobre la casa cuando una luz brillante en la zona de los vecinos le llamó la atención, aumentó el zoom de la cámara del aparato y vio a los guardaespaldas del vecino armados, pero lo que más le llamó la atención fue la llegada de dos coches Hammer con cristales tintados del que descendieron diez mexicanos, uno de ellos vestido con un traje elegante que parecía ser el jefe.

Después movió el dron hacia su casa y vio por la ventana a su hermana hablando con el hijo del vecino y no pudo evitar comentar en voz alta:

—¿Qué mierda les está pasando a todos?

Su madre no había aparecido en todo el día, ni siquiera se había molestado en dejarles algo preparado para comer. Se había hecho un sándwich y había pasado la tarde vagueando.

El dron se acercó a la ventana del despacho de su padre, tenía muy mal aspecto. Las cosas habían empezado a ir mal unos cuantos meses antes en Alabama, pero todos habían pensado que el traslado les ayudaría a pasar página. Su padre no se llevaba bien con el abuelo, siempre terminaban discutiendo, a pesar de que en el fondo tenía una profunda admiración por él.

Regresó con el dron y lo paseó por la calle de enfrente, se acercó a una de

las ventanas y vio cómo el hombre elegante hablaba con Eduardo, aumentó el zoom y enfocó un teléfono y después unos papeles. Entonces escuchó un golpe. Elevó de inmediato el aparato y lo sacó lo más rápidamente que pudo de allí. Cuando lo aterrizó en el jardín trasero, al lado de la piscina, comprobó que estaba bien.

—¡Qué susto! —se dijo mientras lo guardaba en su habitación.

Su madre no tardó mucho en llegar, venía muy alegre y con las manos llenas de bolsas. Larry se acercó a la cocina mientras ella dejaba las bolsas sobre la encimera.

—Hola cariño, ¿cómo estás?

—Bien, ¿dónde has estado? No tenía comida, Salma llegó tarde y papá acaba de entrar por la puerta.

Sarah frunció el ceño, llevaba dedicando a la familia más de dieciséis años, sin una sola queja, poniendo siempre por delante los deseos de todos ellos y por una vez que salía con una amiga su hijo se comportaba de aquella manera.

—¡No soy vuestra criada! —gritó, se dirigió a su habitación y furiosa cerró la puerta.

Pensó que lo mejor era prepararse un buen baño con agua caliente. Llevaba años sin tomar uno, los niños siempre la interrumpían. Comenzó a llenar la bañera, se desnudó y se quedó unos segundos observándose en el espejo. A pesar de sus cuarenta y tres años seguía teniendo un cuerpo hermoso. Los pechos algo más caídos, una mínima celulitis en las caderas y algunas arrugas de expresión. Poca cosa si lo comparaba con la mayoría de sus amigas del colegio, que pesaban el doble que cuando eran adolescentes y estaban llenas de arrugas e imperfecciones. Nunca había sido coqueta, bueno, al menos de forma oficial. La habían educado en el sacrificio, la abnegación y la austeridad, aunque la verdad es que comenzaba a sentirse harta de todo aquello.

Se metió en el agua, apoyó la nuca en el filo y cerró los ojos. Durante unos minutos se limitó a disfrutar de la sensación de relajación, después pensó en la jornada. Patricia era una mujer muy divertida, algo loca y descarada, seguramente por su cultura latina o simplemente, porque no había sido educada en el mismo rigor puritano que ella. Durante un momento, en el probador de la tienda, mientras se probaba toda aquella ropa sexy para su marido, había notado una oleada de excitación encendida por las miradas y palabras de su vecina.

“Ese cuerpo que tienes es increíble. Deberías convertirte en modelo, seguro que los hombres se vuelven para mirarte cuando te ven pasar”.

Entonces le había rozado con la mano por la piel de la cintura y había sentido un escalofrío.

“Qué piel más suave”.

Sarah cerró los ojos, se sentía de nuevo excitada. En los últimos años su deseo sexual se había ido diluyendo entre los quehaceres cotidianos y la monotonía. Deseaba a su marido, Rex seguía siendo atractivo, tal vez, incluso más, con esas sienes plateadas y las ligeras arrugas ribeteando sus ojos, pero sentía que él ya no la miraba con deseo. Tras tantos años explorando mutuamente sus cuerpos, simplemente se les había terminado la curiosidad.

Estaba comenzando a masturbarse cuando escuchó que alguien abría la puerta. Abrió los ojos y vio a su marido, parecía tener el rostro desencajado y se mostraba abatido.

—¿Qué sucede?

—Bueno, creo que he metido la pata. La policía me ha parado a unas manzanas de aquí. Me han hecho el test y he dado positivo.

La mente de Sarah se despejó de repente. Abrió mucho los ojos y exclamó:

—¡Por Dios, Rex, si tú no bebes!

—Fueron un par de copas y unas cervezas con Eduardo el vecino. Él había

bebido más y por eso conduje hasta casa. Ni siquiera llevaba nuestro coche. Me contó que unos años antes tuvo un accidente y su mujer murió, aquel comentario me puso un poco nervioso.

—Podías haber pedido un Uber o un taxi.

Rex se sentó al filo de la bañera. Ya no llevaba el traje, se había puesto un pantalón corto y una camiseta. Sabía que un paso en falso podía terminar para siempre con su carrera. La magistratura era una de las pocas profesiones en el mundo en la que no se permitía ni el más mínimo fallo moral.

—¿La policía tramitará la infracción?

—Creo que no —contestó el abogado.

—Un fallo lo tiene cualquiera.

—No es un fallo. No sé en qué estaba pensando.

La mujer acarició el pelo del hombre.

—Vinimos aquí para empezar de cero, eso es exactamente lo que vamos a hacer. Deja de pensar en eso y métete conmigo en la bañera.

El hombre la miró sorprendido, pero antes de que pudiera reaccionar le empujó hacia dentro. Mientras los dos chapoteaban en la bañera, Salma escuchó las risas de sus padres y pensó que se habían vuelto completamente locos.

CAPÍTULO 9

Mae Zah pasaba más tiempo en Phoenix que en la nación Navajo. No es que renegara de su pueblo, si había algo que le hacía sentirse orgullosa además de ser mujer era ser una navajo. Lo que no entendía era como podía prosperar su pueblo completamente aislado del mundo. En el fondo, la nación Navajo no era una nación, su pueblo había vivido aquella época oscura sin saber realmente quién era. Ella misma muchas veces se lo preguntaba. La guerra entre bandas había empeorado aún más las cosas y había aumentado más las luchas raciales. A veces tenía la sensación de que nadie aprendía nunca nada. Llamó al timbre de la casa parroquial y esperó. Un hombre negro, corpulento, vestido con una camisa del mismo color y un alzacuellos abrió la puerta.

—La gran periodista Mae Zah en persona. ¿A qué debo el honor?

El reverendo Jessy Washington era uno de los pastores más reconocidos del estado, sobre todo por la lucha a favor de los inmigrantes. Se habían conocido unos años antes, cuando ella había escrito un artículo sobre su lucha y su vida en pro de los derechos civiles en el país.

La periodista entró en la pequeña casa. Tenía muebles viejos y olía a papel y café, algo que siempre le recordaba las largas charlas que ambos habían tenido en aquel mismo lugar en los últimos años.

—¿Quieres que te prepare un café?

—A lo mejor una tila. No, es broma, un té estará bien.

El hombre puso el hervidor y cuando este terminó añadió el agua humeante a las tazas.

—¿Qué te trae por aquí? ¿No me digas que tenías ganas de ver a un viejo amigo?

La mujer sonrió, después se sentó en el ajado sofá de color verde que daba al ventanal. El desierto lo invadía todo,

—Dicen que Dios quitó el agua a Arizona para que los hombres supiéramos

cuánta belleza podía crear con tan poco. Esta tierra es dura, como su gente, crea un carácter y nos muestra que en medio del desierto más estéril, siempre hay vida. A veces pienso que el corazón del hombre está igual de seco y muerto, pero no es cierto. La mayoría intentan hacer lo correcto y ser felices, Dios sigue de alguna manera en lo más profundo de nuestro corazón.

—Lo sé Jessy, pero es tan duro. La guerra se está llevando a mucha gente inocente y me temo que esto no ha hecho más que empezar. Cuando los navajos se enteren de que los mexicanos están atacando negocios nativos, nadie podrá frenar su ira. Creo que eso es lo que está buscando el Cártel de Sonora, en el fondo la guerra le beneficia. Llevan años intentando meter sus narices en la nación Navajo y terminar con el monopolio de Ray.

—Tengo la sensación de que llevas sobre tus espaldas el peso de todo el estado. Mae, confía, creo que no vivimos en medio del caos que parece, en el fondo el mundo está predestinado. Cada vez que nos asomamos al abismo y el desastre, una fuerza nos impulsa de nuevo hacia la paz y el orden.

—He visto al nuevo juez con Eduardo Costa, eso quiere decir que después del estimado juez Preston, que se jubiló hace un mes, el Cártel ha conseguido entrar incluso en el tribunal principal de la ciudad. ¿En quién podemos confiar?

El hombre se puso en pie y acercó el portátil, le enseñó varios titulares.

—El juez Rex Young es hijo de su señoría Steve Young, su padre lleva décadas luchando por los derechos civiles, se le considera como uno de los jueces más justos de los Estados Unidos.

—Me temo que su hijo no ha salido a él.

El hombre buscó otros artículos.

—Mira, en Alabama el juez Rex Young fue de los primeros en defender un cambio en la justicia para que los ricos no escapasen tan fácilmente de los tribunales pagando una fianza o alegando cualquier tipo de subterfugio legal.

Steve Young es uno de los candidatos al Tribunal Supremo, aunque no sé si querrá renunciar a su jubilación, dicen que es tan ecuánime que nadie sabe a ciencia cierta si es conservador o liberal.

—Entonces, ¿crees que debería hablar con él? ¿Explicarle en dónde se está metiendo?

—No estaría demás. Nadie lo va a hacer, ya sabes cómo es Tucson, todos miran pero nadie actúa.

—Esta mañana vi a Armando Rojo, odio a ese tipo. Haría cualquier cosa por ser fiscal general del Estado o gobernador. Ya sabes que a pesar de ser mexicano de origen, está del lado de Ray.

El hombre tomó varios sorbos de té, después dejó el ordenador en la mesita y comenzó a hablar:

—Te voy a contar una historia que nadie te ha contado jamás. Hace mucho tiempo Armando, Ray y yo fuimos compañeros en la escuela. Los tres éramos alumnos del Instituto luterano de Phoenix. Ray tenía la cabeza llena de sueños, quería ser el George Washington de la nación Navajo. Armando soñaba con convertirse en el segundo gobernador hispano de Arizona, admiraba mucho a Raúl Héctor Castro, que fue fiscal y más tarde juez.

—¿Con qué soñabas tú?

El hombre sonrió. Llevaba tanto tiempo dedicándose a los demás que ya apenas se acordaba de sus sueños de juventud.

—Te vas a reír, pensé en convertirme en jugador de fútbol americano, de hecho, jugué en la liga profesional dos temporadas, pero una lesión me hizo regresar aquí.

—Siempre pensé que habías vuelto por tu comunidad y por Ruth.

Al escuchar el nombre de su difunta esposa no pudo evitar mostrar un gesto de dolor. A pesar de todo el tiempo que había pasado, la muerte siempre deja una huella inenarrable en el corazón, le había escuchado decir muchas veces a

Jessy.

—Ella siempre fue lo principal en mi vida, incluso me devolvió la fe cuando la perdí a los veinte años.

El reverendo sabía lo duro que era vivir en la duda y el temor, las injusticias del mundo le hacían estar constantemente enfadado con Dios por su inacción, aunque en el fondo era consciente de que eran las personas las que debían marcar la diferencia.

—Lo que quería contarte con todo esto, es que muchos de nosotros buscamos hacer el bien, mejorar las cosas, pero nos quedamos en el camino. Comienzan a interponerse otras situaciones, amamos más el poder, el dinero o el prestigio que nuestros sueños y nos transformamos en las personas que nunca deseamos ser.

—Espero que el juez Rex Young aún esté persiguiendo sus sueños.

Dejaron que el tiempo les susurrara su triste canción, sin tener que unir más palabras a sus pensamientos. Eran conscientes de que las luchas titánicas e imposibles son las únicas que merecen la pena, ya que siempre sacan lo mejor de las personas y demuestran al mundo que otra realidad es posible. ¿Qué podían hacer un pastor afroamericano y una periodista nativa en medio de una guerra de poder racial? La respuesta era que nada, pero ellos se encargarían de demostrar que, a veces, nada es mucho más de lo que cabía esperar.

CAPÍTULO 10

Mary, la madre de Rex, siempre decía que Dios te daba cada día la oportunidad de empezar de nuevo. Intentó descansar bien y no pensar más en lo sucedido, despertarse pronto, preparar tortitas para toda la familia y, tras un desayuno tranquilo, ir al trabajo con la intención de enmendar sus errores. Lo primero que hizo fue convocar al jefe de policía, necesitaba que le aclarase algunas cosas y le verificase los datos que tuviera sobre el restaurante incendiado.

El jefe Mashwell era el típico policía de pueblo. Tenía un uniforme rimbombante, aires de matón, llevaba un gorro estilo tejano y unas gafas de espejo. Le pareció un hombre tan encasillado en su papel, que no pudo evitar esbozar una sonrisa al verlo entrar.

—Jefe Mashwell, gracias por venir.

—A su servicio, señoría. Espero que se haya adaptado ya al cargo.

—Bueno, aún estoy calentando motores. Por favor, siéntese, quería que me contara cómo va la investigación del incendio.

—Los peritos han comentado que todo indica que se trata de una fuga de gas. Las instalaciones del centro de la ciudad están algo obsoletas, alguien dejó el gas encendido y explotó, fin de la investigación.

El juez parecía sorprendido, sacó unos informes y los puso encima de la mesa.

—Tres explosiones en poco tiempo, denuncias de diez desapariciones, veinte homicidios sin resolver, la mayoría de mafiosos mexicanos o nativos. Parece una guerra entre bandas de manual. ¿No cree?

El hombre se quitó el sombrero y lo dejó sobre la mesa, su calva rosada estaba coronada por un pelo corto muy rojo. Se secó la cabeza con un pañuelo blanco y después chasqueó los labios.

—A veces la solución más compleja es la verdadera. Los navajos están en

su reserva, los mexicanos en su país, aquí solamente hay buenos ciudadanos norteamericanos y una ciudad tranquila...

—¿Una ciudad tranquila? Según el último informe sobre las ciudades menos seguras de América, Tucson contó con 3.560 crímenes violentos, 35 asesinatos, 204 violaciones, 1.246 robos con intimidación y 2.075 agresiones.

—Ya sé qué delitos hay en mi comunidad —refunfuñó el jefe de policía.

—Entonces también sabrá que hubo 225 incendios provocados.

—La mayoría para cobrar el seguro. Mire juez, esta es una ciudad de frontera, es normal que haya más delitos que en otras zonas del estado y otras partes del país. Cada día coyotes trasladan a este lado de la línea a cientos de inmigrantes, además de introducir todo tipo de drogas y controlar la mayor parte de los negocios ilegales de la ciudad. No es fácil trabajar con una plantilla limitada, con recortes y con un tribunal paralizado por la burocracia y la ineficacia. El juez Preston era un santo, pero demasiado magnánimo. Estos mexicanos y nativos necesitan mano dura, es el único lenguaje que entienden. Ya me comprende.

—No le comprendo. Lo que sí le pido es un informe pericial que avale su teoría sobre el local, las autopsias de las víctimas y una relación de los dueños de los negocios y lo quiero para mañana sin falta. ¿Lo ha entendido?

El policía frunció el ceño, se colocó el sombrero y miró fijamente al juez.

—No sé cómo se hacen las cosas en Alabama, imagino que las cuatro familias de negreros siguen mandando por allí, aquí las cosas funcionan de otra forma. Respeto es la única palabra que entienden los habitantes de Tucson, si viene del otro lado del mundo y pretende darnos lecciones de cómo tenemos que vivir, creo que se ha equivocado de ciudad y de estado.

El hombre salió del despacho y dio un portazo.

Rex se cruzó de brazos y pensó en lo poco que le había durado su nuevo estado mental. Había recorrido varios juzgados en su vida, aunque todos en

Alabama. Allí siempre sería el hijo de Steve Young el hombre más justo de la tierra, aquí no era más que un forastero que tenía que ganarse el respeto de la comunidad.

Estaba a punto de salir para almorzar, cuando el fiscal Armando Rojo asomó la cabeza.

—¿Su señoría quiere que comamos juntos?

El juez pensó que nada podía empeorar más las cosas, tomó la chaqueta y ambos se dirigieron a un restaurante en el centro. Entraron en el local, el fiscal saludó a casi todos los camareros y se dirigió a su mesa habitual.

—Señor fiscal, bienvenido al Rancho, espero que traiga mucho apetito. Hoy tenemos las mejores costillas del estado.

—Estoy cogiendo peso, pero haremos una excepción, le parece señoría.

Rex afirmó con la cabeza.

Mientras hacían la comida, Armando se recostó en el respaldo e intentó relajarse un poco.

—¿Está comenzando a adaptarse a la ciudad?

—Bueno, eso espero. Aún es pronto, la verdad. Dicen que una de las cosas más estresantes del mundo es una mudanza.

—Bueno, además ha cambiado de trabajo. Creo que está ahora sobrecargado, únicamente le falta perder a un ser querido o perder a su esposa.

El juez se puso alerta: aquellos comentarios le parecieron más una amenaza que un comentario mal sonante.

—Es broma señoría, ya irá conociendo el carácter de la gente de aquí. La vida no hay que tomarla en serio es demasiado corta. ¿No cree?

CAPÍTULO 11

La semana comenzó a normalizarse. Rex continuó con el trabajo, intentando que el jefe de policía le facilitase más información; Sarah se centró en vaciar las cajas, terminar de decorar, limpiar y organizar el jardín; por su lado Larry continuó jugando todos los días y espiando a sus vecinos con el dron y Salma se pasaba las tardes charlando con su nueva amiga Anna, además de llamar a Roberto antes de dormir.

Apenas quedaban unos pocos días para Acción de Gracias cuando Sarah comenzó a comprar algunos detalles para el salón y los ingredientes para la cena. No había tanta variedad como en Alabama, pero logró hacerse con lo básico. Mientras terminaba de meter las cosas en el carro escuchó su teléfono, se trataba de Patricia.

—Hola, ¿cómo estás? Llevamos muchos días sin hablar.

—He estado liada, la cena se acerca y mis suegros llegan en un par de días.

—¿Qué fastidio? ¿Verdad? A mí me lo hace todo la cocinera y el servicio, no imaginas lo cómodo que es. Las mujeres necesitamos tiempo para cuidarnos, para disfrutar de la vida. Ya hemos entrado en la cuarentena, no quiero ni pensar cómo será mi vida cuando comiencen a caérseme el pecho y las nalgas.

Las dos se rieron, Patricia la invitó a comer. Quedaron en verse una hora más tarde en el centro. Sarah terminó las compras, llevó todo a su casa y se arregló un poco. Apenas había estrenado nada de lo que había comprado unos días antes. Se miró al espejo, el vestido le quedaba como un guante, no solía llevar nada tan ceñido, pero como tan solo iba a ver a una amiga, no le importó vestirse algo sexy y calzarse los nuevos zapatos de tacón. Se montó en el coche, estaba algo sucio y viejo, pero esperaba solucionar eso pronto. Le había echado un ojo a un nuevo Jeep.

Llegó pronto al restaurante, entró en el establecimiento y sintió cómo todas

las miradas se centraban en ella. No se sentía así desde hacía al menos veinte años, cuando era animadora. Patricia llegó sigilosa y la abrazó por detrás.

—¡Estás espectacular!

Las dos mujeres caminaron hasta la mesa, parecían dos estrellas de cine o modelos profesionales, algo que no se veía normalmente en Tucson.

—¿Por qué estáis en esta ciudad? No te pega nada —comentó Sarah.

—Por el trabajo de Eduardo. La mayoría de sus clientes son mexicanos y necesita estar cerca de la frontera. Importan todo tipo de productos, a veces tienen problemas con la aduana y esas cosas.

—En la era en la que todo se arregla vía internet y teléfono. Podrías vivir en Florida o California.

—Ya me gustaría. Preferiría en Miami, me han dicho que tienen muy buenos restaurantes y una gran vida nocturna.

Dos hombres jóvenes se sentaron en la mesa de al lado y comenzaron a mirarlas. Patricia coqueteó un poco, mientras Sarah intentaba disimular la vergüenza que le producía.

—¿Nunca has engañado a tu marido?

—No, ¿estás loca? Adoro a Rex, es el mejor hombre que he conocido jamás.

—¿Qué tiene que ver eso? Simplemente es satisfacer una necesidad natural, ya sabes. La monogamia es un atraso. Yo sé que Eduardo tiene sus amiguitas, eso rompe la monotonía y hace que se relaje, mientras yo disfruto de la vida.

Sarah estaba escandalizada, nunca había tenido amigas como Patricia. La mayoría de sus amistades eran conservadoras, iban a la iglesia todos los domingos y el sexo se consideraba un tema completamente tabú.

Los dos jóvenes se acercaron y sonrientes les pidieron sentarse con ellas.

—No, lo siento.

—Venga, Sarah, no nos van a comer. ¿Verdad?

—Bueno, todo se andará.

Se presentaron, estaban de paso en la ciudad, eran de San Antonio en Texas, se marcharían al día siguiente. Lo cierto es que apenas superaban los veinticinco años, tenían muy buen aspecto, con sus cuerpos musculosos. Uno era de origen caucásico y el otro afroamericano.

—¿Qué hacéis después de la comida?

—Tengo mucho que hacer en casa —contestó Sarah al hombre afroamericano.

—Tenemos una habitación muy grande en el hotel, podemos tomar algo y luego ir a la piscina.

—Me parece genial —dijo Patricia.

—Yo no puedo, tengo que...

—Iremos con vosotros, aunque no tenemos bañador.

—En el hotel prestan ese tipo de cosas. No os preocupéis, cualquier cosa os quedará muy bien.

Los dos hombres les dejaron el número de habitación y se marcharon, al parecer aún les quedaba una última reunión antes de terminar la jornada. En cuanto desaparecieron por la puerta, la mujer del juez comenzó a reprender a su amiga.

—¿Te has vuelto loca? Estamos casadas, mi esposo es el juez de la ciudad, cualquiera podría vernos con ellos.

—No haremos nada. Simplemente nos relajaremos un poco y lo pasaremos bien.

Terminaron la comida y salieron del restaurante, Sarah se dirigió a su coche, pero su amiga se interpuso.

—No me dejes sola con dos extraños.

—Lo mejor es que no hagas esa locura.

—Serán un par de horas, te prometo que no pasará nada y nos iremos

rápido.

Sarah dio un suspiro, sabía que todo eso era una locura, pero hacía tanto tiempo que no vivía algo realmente excitante, que terminó por ceder, aunque bajo la promesa de que no pasaría nada y se irían lo antes posible.

Rex llevaba unos días tranquilos, centrado en el trabajo y más atento a su familia. No quería repetir los errores de Alabama. Durante sus primeros destinos trabajaba tanto que apenas podía ver a su mujer y a sus hijos. En Tucson se había puesto un horario estricto y estaba en casa como mucho a las cinco o las seis de la tarde.

La secretaria llamó a la puerta y entró.

—¿Qué pasa Clarise?

—Es una periodista, quiere verle. ¿Le digo que se marche?

—No, déjala pasar.

La secretaria cerró la puerta y regresó un minuto después con una mujer rubia, alta, vestida con un ajustado traje chaqueta de color rojo.

—Buenas tardes, me llamo Bárbara Broadchurch.

—Encantado, por favor siéntese.

—Trabajo para el *Tucson Times*, es un periódico local, aunque es el más leído del condado.

—Creo que lo he visto por la ciudad.

—Sí, queríamos entrevistar al nuevo juez. Ha llegado en un momento caliente en la ciudad.

—Tiene razón, me habían dicho que por noviembre refrescaba más.

—No me refiero a ese tipo de calor. Han quemado varios locales comerciales en la ciudad. Hasta ahora la policía no ha hecho nada. El fiscal ha intentado investigar, pero la policía está al servicio de los mexicanos y el Cártel de Sonora.

Rex no estaba preparado para esa entrevista, ni siquiera sabía qué era el Cártel de Sonora.

—Lo siento, pero no creo que este sea un buen momento, termino de llegar y necesito...

—Me temo que usted ya se ha puesto de un lado de los dos contingentes.

—¿Se ha vuelto loca? ¡Soy un juez! No estoy del lado de ninguna trama criminal.

La mujer dejó unas fotos sobre la mesa. El hombre se quedó mirando aterrorizado. En las primeras se veía a una chica sentada en sus piernas al lado de Eduardo, en las otras a la policía haciéndole una prueba de alcoholemia.

—¿Es usted?

—Sí, claro que soy yo, pero hay una explicación para todo esto.

—Me importa un bledo su explicación, estas fotos y un artículo relacionándolo con Eduardo Costa saldrán mañana a no ser que...

—¿A no ser qué?

—Obligue a la policía a abrir una investigación sobre los incendios y acuse a Eduardo Costa y al. Cártel de Sinaloa de estar detrás de lo ocurrido. Tiene veinticuatro horas para acusar formalmente a su amiguito y encerrarlo en una cárcel.

La mujer se puso en pie, el hombre observó cómo se acercaba a la puerta, antes de salir se giró y dijo:

—Puede quedarse las fotos, tenemos más. Que tenga un buen día.

Rex se reclinó sobre la mesa y puso las manos en la nuca. Se encontraba en un verdadero problema, las fotos hablaban por sí mismas, aunque en el fondo pudiera explicar lo sucedido. La buena racha acababa de terminar y aquello era solamente el principio, el segundo que precede a la peor de las tempestades y de las que muy pocos logran sobrevivir.

2 PARTE

LA TEORÍA DEL CAOS

CAPÍTULO 12

La mayoría de la gente piensa que si algo va mal, puede ir mucho peor. La Teoría del Caos y el Efecto Mariposa vinieron a añadir incertidumbre a un mundo sobrado de ella. Según la teoría de Edward Lorenz, un pequeño aleteo de una mariposa puede causar un huracán a miles de kilómetros de distancia. Únicamente introduciendo pequeños cambios en los primeros momentos, se pueden causar enormes diferencias respecto al resultado inicial. El caos no es en el fondo la ausencia de orden, sino que los hechos y la realidad no forman un modelo lineal.

Rex era consciente de cómo a muchas de las personas que había juzgado, su destino cambió de repente por una casualidad, a toda vista, insignificante. Mientras escuchaba el alegato del abogado no podía dejar de pensar en lo que había sucedido unas horas antes. Aquella periodista le había amenazado. Lo había hecho de una forma velada, en tono de advertencia, pero aquellas fotografías eran la prueba irrefutable de que si no hacía lo que le pedían, terminarían con su carrera de un plumazo.

El juez no podía concentrarse en el juicio, algo que no podía consentir, no quería tener en su conciencia, además de la decisión más difícil de su carrera, el cometer un fallo que destruyera o condicionara de nuevo la vida de otra persona.

—Tendremos un receso —alegó de repente.

El fiscal y los abogados defensores le miraron sorprendidos, porque no era normal que un juez pidiera un receso o aplazamiento para irse el fin de semana o simplemente a orinar.

Rex se levantó y corrió hacia la puerta trasera, lo único que tenía en su mente era llamar a Eduardo Costa y pedirle explicaciones, aunque por otro

lado dudaba si aquella era una buena idea.

Recorrió el pasillo a largas zancadas hasta que se encontró casi de bruces con una mujer pequeña, de pelo rizado y ojos negros. La mujer era muy bella a pesar de tener la nariz aguileña.

—¿Es usted el juez Rex Young?

El hombre se la quedó mirando, cada vez que una persona extraña entraba en su vida, el caos parecía tomar fuerza.

—Soy Mae Zah, periodista del *Navajo Times*.

—Lo siento señorita, pero ya he tenido mi ración diaria de periodismo carroñero.

La mujer frunció el ceño sin entender a qué se refería.

—Tengo que contarle algo importante sobre el incendio del otro día.

Rex se paró en seco. Imaginó que se trataba de un nuevo aviso de la mafia de los navajos, por si no le había quedado claro el primero.

—¿Se puede saber qué quieren? Hagan lo que quieran con su maldita información.

—¿Qué información, señorita? Simplemente tengo que contarle algunas cosas importantes. Estamos en medio de una maldita guerra.

El hombre ya había escuchado antes esos argumentos.

—No entiendo qué tiene eso que ver conmigo.

—¿Podemos hablar en privado? —preguntó la chica.

—Un momento.

El hombre se dirigió a su despacho, colgó la toga y ambos salieron por la puerta de atrás. Mae le llevó hasta una discreta tasca vacía a esas horas del mediodía. Pidieron unos refrescos y Rex esperó a que la mujer comenzara a hablar.

—Como podrá imaginarse pertenezco a la tribu de los navajos. El gobierno de los Estados Unidos nos obligó en 1846 a internarnos en Ford Summer

después de realizar la famosa “caminata larga”. En cuatro años se diezmó el número de nativos debido al hambre y las enfermedades, hasta que con el tratado de Bosque Redondo recuperamos en parte nuestra libertad. Gobernamos nuestra reserva desde 1868, hace casi ciento cuarenta años, pero el territorio original que teníamos se ha reducido mucho. Ahora estamos al norte de Arizona, al sur de Utah y al este de Nuevo México. Siempre hemos sido un pueblo pobre pero orgulloso. En la reserva los problemas de drogas, alcohol y los robos han sido comunes, pero hace unos pocos años se formaron bandas de criminales y aumentó la violencia en la zona. De hecho, el índice de homicidios es cuatro veces superior al resto de los Estados Unidos, 18,8 de cada 100.000 habitantes. Esto no sucede en las reservas de los sioux, por ejemplo.

—No lo sabía, pero ya sabrá que esa no es mi jurisdicción.

—Deje que termine de contarle. El jefe de homicidios Greg Secatero atribuye el gran número de homicidios a la falta de medios de la policía de la reserva.

—¿Qué tiene que ver eso con el incendio del restaurante?

—El restaurante pertenecía a Ray Shirley. Este hombre fue el primero en construir un casino en nuestra tierra. Muchas de las tribus comenzaron en los años ochenta y noventa, tras el permiso dado por el presidente Ronald Reagan, pero nuestra tribu temía que eso atrajese a la prostitución y la delincuencia. Al final Roy convenció a la reserva alegando que todo el beneficio iría directamente a la comunidad, pero llevan diez años en funcionamiento y lo único que ha crecido es la delincuencia. Ray quiso esparcir el negocio con sus famosos Reservation Shopping, casinos indios fuera de la reserva, pero con las condiciones dada a las tribus. El Cártel de Sonora, que dominaba esta zona, comenzó una guerra con ellos, que pertenecía al Cártel de Sinaloa.

Rex había oído sobre el famoso Cártel que llegó a dominar toda la costa del

Pacífico mexicano. El líder del Cártel de Sonora, Miguel Caro Quintero fue uno de los hombres de la droga más poderosos, tras la detención de Miguel su hermano Rafael prefirió unirse al de Sinaloa.

—Lo entiendo. Por eso Tucson es el epicentro de sus luchas —comentó el juez.

—Exacto, pero ahora compiten también por el tráfico de personas. Uno de sus hombres fuertes a este lado de la frontera es Eduardo Costa. ¿Le suena el nombre?

Hasta esa mañana creía que era un simple vecino algo loco y entrometido, ahora sabía que se había convertido en su peor pesadilla.

—Sí, sé quién es, por desgracia.

—Hace unos días le vi paseando con Eduardo, me extrañó verlos caminar juntos en público.

—Es mi vecino, no sabía nada.

El hombre se golpeó en la frente.

—Mi familia estuvo en su casa, mi mujer es amiga de la suya. Tenemos que cortar toda relación cuanto antes.

—Me temo que si Eduardo Costa ha entrado en su vida, no será fácil sacarlo de ella.

—No lo va a ser —contestó angustiado el juez.

—¿Por qué me dijo antes lo de que ya había tenido suficientes periodistas carroñeros por un día?

—Una mujer vino esta mañana y me amenazó con unas fotos, me pidió que abriera un proceso contra Eduardo Costa y acusara a sus hombres de haber incendiado el restaurante.

Mae abrió los ojos como platos, hizo un gesto de incredulidad.

—Me temo que ahora mismo se encuentra en medio de la guerra entre los mexicanos y la mafia de los navajos, si no se echa a un lado terminarán por

arroyarlo a usted y su familia.

CAPÍTULO 13

Estar en el lugar equivocado en el momento equivocado era una novedad para Sarah. Jamás se había metido en líos, había sido una buena estudiante, se había casado con su primer novio, Rex y, además, nunca había incumplido las reglas. Se podía decir que las llevaba escritas en el ADN. Una buena dama del sur, madre abnegada y esposa fiel.

La habitación era una verdadera suite, tenía un salón, dos habitaciones, dos baños y una terraza con jacuzzi. Era la más lujosa de la ciudad y posiblemente de toda Arizona. A la esposa del juez le gustaban las cosas bonitas, pero con un sueldo de poco más de cien mil dólares al año, terminando de pagar aún sus respectivas carreras, una hipoteca, el ahorro para los futuros estudios de sus hijos, los seguros médicos y mil gastos más, no les daba para demasiados lujos.

Los dos hombres los recibieron en batín, tenían unos bañadores de mujer sobre las camas y descorcharon una botella de champán para celebrar que al final se habían decidido a acudir.

—¡Por las mejores mujeres de Tucson!

Los cuatro chocaron las copas, las apuraron de un trago y después Patricia tomó los bañadores y llevó de la mano a su amiga hasta el cuarto de baño.

—¿Vamos a ponernos esto?

—¿Te has vuelto loca? Ya te he acompañado, ahora debemos volver a casa y pensar que esto ha sido solo una atrevida locura.

—No ha pasado nada. No seas aguafiestas.

—No es buena idea. Puede que Eduardo sea liberal, pero si te ve con esos dos tipos te matará y a mí Rex me pedirá el divorcio.

—Nadie tiene que enterarse, nos damos un baño y nos marchamos.

Antes de que pudiera darse cuenta, ya tenía puesto el ajustado bikini que dejaba casi al descubierto sus pechos y la braguita minúscula.

—Es muy poca tela —dijo mientras se contemplaba en el espejo inmenso.

—Estás guapísima, pareces una estrella de cine.

Lo cierto es que las dos estaban impresionantes, en cuanto salieron del cuarto de baño los dos jóvenes comenzaron a piroppearlas. Patricia parecía acostumbrada a ese tipo de comentarios, Sarah se ruborizó.

Entraron en el jacuzzi, ellas a un lado y los hombres enfrente.

—¿De verdad que sois amas de casa? ¿Hacéis galletitas y esas cosas?

El comentario le pareció muy ofensivo a la mujer del juez, pero Patricia se rio por la ocurrencia.

—Tened cuidado con las “mamis” peligrosas.

Patricia se puso a hacer un bailecito sensual, uno de los chicos se puso en pie y la imitó, los dos se contoneaban y sobaban a pocos centímetros de su cara, pensó Sarah. Se sentía excitada, pero una pequeña voz en su mente le pedía que saliera corriendo de allí a toda prisa.

El hombre negro se le acercó y comenzó a hablar.

—Estos dos son muy lanzados, yo me llamo Eric Gold —el hombre le ofreció la mano y el simple roce hizo que ella sintiera cómo le subía una ola de calor por todo el cuerpo.

—Lo siento Eric, pero no estoy acostumbrada a estas cosas. Será mejor que me marche.

La mujer se puso en pie y el hombre la agarró por la muñeca.

—No vamos a hacer nada que no quieras.

—Me largo.

La mujer salió de la piscina y caminó empapada al baño, comenzó a cambiarse, estaba temblando. El hombre entró detrás.

—Por favor, no me dejes así.

Estaba desnudo. Jamás había visto a otro hombre que no fuera Rex completamente en cueros.

—¡Dios mío!

Durante unos segundos se le quedó mirando. Tomó su ropa, no podía desnudarse con él presente. Caminó con sus cosas en la mano hasta la puerta.

—¿Dónde vas?

La voz de Patricia sonaba lejana, escuchaba sus risotadas, pero lo único que quería era largarse de allí cuanto antes.

CAPÍTULO 14

—No se lo diría a nadie, pero eres la primera chica que he amado, aunque pienso que es mejor que tu familia se aleje de la mía cuanto antes.

—Siento lo mismo por ti. He tenido varios novios, nada muy serio, ya sabes, cosas de críos, pero contigo es diferente.

Salma y Roberto estaban sentados en los escalones de la piscina, el frescor del agua mitigaba en parte el calor exterior, aunque en un par de horas comenzaría a refrescar.

—¿No me has oído? Creo que es mejor que no sigamos. Las cosas pueden complicarse mucho. Tu padre es juez y...

—¿Qué pasa porque sea juez? ¿Piensas que no querría que saliera con alguien de origen hispano? A veces parecen un poco conservadores, pero son buena gente. Te lo aseguro.

—El problema no es tu padre, es el mío.

En ese momento Eduardo entró por el jardín y los saludó.

—¿Hola chicos? Roberto, ¿has visto a Patricia?

—No, hemos llegado hace poco.

—Ok.

El hombre volvió a meterse en la casa. Desde el cielo, el dron de Larry lo vigilaba todo, especialmente a su hermana, no quería que aquel chico pudiera sobrepasarse con ella.

En ese momento el coche de su padre aparcó a toda prisa en la rampa que daba al garaje, Rex dejó la chaqueta y caminó hacia la casa del vecino. Larry enfocó el rostro de su progenitor, no tenía cara de muchos amigos.

El juez llamó al telefonillo y lo dejaron pasar, el guardaespaldas le llevó hasta el despacho de Eduardo y cerró la puerta.

—Querido Rex, me alegro de que hayas venido a verme. En los últimos días pensaba que me estabas evitando un poco. Reconozco que metí la pata el otro

día dejándote conducir, pero no creo que los agentes te metan en problemas. ¡Por Dios, eres un maldito juez!

—Déjate de tonterías, ahora sé lo que has estado haciendo. Sabías quién era, conocías todos los detalles de mi familia.

—No es un delito informarse sobre los vecinos que tienes, es una cuestión de seguridad.

—Tampoco me contaste que eres el testaferro del Cártel de Sinaloa y que antes perteneciste al de Sonora.

—Te comenté que tenía clientes mexicanos y los ayudaba en sus inversiones en Arizona y los Estados Unidos. Te aseguro que nunca he tomado un arma o he transportado un gramo de cocaína por la frontera, eso se lo dejo a otros. Yo únicamente protejo los intereses de mis clientes y tú deberías hacer lo mismo.

El juez le señaló con el dedo.

—Déjanos en paz, no queremos verte ni a ti ni a tu familia nunca más. ¿Te ha quedado claro?

—Ya estás metido en esto. ¿Te han amenazado los indios? ¿Estoy en lo cierto?

—Por Dios, pusisteis una bomba delante de mi juzgado, habéis matado a una niña pequeña.

—Ya sabes lo que dice el gobierno en estos casos, son daños colaterales. No me gusta ver morir a niños, no creas que soy un psicópata. Si Ray y sus navajos dominan todo el estado las cosas no irán a mejor. Mis clientes quieren discreción y paz, Ray desea cortar la caballera a todo el mundo y devolver a su pueblo la antigua gloria que le quitó el gobierno de los Estados Unidos.

—Te meteré en la cárcel por esto. No tengo miedo al Cártel, aquí hay leyes. El hombre comenzó a reírse.

—No sé cómo son las cosas en Alabama. Es un estado pobre en medio de la nada, pero aquí se mueve mucho dinero. Millones de dólares, tenemos en

nómina a mucha gente. Ya sabes, senadores, congresistas, gobernadores, alcaldes, jefes de policía. Nuestra red se extiende por todas las instituciones, incluido el sistema judicial estatal y federal.

Rex le creía, sabía hasta qué punto estaba podrido el sistema, pero ya se había enfrentado a gente como él en Alabama. Se puso en pie y acercó su rostro al de Eduardo.

—¡Aléjate de nosotros! ¿Lo has entendido? Un juez también tiene mucho poder, te lo aseguro.

Rex se dirigió a la salida, pero antes de que abriera la puerta escuchó a su vecino amenazarlo.

—Tienes una bonita familia, pero todo se puede perder de un plumazo, acuérdate del santo Job, no había hombre más justo sobre la tierra, pero lo perdió todo, por culpa del diablo.

—Creo que no sabes bien la historia. El diablo únicamente pudo hacer lo que le permitió Dios, al final salió más fortalecido de la adversidad.

—¿A qué precio, querido Rex? Yo en cambio te ofrezco una vida tranquila, dinero, posición, tal vez optar en unos años al Tribunal Supremo del Estado.

—¿Dónde queda mi honradez y mi dignidad?

—La honradez es algo demasiado caro en los tiempos que vivimos. El precio que tendrás que pagar es tu vida y la de los tuyos. Tu hija está en la piscina con el mío. Ella será la primera, si no paras la investigación y te unes a nosotros, desaparecerá. ¿Sabes cuántas chicas de su edad desaparecen cada año en los Estados Unidos?

Rex cerró la puerta de un portazo, se dirigió a la piscina y vio a su hija pegada a Roberto.

—Salma, nos marchamos.

Ella se sobresaltó al escuchar la voz de su padre, ni siquiera sabía que se encontraba en la casa.

—¿Por qué? ¿Qué está pasando?

—Sal del agua, nos largamos ahora mismo. Te prohíbo que entres en esta casa o hables con ese chico más.

—¿Te has vuelto loco? ¿Te ha dado una insolación?

El hombre se acercó y tiró de su brazo.

—Me haces daño.

Roberto reaccionó y se puso frente al hombre, pero la chica le apartó con la mano.

—Déjalo, me marcho, ya hablaremos.

Salieron a toda prisa de la propiedad, Rex temblando por la adrenalina y su hija por la furia.

—¿Por qué has hecho eso? Son los vecinos, me trajiste a su casa hace unos días.

—No puedo explicarlo, pero tienes que alejarte de ellos por tu seguridad. A partir de mañana tu madre te llevará y recogerá del colegio.

Entraron en la casa y Salma se fue a su cuarto, Larry se asomó por una de las esquinas.

—¿Qué ha pasado?

—Nada, no quiero que os acerquéis a la casa de los vecinos.

—Ya me lo imaginaba.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Rex extrañado.

—Siempre te ríes de mi dron, pero él tiene ojos donde nadie más los tiene. El otro día el vecino recibió una visita muy extraña y lo grabé todo.

El juez se le quedó mirando sorprendido, no sabía qué había grabado su hijo, pero cualquier cosa le venía bien para meter entre rejas a su vecino.

CAPÍTULO 15

Mientras Sarah se vestía en el pasillo del hotel, su dignidad y autoestima estaban por los suelos. ¿Cómo había llegado a esa situación? Pensó en la depresión tras la muerte de su pequeño, en la frialdad de Rex, el traslado, su carrera frustrada, en el final de su maternidad ahora que sus hijos eran mayores. Patricia únicamente había sido el detonante de un malestar que sentía hacía mucho tiempo. Aunque ahora lo importante era que se había dado cuenta. Simplemente tenía que empezar de nuevo, buscar un trabajo a media jornada e integrarse en alguna comunidad cristiana de la zona. Mientras se dirigía al aparcamiento aún sentía el bañador húmedo sobre la piel, como si la baba del diablo aún rozara su cuerpo.

Entró en el coche y buscó las llaves, arrancó y respiró hondo, pero su calma no duró demasiado, escuchó una voz en la parte trasera del vehículo y dio un respingo.

—Sarah Young, imagino.

Miró por el retrovisor, estaba temblando, paralizada por el miedo.

—Soy Ray, usted y su marido no me conocen. No importa. Digamos que podría definirme como un hombre de negocios preocupado. Su marido y usted se han hecho amigos de los Costa. No tengo que decirle que sus vecinos no son de fiar. Eduardo está detrás de la explosión del restaurante donde comieron el domingo. La dulce niñita de la mujer que regentaba el local ha muerto, una verdadera desgracia y el culpable es su vecino. Eduardo pertenece a un cártel de la droga y ya sabe lo que eso supone.

—¿Por qué me cuenta todo eso? —se atrevió a preguntar, tras recuperar un poco la calma.

—Tiene que convencer a su esposo de que detenga a Costa, sería lo mejor para Tucson y para todos nosotros. Si no lo hace...

Escuchó cómo llegaban unos archivos a su teléfono, abrió el wasap y miró

las fotos que le había enviado.

—A propósito, le queda muy bien ese bañador. Quédeselo, por favor, su marido lo apreciará. Las fotos no se harán públicas si colabora. De otra manera, tendrá que explicar a su marido por qué estaba con dos hombres en un jacuzzi y con aquel hombre desnudo en el baño. Serían demasiadas explicaciones. ¿No cree?

El hombre abrió la puerta trasera y el calor invadió el coche.

—A propósito, bienvenida a Tucson y al glorioso estado de Arizona.

En cuanto el hombre salió, Sarah cerró los seguros se inclinó hacia el volante y comenzó a llorar.

—¡Dios mío! ¿Qué he hecho?

Mientras se desahogaba, intentando tranquilizarse un poco antes de regresar a casa, pensó qué le diría a Rex. Nunca se metía en asuntos de su trabajo, pero no podía contarle la verdad. Las cosas ya estaban suficientemente mal para que eso terminara de hundirlos. Tomó el teléfono y llamó a su hermana Rose, la única persona en el mundo a la que contaría algo así.

—Rose, soy Sarah.

—Ya lo sé, los teléfonos del siglo XXI ponen en la pantalla quién te está llamando.

—Tengo que contarte algo.

—No me asustes. Acabáis de instalaros en Tucson, me parece que está en el culo del mundo, pero prometo que iremos a veros.

—No es eso, tengo un problema y no sé qué hacer.

—¿Mi hermana mayor me está pidiendo consejo? ¡Dios mío, sí que debe ser grave!

Sarah le explicó brevemente lo sucedido, su hermana Rose parecía tan sorprendida que su silencio anticipaba que una tormenta se aproximaba a Tucson y que podía arrasar todo lo que encontrase a su paso.

CAPÍTULO 16

Si el mundo tiende al orden, Tucson en Arizona era el mismo epicentro del caos. Nada estaba saliendo bien a tres días de Acción de Gracias. Mientras los cuatro miembros de la familia daban vueltas a la cena en su plato, removiendo los guisantes y la zanahoria, la mente de todos ellos estaba muy lejos de allí. Rex pensaba en las imágenes que le había mostrado su hijo y que había enviado a cotejar en la base de datos federal; Sarah aún sentía acidez en el estómago y venían a su mente las imágenes de lo que había sucedido en la suite del hotel y el encuentro posterior con Ray. Su hermana la había aconsejado que por ahora no hiciera nada, era preferible tener la cabeza fría, pero ¿por cuánto tiempo? Salma aún se sentía furiosa, su padre la había humillado en público y encima le había prohibido contactar con el único chico que le había gustado de verdad. El único que aparentaba cierta normalidad era Larry, aunque en el fondo no era cierto. Notaba la tensión entre sus padres, la desesperación de su hermana y seguía sin hacer amigos en clase. Sabía que la culpa de todo aquello la tenían los vecinos y estaba dispuesto a espiarlos todo el día si era necesario, para descubrir qué asuntos oscuros ocultaban.

—¿Qué tal te ha ido el día? —preguntó Rex a su mujer.

Era la pregunta que llevaba temiendo toda la velada, por eso había mantenido la cabeza gacha durante la cena.

—Bien, comprando las cosas para Acción de Gracias. Tus padres creo que llegan mañana.

Rex había olvidado por completo la llegada de sus padres. Era lo peor que podía suceder en un momento como ese.

—Mierda, se me había olvidado.

—Tienes que recogerlos en el aeropuerto por la tarde.

En ese momento el teléfono del juez sonó, había recibido un mensaje. Miró la pantalla y luego lo colocó bocabajo. El mensaje no podía ser más explícito,

se trataba de él con la chica sentada en su regazo.

—Pensé que habías salido por la tarde con Patricia. No nos conviene estar con esa gente.

Sarah se sintió en parte aliviada, no quería volver a ver nunca más a esa mujer.

—Lo sé, estaba pensando lo mismo.

—Sois dos racistas y dos puritanos. ¿Qué malo tienen los Costa? ¿Es porque son hispanos?

—Claro que no, Salma. ¿Te has vuelto loca?

—Entonces, ¿qué les hace tan perjudiciales para nosotros? ¿Es porque eres juez? Yo pienso seguir viendo a Roberto, es un buen chico.

Rex dio un puñetazo en la mesa, era un hombre calmado, pero sentía que toda aquella situación lo sobrepasaba por completo.

—¡Harás lo que te diga! Eres menor y si es necesario te quitaré el teléfono e iré contigo a todas partes.

Salma se levantó de la mesa y se fue a su cuarto. Una vez allí miró el teléfono, tenía un mensaje de Roberto.

—Necesito verte esta noche. ¿Quedamos frente al estanque del parque?

La chica no se lo pensó un segundo, le contestó que sí. Después se puso música en el teléfono y comenzó a escribir a Anne.

“¿Estás despierta? He quedado con Roberto esta noche”.

“Pensaba que estabas castigada”.

“Me importa una mierda sus malditas reglas”.

“¿Quieres que te acompañe? Es de noche”.

Salma se lo pensó unos segundos.

“No hace falta, es Roberto”.

“Ok, pero ten mucho cuidado”.

“Lo tendré”.

“Mándame un mensaje cuando lo veas y otro al regresar a casa”.

“Está bien. Lo haré”.

Mientras Salma conversaba con su amiga, Sarah y su marido recogían la mesa.

—¿Te encuentras bien? Te veo muy pensativa.

A Sarah se le escurrió un plato de las manos mojadas y estalló al caer al suelo. Se puso de rodillas y comenzó a recoger los pedazos. Rex fue a por la escoba, su mujer se había cortado un dedo, pero no parecía reaccionar a la sangre que manchaba su mano y el suelo.

—Déjame que te cure eso.

Se dirigieron al baño, él sacó el botiquín y la curó. Sarah comenzó a llorar.

—¿Qué te ocurre? Puedes contarme lo que sea.

—¿Por qué no regresamos a Alabama? No me gusta esta ciudad ni este estado.

Rex la miró fijamente a los ojos.

—Tengo un caso importante. En Tucson hay una guerra entre bandas, una guerra que cada día se hace más cruenta. Debemos pararla, el incendio del otro día fue premeditado. Esa gente está asesinando a inocentes. ¿Te acuerdas de la niña del restaurante?

Sarah se acordaba perfectamente, había estado jugando con ella, pero ahora que sentía el peligro, lo único que deseaba era poner a salvo a su familia.

—Se las han apañado sin nosotros todo este tiempo.

—Eduardo Costa es un testaferro del Cártel de Sinaloa. Son gente muy peligrosa. Nuestro hijo grabó la llegada de uno de los jefes hace unos días. El vecino ha querido extorsionarme y amenazarme para que no investigue.

Sarah dudó si comentarle a su marido lo que le había sucedido, pero prefirió callarse por el momento.

—Creo que es una locura, esa gente es muy peligrosa, pide un nuevo

traslado.

—Sería un tachón en mi carrera y, sobre todo, una irresponsabilidad, un juez tiene que enfrentar la realidad.

—A la mierda la realidad. Larry está haciendo vídeos a mafiosos y Salma está colada por el hijo de un miembro del Cártel de Sinaloa. ¿Es que no lo ves? Será mejor marcharse, renunciar.

Rex miró a su esposa, le parecía increíble lo que escuchaba. Siempre había sido valiente y decidida.

—Sabes que no puedo hacer eso.

—Entonces, nos iremos los niños y yo hasta que todo esto acabe. Encierra a ese capullo y regresa a Alabama.

En el fondo sabía que su mujer tenía razón, lo mejor era regresar a casa.

—Te prometo que en cuanto encierre a Eduardo pediré el traslado.

Se abrazaron y por un segundo sintieron que todas esas reservas de los últimos días desaparecían. Los dos habían ocultado una parte de la realidad al otro, pero en ocasiones puede haber ciertos secretos que sea mejor no desvelar.

Salma esperó a que la casa estuviera en silencio, abrió la ventana y salió sin dificultad. Caminó hasta el límite del jardín y miró a ambos lados, después bajó por la calle solitaria y poco iluminada, se aproximó al parque, una sombra al otro lado del estanque la esperaba. Cruzó la explanada y se dirigió hacia la figura sin titubear.

CAPÍTULO 17

Rex tomó el coche a primera hora, Sarah se encargaría de llevar a Salma y Larry al colegio, después él iría a por sus padres al aeropuerto. Su idea era que en cuanto pasaran las fiestas, su esposa y sus hijos regresarían a Alabama. Aquella mañana, en lugar de dirigirse a su despacho, tomó el desvío que llevaba a la zona oeste, hacia Tanque Verde. En unos cuarenta minutos se encontraba frente a la casa del juez Preston. No había llamado para avisar que iba a visitarlo, pero este se había ofrecido varias veces a ayudarlo en lo que fuera necesario. Llamó a la puerta y no tardó mucho en abrir. El juez se conservaba en buena forma, de complexión delgada y con un tupé de pelo castaño que tapaba en parte su calvicie.

—¡Qué sorpresa! El juez Young. ¿A qué debo el honor?

Rex no tuvo que responder, su cara mostraba la preocupación y horas sin dormir.

—Adelante, le prepararé algo fuerte.

—Son las ocho y media de la mañana.

—Razón de más.

El hombre miró a ambos lados antes de cerrar la puerta. Se fue a la cocina y regresó con dos cafés. Rex miró el líquido negro algo decepcionado, pero en cuanto le dio un sorbo notó el tequila. El juez Preston sonrió.

—Es café con tequila, una especialidad mexicana. Esto resucita a un muerto. Le veo muy preocupado. Por favor, cuénteme lo que sucede.

Rex le explicó lo sucedido, mientras su antecesor hacía gestos de disgusto.

—Lo lamento mucho, le dejé unas notas advirtiéndole de la situación de la sala, aunque no hemos conseguido pruebas concluyentes contra Eduardo Costa. Ese tipo sabe guardarse muy bien las espaldas.

—Ya lo creo. Nos engañó a todos nosotros.

—El tribunal es ahora mismo un campo de minas, la única persona en la que

puede confiar es en mi vieja secretaria Clarise. La mayoría del personal informa de todo al Cártel de Sinaloa o a los hombres de Ray.

Rex encogió los hombros asombrado.

—El fiscal y el jefe de policía son muy amigos de Ray. Por no hablar del alcalde y el gobernador, que han aceptado dinero del Cártel para sus campañas políticas.

—¿Qué puedo hacer? Si no acuso a Eduardo la mafia de los navajos sacará lo de la conducción bajo los efectos del alcohol y las fotos comprometedoras. Y los mexicanos me han amenazado con hacer daño a mi familia.

Preston dio un sorbo largo a la taza, dejó que el tequila le quemara la garganta. Estaba en la etapa final de su vida, lo había perdido casi todo. Primero a su esposa, un cáncer fulminante, y hace un par de años a su única hija. Apenas le quedaban amigos y familiares con vida, el mundo que había conocido se había extinguido antes que él.

—Lo primero es la familia, pero con esto no quiero decir que haga caso a Ray y no a Eduardo, pero sí que los ponga a salvo antes de actuar. En la vida siempre nos obligan a elegir entre blanco y negro, aunque le aseguro que siempre hay matices. Las mafias son estructuras muy fuertes, ya que aunque vayan a por un individuo, la máquina continúa en marcha y termina por destrozarte. ¿Sabe lo que hizo Eliot Ness para deshacerse de Al Capone?

Rex negó con la cabeza.

—La corrupción había invadido la vida pública y privada en Chicago. El mafioso italiano tenía decenas de infiltrados en la policía y la política, cada golpe, cada intento de Ness por atrapar a Al Capone fracasaba. Ness era un hombre inteligente y culto, su enemigo un animal astuto y visceral. El famoso policía se unió al Departamento del Tesoro de los Estados Unidos. Ness fue enviado por el mismo presidente Herbert Hoover para terminar con el tráfico de alcohol y el crimen organizado en Chicago. Fue en ese momento cuando

formó los llamados “Intocables”. Únicamente seis agentes de toda la policía de Chicago se libraron de la criba. La historia me recuerda a Gedeón que tuvo que dejar a la mayor parte de su ejército, ante la petición de Jehová. A veces no necesitamos a muchos ayudantes, lo que en el fondo es imprescindible es contar con gente de fiar.

—¿De quién puedo fiarme? Usted los conoce mejor que nadie.

—Clarise será una tumba, además es la que maneja los papeles; también el ayudante del fiscal Mark Silver; en la policía la única persona limpia es la sargento Sonia González.

Rex apuntó los nombres.

—¿También puedo contar con usted?

—Claro, aunque no sé en qué puede ayudar este pobre viejo.

El juez se puso en pie y le dio la mano.

—Acuérdese de sacar cuanto antes de la ciudad a su familia.

—Hoy viene mi familia de Alabama, se marcharán después del fin de semana.

—Suerte, la va a necesitar.

En cuanto salió de la casa y se subió al coche, el teléfono comenzó a sonar.

—¿Qué sucede Sarah?

—Es Salma. No ha dormido en casa.

Rex sintió un escalofrío que le recorrió la espalda.

—¿Cómo que no ha dormido en la casa? Ayer entró en su habitación después de cenar.

—Cuando fui a su cuarto a despertarla, no había nadie y la ventana estaba abierta. Será mejor que llamemos a la policía.

—Todavía no, déjame a mí.

—Pero Rex.

—Yo me encargo.

En cuanto colgó el teléfono, apretó el acelerador, sabía dónde buscar a su hija, estaba tan furioso, que su coche cruzó la zona residencial a toda velocidad y corrió por la autopista como alma que lleva el diablo, hasta encontrarse a las puertas de la casa de Eduardo Costa.

CAPÍTULO 18

Mae regresó a la reserva a primera hora del día, llevaba casi una semana sin pasarse por la redacción y su jefe le había advertido que si no se pasaba por allí podía darse por despedida. Window Rock era un sitio inhóspito en medio de un paraje aún más inhóspito: pequeños árboles peludos, tierra de un color casi rojizo y pequeños edificios dispersos. Apenas se veía gente por las calles, como si la capital de la nación Navajo estuviera completamente deshabitada. La periodista entró en la pequeña redacción con apenas cinco personas y se dirigió directamente al despacho del director.

—Hola Sam.

—Dichosos los ojos, pensé que ya no volvería a verte. Eres la única periodista que no vive en la reserva.

—¿Quién querría vivir aquí? Cada vez que vengo me deprimo.

—¿Piensa lo mismo tu padre el presidente?

—No lo sé, apenas hablamos.

Sam era un hombre grande y corpulento, en otra época había participado en los juegos olímpicos, ahora tenía una inmensa barriga producida por su amor a la pizza y la cerveza.

—Hace una semana que te estoy pidiendo el artículo sobre el nuevo museo navajo.

La mujer frunció el ceño y se sentó en la silla destartada que tenía su jefe.

—No me jodas, Sam. ¿A quién cojones le interesa esa historia? Otro museo estúpido. ¿Por qué no hacen invernaderos, crean trabajo y convierten esto en un vergel?

El hombre se cruzó de brazos, los botones de la camisa a cuadros se le tensaron al máximo.

—Por si no te has dado cuenta esto es el puto desierto.

—Esto no es el desierto, nieva todos los años y llueve durante varios meses,

podríamos sacar a la tierra todos sus frutos.

—Los navajos no somos hortelanos.

—Es mejor ir al supermercado a comprar la mierda que le sobra a los Estados Unidos. Si quieres puedo hacer un artículo sobre la obesidad en la nación Navajo, tenemos el mayor número de personas con sobrepeso del país, por no hablar de la diabetes, los problemas cardiovasculares, la alcoholemia y la droga.

Su jefe tomó el periódico y se lo lanzó al regazo.

—Este no es el *New York Times*, nos leen los abuelos y las señoras de la reserva. Esas son las cosas que les interesan.

—Estoy investigando el incendio en Tucson del lunes. Ha muerto una niña y un transeúnte.

—Aquí no interesa lo que pase en Arizona, somos una nación libre y soberana.

—Y una mierda, Tucson está a pocos kilómetros y ese restaurante pertenecía a Ray y sus amigos. Claro que es importante hablar de la guerra de bandas.

Sam adelantó la cara y la puso más cerca de su empleada. En el fondo admiraba la tenacidad de la chica, pero prefería no meterse en problemas.

—Ray es el hombre más rico de la reserva, el único capaz de generar algo de empleo, deja de meterte con él.

—También es el que controla la prostitución, el tráfico de drogas y la inmigración ilegal, por no hablar de la extorsión, la corrupción política y otros delitos.

—No has podido probar nada.

—¿Porque la policía es tan corrupta como el gobierno de la reserva?

—Esa es una acusación muy seria, no puedes ir diciendo eso por ahí, mucho menos si representas a nuestro periódico.

Mae había oído que en otro tiempo su jefe había destapado muchos casos de corrupción y que era uno de los periodistas más respetados del Medio Oeste.

Ya no parecía quedarle nada de esa sangre de reportero.

—Tengo pruebas, uno de los chicos de Ray está arrepentido, por eso he venido hasta aquí, para entrevistarlo. Espero sacar un artículo después de Acción de Gracias.

—¿Te has vuelto loca?

—Sí, imagino que ser una navajo constituye cierta forma de locura. ¿Qué quedó del pueblo orgulloso y combativo que no se dejó dominar por el hombre blanco? Ahora nos vendemos por sus sobras y la ensoñación del autogobierno, mientras tanto la gente joven se larga o termina metida en drogas o en la mafia.

—Lo pensaré. Nos enfrentamos a alguien muy poderoso.

Mae se levantó de la silla y se dirigió a la puerta.

—Tu padre está peor, deberías ir a verlo.

Aquel comentario borró su sonrisa de un plumazo. Hace unos pocos meses le habían detectado a su padre un párkinson severo. En menos de un año no podría valerse por sí mismo. No tenían buena relación, mejor dicho, tenían una muy mala relación.

—Ok, lo pensaré.

La mujer dejó la redacción y se montó de nuevo en su ranchera, recorrió apenas dos kilómetros y se paró enfrente de una casa destartalada. Caminó por el paseo polvoriento y llamó a la puerta. Salió un chico joven con el torso desnudo, tenía ojeras profundas y las mejillas hundidas.

—No, joder Mae, aquí pueden verme. ¿Quieres que me mate Ray?

—Entonces, ¿dónde nos vemos?

—Mañana por la mañana en Phoenix, en el restaurante mexicano al lado de la iglesia.

—¿A las diez?

—Perfecto, pero ahora vete.

La chica se subió de nuevo a la ranchera y dio marcha atrás, levantando una

gran polvareda. Al este se veía cómo un frente con lluvia se aproximaba. Los días de calor parecían estar llegando a su fin. Pasó frente a la casa de su padre, la única con un jardín arreglado, construida con buenos materiales. Siempre había sido la niña mimada de toda la reserva, la hija del jefe. La habían llevado a un buen colegio en Phoenix; había estudiado en la Universidad de Los Ángeles y estuvo a punto de quedarse a vivir en San Diego. Se detuvo un instante, lo suficiente para que la nostalgia se transformara en rabia. Su padre era precisamente uno de los culpables de que su nación no prosperase. Todos lo querían y respetaban, parecía el gran benefactor de la reserva, pero en el fondo era un producto más del engranaje que mantenía a su pueblo de rodillas y eso no podía perdonárselo. Pisó el acelerador, justo cuando estaba en la esquina, para tomar la carretera principal vio la Ford F150 de Ray. Era completamente roja menos en las partes metálicas, llevaba las ventanillas bajadas y su brazo moreno por fuera. Mientras se cruzaban en el camino, se quedaron mirando fijamente. Mae recordó lo que le había contado el reverendo Jessy sobre aquel hombre que siendo joven quiso cambiar las cosas. Se preguntó si a ella le pasaría como a su padre, a Sam y al mismo Ray, si terminaría siendo una cínica y aprovechada, enriqueciéndose a costa de su pueblo. Lo más duro de todo es que en el fondo no supo qué pensar, lo había visto en demasiadas ocasiones como para creer que algo así no le sucedería a ella.

CAPÍTULO 19

Rex condujo a tanta velocidad que en apenas veinte minutos paró enfrente de su casa y salió del coche a toda prisa. Sarah escuchó el frenazo y dejó todo para ir a buscarlo.

—¿Dónde vas?

—A casa de Eduardo. ¿Quién crees que ha sido?

La mujer le agarró de un brazo.

—No, te matará. ¿Te has olvidado de quién se trata? Será mejor llamar a la policía y que se ocupen ellos, no creo que le hayan hecho nada. No son tan estúpidos.

El juez se lo pensó unos segundos, pero después emprendió su camino cuesta arriba. Llegó a los grandes portalones y se abrieron automáticamente, Sarah le seguía a pocos pasos.

Al llegar a la puerta ya le esperaba Eduardo, vestido de negro y con la mirada perdida, como si estuviera molesto por la inoportuna visita.

—¡Maldita sea! ¿Dónde está mi hija?

—Para prometer que no volverías a pisar esta casa has tardado menos de veinticuatro horas. Buenos días señora Young, espero que no esté de acuerdo con el comportamiento de su marido.

—Rex, déjalo. Vámonos de aquí.

—Haga caso a su mujercita, creo que es más juiciosa que usted.

El juez pegó su cara a la del vecino, sus ojos se quedaron fijos.

—¿Dónde está mi hija? Si no la sueltas ahora mismo, en menos de una hora la policía pondrá todo esto patas arriba.

—No sé de qué me hablas.

Rex apretó los puños, estaba a punto de golpear al hombre, cuando sonó el teléfono de Sarah. La mujer miró la pantalla, era el móvil de Salma. Todos se quedaron parados.

—¿Salma? ¿Dónde te has metido? Estamos preocupados buscándote.

—Estoy en el instituto, me marché temprano.

—No mientas, sé que no has dormido en casa.

Salma no quería contarle la verdad. Había pasado la noche entera charlando con Roberto, pero estaba segura de que no la creería, los adultos siempre pensaban que los adolescentes se pasaban el día planificando cómo torturarlos.

—Estoy bien, he visto las llamadas perdidas y he contestado.

—Ya sabes que no puedes ir sola, al terminar las clases os recogeré.

Sarah colgó el teléfono, Eduardo hizo una mueca de burla y Rex dio un paso atrás.

—Aléjate de mi familia, te aseguro que si nos pasa algo, no descansaré hasta terminar contigo.

—Muy bien, ahora salgan de mi propiedad, son ustedes los que están acosándome. Tengo testigos que así lo avalarán.

La pareja bajó la cuesta y llegó a los pocos minutos a la puerta de su casa.

—Menos mal que no le has pegado —dijo Sarah aliviada.

—Esa es la menor de nuestras preocupaciones. Cuando traigas a Salma quítale el teléfono y las llaves, que no salga de casa bajo ningún concepto.

—Esas cosas jamás funcionan, ya lo sabes. Sería mejor que fuéramos sinceros y le contásemos lo que sucede.

—Ahora la ingenua estás siendo tú, una adolescente solo tiene una prioridad en la vida: hacer lo que le da la gana.

El juez se subió a su coche y salió de la calle a toda prisa. Aún sentía cómo la adrenalina le recorría cada centímetro de su cuerpo. A los pocos minutos aparcó en su plaza y se dirigió al despacho, caminaba con la cabeza gacha, para no tener que estar saludando a nadie. La única persona a la que se dirigió fue Clarise.

—Señoría, le he dejado sobre la mesa el informe que pidió, ya han reconocido a ese tipo de la foto.

—Entra conmigo, por favor.

La mujer puso un gesto de incredulidad y lo siguió.

—Cierra la puerta.

—¿Qué sucede señoría?

—Tenemos un problema, la ciudad se encuentra en medio de una guerra, no puedo confiar en nadie. Esta mañana fui a ver al juez Preston.

—¿Cómo se encuentra?

—Por favor, tiene que concentrarse en lo que le digo.

—Sé de lo que habla. No soy ciega ni tonta, tiene que ver con la explosión del restaurante y los otros incendios. Los nativos se están peleando con los mexicanos.

El hombre la observó sorprendido.

—El juez Preston intentó frenar el problema, pero no logró reunir pruebas suficientes, siempre que enviaba una orden de registro, ambos bandos lo sabían con antelación.

—¿Por qué piensa que sucedía eso?

—Porque la mitad de la plantilla está a sueldo de los narcos de uno y otro lado.

—¡Cielo santo! ¿Por qué diablos no me contó nada?

—No me lo preguntó señoría, no sabía qué tipo de juez era.

—¿Qué tipos de jueces hay? —preguntó sorprendido Rex.

—Llevo más de veinte años trabajando aquí y por mi experiencia, creo que se podían dividir en tres tipos: el indiferente, el complaciente y el implacable.

—¿Qué tipo de juez cree que soy yo?

La mujer dudó un instante antes de contestar.

—Al principio pensé que era del tipo complaciente, sobre todo al verle con

el gánster ese.

—¿Eduardo Costa?

—El mismo.

—No sabía quién era.

—Después pensé que más bien su perfil se parecía al de juez indiferente, aunque creo que me he vuelto a equivocar.

El hombre sonrió.

—Ahora cree que soy el implacable. ¿Verdad?

La mujer se colocó las gafas.

—No, creo que es indiferente, pero que algo le ha asustado y está dispuesto a liarla en toda la ciudad, para que el mundo regresó al orden que le gusta a usted.

Rex no supo cómo reaccionar, se limitó a pedirle que convocara al día siguiente al ayudante del fiscal Mark Silver y a la sargento Sonia González.

—¿Quiere que los convoque aquí? Una hora más tarde todo el mundo sabrá lo que está intentando hacer, además, mañana es el día de Acción de Gracias.

—Por la mañana es laborable, que yo sepa. Pídales que vayan directamente al Museo de Miniaturas.

—Eso sí que me parece un lugar interesante. ¿Yo también tengo que ir?

—Por favor, me temo que usted es el alma de la fiesta.

—Pues si no le importa, llevaré unas galletitas. A esas horas siempre uno tiene hambre.

CAPÍTULO 20

Sarah tuvo que llamar a su marido para recordarle que debía buscar a sus padres en el aeropuerto. Tucson no era muy grande y el aeropuerto se encontraba en la zona sur de la ciudad, justo a las afueras. El juez tenía la sensación de haberse pasado el día entero en el coche; pero sobre todo se sentía agotado, ahora que el efecto de la adrenalina comenzaba a descender. Por un lado, amaba a sus padres y estaba deseando verlos, aunque aquellas no eran las mejores circunstancias; por el otro siempre se sentía insuficiente e incapaz frente a su padre, que parecía hacer todo a la perfección.

Entró en la sala de espera de llegadas y se sentó en un banco. Intentó descansar, cerró los ojos, pero al poco tiempo se acordó del informe de reconocimiento, sacó la carpeta con las hojas del maletín y comenzó a leer.

—¡Joder!

Aquel tipo no era otro que Juan Ortiz, el capo del Cártel de Sinaloa, el narco más buscado desde el Chapo Guzmán. Lo que aún no comprendía era cómo alguien como él se había atrevido a pisar suelo estadounidense. ¿Estaría todavía en Tucson? Si lograba atraparlo sería el mayor logro de su carrera.

—¡Hijo!

Escuchó a su padre llamarlo desde el otro extremo, su madre le seguía un par de pasos por detrás. Ambos iban vestidos demasiado frescos para el frente que se aproximaba a la ciudad.

Rex tomó una bolsa de mano y las maletas, los padres le siguieron despacio, parecían mucho mayores que la última vez que los había visto. Su padre había decidido cumplir el tópico de irse a Florida para disfrutar de la jubilación. Decía que no le sentaba bien el clima de Alabama y quería ver el mar.

—¿Qué tal ha ido el viaje?

—No era muy largo, pero incómodo, los aviones cada vez son peores, dentro de poco nos llevarán en la bodega —bromeó su madre.

—Os veo estupendos, creo que el tiempo no pasa por vosotros.

—Me temo que no es verdad, me duelen todos los huesos, tomo cinco tipos de pastillas, no puedo comer de casi nada sin que me siente mal. Me han prohibido el café, la grasa, los postres. Todo lo que merece la pena en la vida —se quejó su padre, que a pesar de lo que decía se le veía más gordito.

Metió las cosas en el maletero y se dirigieron a la casa.

—Hace frío —comentó extrañada su madre.

—Ya os dije que lo normal es que haga fresco en estas fechas.

—Pero esto es el desierto.

Rex sonrió mientras la miraba por el retrovisor.

—¿Qué tal el nuevo puesto? Tucson no es Atlanta o Washington, pero es mejor que Decatur.

—Ya sabes que la carrera judicial es muy lenta. Espero irme pronto para el norte.

—¿Qué hay bueno en el norte? —le preguntó su madre, a la que no le gustaban las grandes ciudades ni el frío.

—Ciudades y estados más poblados, tribunales más importantes.

—Bueno, disfruta de la familia, imagino que esto será muy tranquilo y tú siempre has sido un poco pusilánime, desde niño lo eras.

—Pero papá, no me creo que estés diciendo eso.

—Es verdad, Rex, siempre te ha faltado espíritu combativo, pero aun así te has convertido en juez y estamos muy orgullosos.

—No te metas con el chico. Es igualito que tú. Todo corazón, noble espíritu, pero poco dinero.

Steve Young sabía perfectamente a qué se refería su mujer. Siempre le reprochaba que de no haber sido por el dinero de su familia no tendrían dos casas y una vejez holgada.

—Mi familia siempre se dedicó a impartir justicia, la tuya a crear

injusticias. Ya sabes cuál de las dos causas produce más dinero.

—Querido, no he visto que sufieras demasiado gastando el dinero injusto de mi familia.

—Tranquilos —medió Rex—, mañana es Acción de Gracias, ya tendréis tiempo en Florida para seguir peleando.

Aparcó frente a la fachada, su padre miró el edificio con cierta curiosidad y después la casa del vecino.

—Creía que tu casa era aquella.

—No padre, es esta. ¿No sabes lo que gana un juez?

—¿Un juez justo o injusto?

Rex no respondió, era la típica pregunta trampa de su padre. Entraron en el edificio y los dos nietos comenzaron a abrazarlos.

—¡Estáis enormes! —exclamó el abuelo, después les dio una propina. La abuela comenzó a besarlos y les sacó algunos regalos.

—Hola suegros —dijo Sarah señalando con la mano.

—Ya estás preparando la cena de mañana.

—Claro, Mary, soy la única que cocino en esta casa.

—Bueno, ese es tu deber como esposa, tu marido trae el dinero.

Sarah estuvo a punto de contestar, pero vio la expresión de su marido y se retuvo.

—Qué fiio hace aquí —se quejó la suegra.

—Por la noche hace más —le contestó Sarah, sin poder disfrutar un poco de fastidiar a la madre de Rex.

El padre le dio un abrazo y le comentó.

—Ya sabes cómo es Mary, todo dulzura. No se lo tomes en cuenta. ¿Por qué no me enseñas tu despacho hijo?

Los dos hombres salieron del salón y se dirigieron a la otra parte de la casa, Rex dudaba si pedirle consejo a su padre o no. Si conocía a alguien justo en el

mundo ese era sin duda Steve Young.

CAPÍTULO 21

Salma aprovechó que su padre y su madre estaban entretenidos para hacer una videollamada a su amiga Anne. Estaba deseando contarle lo que había sucedido la noche anterior con Roberto. Su amiga apareció en la pequeña pantalla y comenzaron a hablar.

—Hola, esta mañana no pude contarte demasiado y a la vuelta tuve que volver con mi madre, pero anoche fue tan emocionante.

—¿Qué pasó? Fue un milagro que no te pillaran mis padres.

—Bueno, mi padre discutió con el de Roberto, los dos están un poco desquiciados, no sé qué les sucede.

—Ya sabes que los adultos viven en su propio mundo de problemas y frustraciones, aunque luego nos culpen a nosotras de todo.

—Pasamos la noche hablando, abrazados a la luz de la luna, fue tan romántico. Apenas nos besamos, lo único que nos importaba era estar juntos y solos.

—¿Cómo lo vas a hacer? ¿Tus padres siguen con la prohibición?

—Sí, pero espero que se les pase pronto. Mis abuelos han llegado hace un rato, a lo mejor eso les calma un poco o los desquicia aún más.

—¿De qué hablaste con Roberto?

—Bueno, él sueña con convertirse en actor, piensa ir a la escuela de arte dramático de Los Ángeles el año que viene y quiere que me vaya con él.

—¿Estás segura?

—El año que viene seré mayor de edad y nadie podrá impedirlo. Yo buscaré trabajo en lo que sea, no me gusta estudiar, creo que es una pérdida de tiempo.

Anna la observó incrédula, no se conocían demasiado, pero le extrañó la reacción de su amiga. Aquel chico la tenía completamente obnubilada. Ella no quería dejar los estudios, además sabía que el amor, sobre todo adolescente,

era demasiado pasajero para arriesgarlo todo.

—Tus padres se llevarán un disgusto.

—¿Por qué? Ellos comenzaron a salir en el instituto y se casaron al terminar la carrera con veintiuno. Nadie les dijo cómo tenían que vivir sus vidas.

—A Roberto no le conoces tanto, deberías tomar las cosas con más calma.

Salma se puso muy seria, su amiga no era quién para opinar sobre su vida privada.

—No he dicho que nos vamos a fugar mañana, estaremos saliendo durante un año, tiempo más que suficiente para adaptarnos y conocernos más.

—Eso es cierto, perdona, pero las cosas han cambiado tan de repente. Roberto parece un buen tío, pero he escuchado cosas de su familia muy malas.

—A la gente le gusta hablar de más, muchos son racistas y no les gusta porque es hispano, aunque su padre y su madre nacieron aquí.

—Espero que todo vaya bien y que tus padres cambien de actitud, seguro que lo hacen en cuanto lo conozcan un poco más.

—Lo dudo, pero me da igual.

Mientras tanto, en la habitación al final del pasillo, Rex y su padre Steve hablaban sobre el nuevo puesto en Tucson.

—Las cosas se están poniendo feas, no podía imaginar que el narcotráfico estuviera tan extendido por la frontera, la ciudad está envuelta en una guerra de bandas y yo estoy justo en el medio. ¿Has oído sobre el incendio en el centro?

—No, en Florida únicamente leo periódicos de tirada nacional, pesco y salgo a comprar con tu madre.

Por un instante Rex envidió la vida de su padre, libre de preocupaciones y con sus hijos convirtiéndolo en abuelo. No sabía hasta qué punto podía contarle todo lo sucedido a su padre.

—La mayor parte del personal del juzgado está pagado por uno u otro

bando. Cada paso que doy lo conocen los narcotraficantes y, para colmo, el tipo que vive enfrente es uno de los peces gordos del Cártel de Sinaloa.

—¿No habrás mantenido relación con él? Ya sabes que el único bien que posee un juez es su reputación, una vez que la pierdes, no puedes volver a recuperarla.

—Ya lo sé papá, me lo has dicho un millón de veces.

—Los jueces únicamente tenemos una guerra contra el crimen. Desde los años treinta no se ha impuesto mano dura contra la importación de productos ilegales, los intentos de Reagan fueron más que modestos.

—Tal vez deberían legalizar las drogas —comentó Rex.

—¿Te has vuelto loco? Legaliza también la prostitución, la pedofilia y el asesinato.

—No es lo mismo, ya se permiten otras drogas legales como el alcohol o el tabaco, por no hablar de la marihuana.

—Ya sabes que yo soy de la vieja escuela, al final esas cosas terminan corrompiendo a la sociedad. Lo único que veo es que te sientes presionado y amenazado a la hora de impartir justicia, imagino que no es la primera vez, simplemente aquí se ha aumentado la apuesta. Ya no se trata de delincuentes paletos que te amenazan cuando los sentencias, ahora son bandas organizadas y sientes que tu familia está en peligro. Yo viví una situación parecida a principios de los noventa. La sociedad estaba descomponiéndose y todo estaba patas arriba, pero los delincuentes tienen una debilidad, en el fondo son más cobardes de lo que parece: si te mantienes firme y comienzas a encerrarlos entre rejas, se marcharán a otra zona. En el fondo las mafias buscan discreción y tranquilidad.

Sabía que su padre tenía razón.

—Está bien, pero a lo mejor os pido que os llevéis al menos a los niños durante unas semanas. El tipo que me ha amenazado vive en la casa de enfrente

y nuestra hija parece prendada de su hijo.

—Haz lo que pienses que es mejor, pero si te ven débil, no se rendirán tan fácilmente.

CAPÍTULO 22

Mae decidió no acudir sola a su encuentro con el informante, por alguna razón que no tenía que ver nada con la cobardía, su instinto no la dejaba descansar. Llamó al reverendo Jessy a pesar de ser víspera de la cena de Acción de Gracias y ambos se vieron en el local media hora antes de que llegase el confidente.

—Siento molestarte en un día como este.

—No te preocupes, mis ayudantes ya están preparando la cena de esta noche en la iglesia. Mucha gente no tiene ni familia ni dinero para celebrar este día. ¿Qué mejor forma de dar gracias que cenar con los pobres y despreciados del mundo?

—Eres increíble.

—¿Te fías de ese chico?

—No me fío de nadie, ya sabes que en la reserva las cosas se están poniendo muy mal.

—Sí, conozco al pastor de la congregación de Window Rock, cada vez hay más violencia y más miedo.

Mae vio a un hombre que entraba en el local y se colocaba en la barra, después dejaba su mochila sobre una banqueta alta.

—¿Hablaste con el nuevo juez de Tucson? —preguntó el reverendo.

—Sí, parece honrado y muy decidido a que las cosas cambien. Se rumorea que las bandas están preparando la traca final, antes de que termine el año, si nadie lo detiene, una u otra mandará en el mercado de la droga y el tráfico ilegal de personas.

—Esperemos que puedas parar toda esta locura antes de que más gente inocente sufra las consecuencias.

Mae observó cómo el hombre se levantaba y dejaba la mochila, estaba a punto de ponerse en pie para llamar su atención, cuando primero un fulgor y

más tarde un sonido insoportable lo invadió todo de repente. Los tímpanos le estallaron y después, todo se convirtió en oscuridad.

En Tucson, justo a la misma hora, Rex llegaba al Museo de Miniaturas, el recinto estaba lleno de público, muchos se habían tomado el día libre para salir con la familia. Clarise, Sonia González y Mark Silver le esperaban al otro lado de las taquillas.

—Hola a todos, gracias por venir en un día como este.

—Extraño sitio para vernos —comentó el ayudante del fiscal.

—Les extrañará mucho más la petición que tengo que hacerles.

Se dirigieron a una zona de descanso, los tres le miraron intrigados, el juez sacó un informe sobre Juan Ortiz.

—Este es uno de los narcotraficantes más buscados del mundo y está en Tucson, al menos lo estaba hace unos días. Creo que lo esconde Eduardo Costa. Tenemos que encontrarlo y meterlo entre rejas, de esa forma desarticularemos el reconstruido Cártel de Sinaloa.

—Pero, eso tiene que informarse al fiscal y al jefe de policía —dijo Sonia García.

—Ese es el problema, sabemos que hay miembros del cártel infiltrados en la policía y en los juzgados. La operación será organizada por nosotros, yo les daré la cobertura legal.

—Nuestros jefes nos crucificarán —comentó Mark Silver.

—No, si logramos relacionar a los corruptos con Juan Ortiz.

Clarise levantó la mano como si estuvieran en un colegio.

—Puede hablar —dijo el juez.

—Pero ¿qué hará con Ray, el jefe de la mafia navajo?

—Bueno, muchas de sus actuaciones están dentro de la reserva, pero tengo un confidente que lo conoce bien y podrá pasarnos información. No ha cometido demasiados crímenes violentos en Tucson, pero podemos acusarlo

de blanqueo de dinero, liderar una banda mafiosa y tráfico ilegal de personas.

Sonia García parecía la más escéptica, miraba constantemente el teléfono, como si quisiera salir de allí de inmediato.

—Desconozco el funcionamiento de la fiscalía, pero es imposible ocultar una operación al jefe de policía. Si sospecha de él debería denunciarlo y pedir al alcalde que lo sustituya.

—Me temo que no es tan sencillo. No digo que en su momento debamos informar al fiscal o al jefe de policía, pero apenas unos segundos antes de comenzar la operación, para no poner en sobre aviso a los mafiosos. Necesito su compromiso. La guerra entre bandas no ha hecho sino comenzar y empeorará pronto. ¿Cuánta gente inocente tiene que morir antes de que logremos atrapar a esos delincuentes?

Se miraron unos a otros, hasta que Clarise rompió el silencio.

—Conmigo puede contar señoría. No le conozco como al juez Preston, pero él nunca se atrevió a hacer algo así. Tenemos que limpiar las calles y romper con este sistema corrupto, es la única forma.

Mark dio un suspiro antes de hablar.

—Es muy triste terminar con mi carrera de ayudante de fiscal, pero prefiero poder dormir bien por las noches.

—Gracias, le prometo que haré todo lo posible para que su carrera no quede afectada.

Sonia González miró a todos antes de dar su opinión.

—No estoy segura de que esto llegue a funcionar, pero estoy harta de que los corruptos acampen a sus anchas. Cuenten conmigo.

El juez sonrió al resto del grupo, no sabía si aquella sensación de euforia era la misma que había sentido Eliot Ness cuando creó su grupo de Intocables, pero ahora tenía en sus manos enfrentarse a los dos bandos a la vez, antes de que la guerra destruyera la ciudad.

CAPÍTULO 23

Salma llevaba intentando llamar a Roberto todo el día, pero no le cogía el teléfono. Tampoco respondía a sus mensajes, hubiera intentado llegar hasta su casa, si no hubiera sido por la constante vigilancia de su madre y su abuela.

—Necesitamos tu ayuda, aún quedan muchas cosas por hacer —dijo su madre abriendo la puerta.

—¿Por qué no llamas antes de abrir?

—Estoy en mi casa.

—Sí, pero esta es mi habitación. Todos necesitamos algo de intimidad. ¿No crees?

—Venga, levántate de la cama y ayuda.

—¿Y mi hermano?

—Aún es demasiado pequeño.

—Le saco dos años, por Dios, lo que sois es una panda de machistas.

Salma se levantó y caminó arrastrando los pies hasta la cocina, la abuela le sonrió al verla llegar.

—Ven cariño y ayúdame con esto.

La abuela estaba preparando el puré de patatas, ya las había hervido y ahora necesitaba que ella le ayudara a machacarlas.

—¿Qué te pasa con tu madre? ¿Habéis discutido?

—Bueno abuela, ya sabes cómo es. Además, desde que hemos llegado a Tucson se comporta de forma extraña. A veces queda con la vecina y bebe; después aparece con un bañador sexy que no me pondría ni yo, se lo he visto en el armario. Tendrá la crisis de los cuarenta.

—¡Cielo santo! Yo nunca me comporté de esa manera, una buena chica del sur sabe comportarse, más si eres la mujer de un juez en una ciudad pequeña.

Salma parecía disfrutar criticando a su madre, entonces vio el teléfono de Sarah sobre la mesa y lo miró. Espió sus mensajes, no tardó mucho en

descubrir unas fotos de su madre con el bañador amarillo, al lado un hombre negro abrazándola, pero la peor era la siguiente, en ella se veía a su madre inclinada delante del mismo hombre con su pene al aire. Se dirigió a su madre y le dijo:

—Tú quieres darme lecciones de moral, eres una hipócrita, se lo diré a papá.

Sarah se quedó sin palabras, lo único que hizo fue quitarle el teléfono de las manos.

Salma salió de la cocina a toda prisa y mandó un nuevo mensaje a Roberto. En esta ocasión no tardó en recibir una respuesta.

“Hola, ¿por qué no nos vemos en el mismo lugar que la otra noche?”

La chica se calzó sus deportivas y se escapó de la casa. Era pronto, pero el parque se encontraba desierto. En el mismo lugar del día anterior le esperaba un hombre de espaldas, se acercó a él, pero antes de que pudiera reaccionar, el desconocido se giró, la aferró con fuerza y la llevó en volandas hasta una furgoneta, otro tipo cerró la puerta y salieron a toda prisa de allí.

Desde el cielo un dron lo estaba observando todo, Larry había seguido con el aparato a su hermana, sabía que estaba castigada y no debía salir de casa. Quería avisar a su madre cuando tuviera pruebas del encuentro de su hermana con el vecino, pero se quedó paralizado al ver lo que sucedía.

Intentó seguir al vehículo, pero cuando el dron llegó al punto máximo de control se detuvo. La última imagen que vio fue a la furgoneta negra alejándose en el horizonte en dirección este. Trajo de nuevo al aparato, lo posó en el jardín y se fue corriendo a la cocina.

—Mamá, tengo que decirte algo.

—Habla —contestó la madre aún alterada por lo que había acabado de suceder.

—Es Salma.

—¿Qué le pasa a Salma ahora?

—Se la han... —miró a la abuela antes de proseguir.

—Deja de balbucear y cuenta lo que ha sucedido.

—Unos hombres la han metido a la fuerza en una furgoneta y se la han llevado.

CAPÍTULO 23

Aquel iba a ser el peor día de Acción de Gracias de su vida. En ocasiones el destino parece empeñado en destrozarte la vida y desde su llegada a Tucson, Rex había experimentado esa ansiedad en la garganta y ganas de vomitar. Apenas había cerrado su reunión con los “Intocables” y ahora se enteraba de que habían secuestrado a su hija. No podía llamar a la policía ni contarle nada a nadie, aunque sabía perfectamente quién lo había hecho o al menos eso creía. Tomó el coche y se marchó directamente a casa, pero ya dentro del vehículo prefirió llamar a Eduardo e intentar llegar a un acuerdo. Estaba marcando el número, cuando vio la llamada de su padre, dudó un momento, pero al final lo cogió.

—Papá, estoy un poco liado.

—Hijo, sé lo sucedido, te he llamado precisamente para evitar que hagas una locura, ni se te ocurra llegar a un acuerdo con ese tipo, tendrás que trabajar para ellos de por vida.

Sabía que aquello era exactamente lo que iba a decir, le parecía mentira que estuviera hablando así de su propia nieta.

—Papá, esta gente no son unos drogatas de Alabama, son la mafia mexicana. No quiero ni pensar lo que son capaces de hacer con ella.

—No le harán nada. Quieren extorsionarte, si la matan tendrán que cerrar el negocio y salir corriendo de Arizona y eso no les interesa. Te aseguro que es un farol.

—¡Maldita sea! ¡Se trata de mi hija, de tu nieta! ¡Por el amor de Dios!

Steve Young se quedó callado, como si estuviera intentando sopesar lo sucedido antes de reafirmarse en su idea.

—Me cuesta pensar que se atrevan a hacerle algo a la hija de un juez. Es algo inaudito, todo el poder judicial del país se abalanzaría sobre ellos. Si cedes, tu carrera está acabada.

Rex comenzó a llorar, había intentado contenerse, pero su familia era lo más importante para él.

—Siempre soñé con ser juez, quería parecerme a ti, pero tal vez me he equivocado. Para ti ser juez era más importante que ser padre y esposo, no quiero eso para mi vida. No puedes pretender ser justo para el mundo y dejar de lado a las personas que más necesitas.

Aquel comentario golpeó con tal fuerza a su padre que se agachó hacia delante, notaba su corazón acelerado y le dolía el costado izquierdo.

—¿Quieres que te acompañe cuando hables con ese mafioso?

—Es mejor que me ocupe yo mismo.

Rex colgó el teléfono y llamó a su vecino, tardó un poco en contestar, pero al final respondió.

—Si es mi querido vecino Rex Young, me alegro de escucharte.

—Mira, maldito hijo de puta, si le pasa algo malo a mi hija no pararé hasta arrancarte las entrañas.

—Menos agresividad señorita, será mejor que nos veamos en un lugar discreto. ¿Qué te parece en el Parque Zoológico Reid en media hora?

—Lleva a mi hija y hablaremos, si no la llevas, denunciaré el secuestro y estaré en tu casa en una hora, te sacaré a rastras de allí y me encargaré de que te pudras en la cárcel.

—Está bien, ya hablaremos.

Rex cambió de sentido, se dirigió al zoo, pero antes de llegar llamó a su nuevo equipo. No podía explicarles los detalles, pero sí que tenían que encontrar algo contra Eduardo Costa antes de que terminara el día. Cualquier cosa valdría, desde una infracción de tráfico a impagos o deudas con Hacienda.

Mientras Anna llamaba insistentemente a su amiga sin lograr hablar con

ella, al final decidió intentarlo con Roberto. Le envió un mensaje, este no tardó mucho en responder.

“Hola, ¿por qué me preguntas por Salma? No la he visto desde ayer y tampoco responde a mis mensajes”.

“Es muy extraño, su madre no me ha querido poner con ella y la he notado muy nerviosa”.

“Será mejor que nos veamos. ¿Te parece bien en cinco minutos enfrente de su casa?”

“Ok, Roberto.”

Anna fue la primera en pararse frente a la puerta, el vecino de Salma no tardó en aparecer.

—¿Quieres que entremos en la casa?

—Será mejor que esperes fuera, ahora salgo —contestó la chica.

En lugar de llamar a la puerta dio la vuelta a la casa y entró por el jardín. El hermano pequeño de su amiga está sentado en una de las tumbonas, parecía cabizbajo y triste.

—Hola, ¿dónde está tu hermana? Llevo todo el día intentando hablar con ella.

—Ha desaparecido.

—¿Qué quieres decir?

—No sabemos dónde se encuentra.

Anna lo miró incrédula.

—¿Se ha fugado?

—¡No, creemos que la han... secuestrado!

—¿Estás seguro?

—Sí, claro que lo estoy. Lo grabé con el dron. Unos tipos la metieron en una furgoneta y se marcharon hacia el este.

—Ven conmigo, tienes que contárselo a alguien.

Larry caminó detrás de ella con los hombros caídos, como si le costase mover el cuerpo. En cuanto vio a Roberto, comenzó a retroceder.

—Larry me ha contado que su hermana ha sido secuestrada por unos hombres hace unas horas.

Roberto se quedó mudo, no sabía qué responder. Después miró su teléfono, tenía varios mensajes borrados, aunque estaba seguro de que él no lo había hecho. Después desconectó el teléfono.

—Creo que han usado mi teléfono, alguien lo ha intervenido.

Anne comenzó a temblar, los secuestradores sabían que estaban buscando a la chica.

—¿Quién haría algo así?

Roberto se giró y vio la mansión de su padre sobre la colina.

—Mi padre haría algo así.

Anna frunció el ceño, parecía confusa.

—¿Tu padre?

—Bueno, es un testaferro de la mafia mexicana, trabaja para un cártel, posiblemente quiere extorsionar al juez, me extrañó que fuera tan amable con unos vecinos completamente desconocidos.

—Será mejor que llamemos a la policía —dijo Anne visiblemente asustada.

—No, eso la pondría en peligro —contestó Roberto.

—Eso lo dices por tu padre, no quieres que acabe en la cárcel, pero te aseguro de que no tardará mucho en encerrarlo.

Larry parecía muy enfadado y asustado.

—Yo no tengo nada que ver con lo sucedido, pero debemos hacer algo para encontrar a Salma.

—¿Qué podemos hacer además de llamar a la policía? —preguntó Anne a Roberto.

—¿Podrías localizar el móvil de tu hermana? No creo que se la hayan

llevado muy lejos.

Larry era un experto en ordenadores, lo cierto es que había cotilleado alguna vez en el teléfono de su hermana, no sería demasiado difícil intentar localizarla.

—¿Qué haremos cuando sepamos dónde la han encerrado?

—Ya veremos más adelante —contestó Roberto mientras los tres se dirigían sigilosamente al cuarto del chico. Era mejor que por el momento nadie supiera lo que estaban intentando hacer. Sabían que era peligroso, una verdadera locura, pero no podían quedarse con los brazos cruzados.

CAPÍTULO 24

Mae se despertó en la cama de un hospital, apenas recordaba nada de lo sucedido, se miró el brazo, tenía el suero conectado y algunas magulladuras, le escocía la cara, como si estuviera quemada por el sol, pero parecía que podía mover todo el cuerpo. Una enfermera se acercó enseguida y, tras ver que se estaba despertando, llamó al médico.

—Señorita Mae Zah, me alegra que se esté despertando, hasta que le hicimos el tac pensábamos que podía tener daños en los órganos internos, pero todo está bien. Le zumbarán los oídos durante unos días y las magulladuras sanarán pronto, al parecer una mesa saltó por los aires pero la protegió de lesiones más graves.

—¿Cómo está el reverendo Jessy Washington?

El doctor cambió la expresión, frunció el ceño y comenzó a explicarle.

—El reverendo Washington tenía lesiones muy graves, intentamos reanimarlo, pero desgraciadamente ha fallecido.

Mae comenzó a llorar.

—Todo esto es culpa mía.

—No, señorita Zah, se trató de un desgraciado accidente, al parecer una nueva fuga de gas.

La mujer lo miró sorprendida.

—Fue una bomba, vi a un tipo que dejaba una mochila y salía corriendo.

El doctor se encogió de hombros.

—Me imagino que habrá una investigación policial para aclarar los hechos. Lo que tiene que hacer ahora es descansar, a pesar de no tener lesiones graves, su cuerpo está magullado y herido, el reposo le beneficiará.

La mujer se quitó la vía y caminó hasta el armario. Su traje estaba lleno de sangre y ceniza, pero se lo puso, se colocó la chaqueta y se dirigió a la puerta.

—No le hemos dado el alta. Será mejor que se vuelva a acostar.

—Lo siento, pero hay gente en peligro. Sacó el teléfono del bolso y llamó al juez, tardó un rato en contestar.

—Juez Young, soy Mae, acabo de sufrir un atentado.

—¿Se encuentra bien?

—Sí, no se preocupe, necesito verlo cuanto antes.

—Estoy muy ocupado, aquí también han pasado cosas.

—¿Qué cosas?

—No puedo contárselo a una periodista.

—No le llamo como periodista, sino como damnificada, acaba de morir mi mejor amigo por intentar parar todo esto.

—Lo lamento, pero no es un buen momento, señorita Zah.

—Mire juez, Ray ha asesinado a mi amigo, la guerra no está sino a punto de empeorar, la única forma de impedirlo es que colaboremos en esto.

Rex se lo pensó antes de contestar.

—Ok, venga al zoo de Tucson, pero no se acerque a mí, quiero que grabe todo lo que hable con Eduardo Costa.

—¿Por qué se reúne con él?

El juez volvió a pensar la respuesta.

—Ha secuestrado a mi hija y me ha amenazado con matarla si no cedo a su chantaje.

—Voy para allá. Por favor, no haga nada hasta que no llegue.

Mae fue a buscar su coche, le impresionó ver en qué estado había quedado todo. Arrancó el coche y se dirigió a Tucson, puso la radio e intentó evadirse, pero antes de llegar a la autopista comenzó a llorar desconsolada. Estaba enfrentándose al mal en estado puro y sabía que los que osaban luchar contra la potente corriente subterránea que alimentaba ponzoñosamente a la sociedad, lo único que podían conseguir era un tiro en la cabeza.

CAPÍTULO 25

Cuando Mae llegó al zoo y comenzó a recorrerlo buscando al juez aún seguía llorando. Se sentía culpable, la gente que amaba terminaba muerta o alejándose de ella, como si le persiguiera una maldición de la que era incapaz de librarse.

Al final localizó en una zona de descanso a Rex Young, estaba sentado y mirando su teléfono; iba a acercarse cuando Eduardo Costa apareció y se sentó a su lado. Ella se aproximó lo máximo que pudo e intentó grabarlos sin que el mafioso se enterara.

—Lamento la tardanza, pero he tenido que dejarlo todo para reunirme contigo.

—No esperarás que te lo agradezca. ¿Qué es lo que quieres?

—Preston era un juez muy recto, conseguimos que lo jubilaran, además ya sabrás que estaba muy enfermo. Tu antecesor estuvo años frenando nuestra expansión por el sur de Arizona y nos aseguramos de que nos enviaran a alguien inexperto y fácil de manejar, por eso te concedieron el puesto. Esperaba que te centraras en los casos comunes y no te metieras con nosotros, estaba dispuesto hasta a ser tu amigo, pero tu actitud nos ha traído hasta aquí. Piensas que soy cruel y malvado, pero estás muy equivocado. Intenté que esto no pasara. Ahora tendremos que hacerlo a las malas.

—Te propongo algo: si sueltas a mi hija ahora mismo, no presentaré cargos contra ti y os daré cuarenta y ocho horas para que os larguéis de Tucson.

Rex sabía que no aceptaría, pero al menos debía intentarlo.

El hombre comenzó a reírse, reconocía que el juez tenía arrestos.

—Será mejor que entres en razón. Nada de esto es personal, no quiero hacer daño a tu familia, yo también tengo hijos y una esposa. Mi jefe me ha ordenado que te haga pasar por el aro o te matará primero a ti y toda tu familia y después a mí.

—¿Te refieres a Juan Ortiz?

Eduardo lo miró sorprendido.

—¿Cómo demonios sabes?

—Ahora quiero hacerte yo una propuesta, si me entregas a tu jefe, os meteré en un programa de protección de testigos y dejarás esta mierda. Ya sabes que la mayoría de los narcos terminan muertos o en la cárcel, solo es cuestión de tiempo.

Eduardo lo había pensado muchas veces. Desde que trabajaba para los narcos había ganado mucho dinero, pero notaba el aliento de la muerte cada vez más cerca de su nuca.

—Nos encontrarían y entonces terminarían con todos. Si yo lo dejo, otro ocupará mi lugar. Lo que me pides es imposible.

—Entonces tendré que denunciarte y veremos quién logra vencer al otro, sabes que si le hacéis algo a mi hija el gobierno federal no descansará hasta expulsaros del país y llevaros a todos ante la justicia.

Eduardo se quedó pensativo, se frotó el mentón con los dedos.

—Estamos en medio de una guerra, esos indios cabrones han reventado un negocio en Phoenix, para cargarse a la periodista navajo. Esos son vuestros verdaderos enemigos, nosotros simplemente hacemos negocios y no queremos más violencia.

—¿Es tu última palabra?

El vecino no contestó, se puso en pie y cambiando completamente la actitud le contestó:

—Si no me prometes que meterás entre rejas a Ray y su gente antes de las doce de la noche, daré la orden de que terminen con la vida de tu hija, no será una muerte rápida, les permitiré que antes hagan con ella lo que quieran. Una chica como tu hija es como lanzarles carnaza a los leones.

Rex se puso en pie y lo tomó por la pechera.

—No toquéis ni un pelo a mi hija.

Eduardo se soltó y se colocó la camisa.

—La siguiente será tu mujercita, después el chico, tus padres. Me has facilitado mucho el trabajo reuniendo a toda la familia. Feliz día de Acción de Gracias.

El hombre se alejó con pasos cortos, como si estuviera disfrutando del parque, como uno más de los visitantes del zoo. Mae se acercó enseguida al juez.

—Lo siento, espero que pronto pueda ver a su hija. No soy quién para meterme en sus asuntos, pero el Cártel de Sinaloa es uno de los más crueles y violentos de México, si comienza una guerra contra ellos tienen todas las de perder. Tiene en nómina a gente muy poderosa y no le temblará el pulso a la hora de asesinar a todos sus seres queridos.

—Tiene razón, no es asunto suyo.

—Espero que...

—Está aquí para guardar esa grabación, tal vez necesite usarla más adelante, pero también para que me dé más información. Tengo menos de doce horas para encontrar a mi hija, detener a todos los miembros de la mafia mexicana y terminar con Ray y sus cómplices.

La mujer lo miró asombrada. Aquel hombre estaba completamente loco o era un héroe, aunque sabía en el fondo que en ambos casos la cordura brillaba por su ausencia.

—Llevo años reuniendo información de ambos bandos. Sé dónde guardan sus alijos, conozco a los intermediarios y a los cómplices, incluso a los políticos y policías corruptos.

—¿Dónde guarda esa información tan valiosa?

La mujer sacó las llaves, tenía un llavero con una figura de los Simpson, tiró y arrancó el cuerpo dejando a la vista el pendrive.

El hombre se lo quedó, tenía que ver el contenido y enviarlo a su equipo, deberían trabajar a contrarreloj, la vida de su hija Salma estaba en juego.

CAPÍTULO 26

Ray llamó al jefe de policía Mashwell y este salió de la oficina, caminó hasta el aparcamiento y se puso a la sombra.

—¿Se puede saber por qué me llamas a este teléfono a esta hora?

—Tenía que hablar contigo.

—Ya sabes la manera que tenemos de ponernos en contacto.

—Tenía demasiada prisa para perder el tiempo. Mae ha salido ilesa de la bomba de Phoenix, tienes que pararla como sea.

El jefe de policía se rascó la calva de la cabeza, el sudor le corría por el cuello hacia la camisa.

—Mierda Ray, ya sabes que no me encargo de ese tipo de cosas. Yo me encargo de avisaros sobre redadas y no os molesto, asesinar son palabras mayores.

—Me da igual cómo lo hagas, ya sea provocando un accidente o cortándole la lengua, pero tienes que pararla. Creo que comenzará a echar su mierda sobre nosotros de inmediato y que nadie estará a salvo. Tú tampoco.

El indio navajo colgó el teléfono y el jefe Mashwell miró al edificio de la comisaria. Se arrepentía de haberse mezclado con alguien como Ray, en aquel momento necesitaba el dinero para la operación de su hijo pequeño, que necesitaba un trasplante inmediato de corazón. Se sentía atrapado, pero no podía hacer nada para cambiar la situación. Mae era el tipo de periodista que no suelta su hueso hasta que lo ha roído por completo, si una bomba no la había detenido, tampoco lo haría una multa o una amenaza.

Llamó a su ayudante Russo, era el único que se atrevía a hacer ese tipo de trabajos, llevaba mucho tiempo en el cuerpo, casi tantos como él.

—Hola jefe.

—Hola, tengo un trabajo para ti, te pagaré como siempre.

—Gracias jefe.

—Corre prisa, ¿me has oído? Hoy mejor que mañana.

—Hoy es Acción de Gracias, tenemos a toda la familia en casa.

—Ya sabes, el deber antes que el placer —le comentó el jefe de policía.

—Está bien, pero tendrá que pagarme más.

—Vete a la mierda, mañana te llamaré a esta hora para que me informes.

Prefiero que parezca un accidente.

El jefe colgó el teléfono y vio a la sargento Sonia González que se dirigía a su coche.

—¡González!

La mujer se detuvo, ya no era la atractiva agente hispana recién incorporada a la oficina. Había tenido dos hijos y había ganado algo de peso, pero sin duda era la mejor de sus agentes. Únicamente tenía un problema, se tomaba las reglas demasiado en serio.

—Sí, jefe.

—¿A dónde vas?

—Es para un F2.

—¿Un F2 a estas horas?

—Sí, espero acabar pronto, apenas he preparado aún nada para la cena.

—Ok, el lunes regresas, ¿verdad?

—Sí, jefe. ¿Necesita algo?

—Unas enchiladas.

La mujer frunció el ceño.

—Mi familia lleva en estas tierras más que la suya, pero no sé hacer enchiladas.

—Era una broma mujer.

Sonia García se dirigió a su coche y salió del aparcamiento. Su jefe además de ser un impertinente era un estúpido. Se había convertido en un cínico. Después se dirigió directamente a la casa del juez Preston, Clarise les había

dicho a todos que desde su casa dirigirían la operación. Esperaba acabar lo suficientemente pronto para ir a casa y asar el pavo, había dejado instrucciones a su hermana, pero era la peor cocinera que había visto en toda su vida.

Sarah no dejaba de llorar en la cocina mientras su suegra le rodeaba con sus brazos. Steve no dejaba de mirar por la ventana el edificio de la colina.

—¿Por qué no haces algo? Seguro que tienes contactos en Arizona, la policía estatal o el maldito gobernador.

El hombre miró de reojo a su esposa, creía que él podía solucionar casi cualquier cosa, pero ahora era poco más que un jubilado afincado en Florida.

—Ya no hay nadie de los que yo conocía. Todo ha cambiado mucho, estoy fuera del mercado. Estoy convencido de que Rex lo solucionará.

Sarah se levantó y se secó las lágrimas, no podía seguir llorando como si su hija estuviera muerta. Debía hacer algo de inmediato. Tomó el teléfono y llamó a Patricia.

—Hola amor, ¿qué necesitas? Llevo días intentando contactar contigo pero nunca me contestas.

—¿Dónde estás?

—En el centro, tenía que hacer unas compras.

—¿Podemos vernos?

—Esta noche es Acción de Gracias y hay gente en casa.

—¿Desde cuándo preparas tú la cena? No te entretendré mucho tiempo.

—Está bien, te espero en la entrada del Centro Comercial, pero sé puntual, tengo la agenda muy ajustada.

Sarah se fue a la habitación y se cambió, después se hizo una coleta de caballo y se pintó, cuando salió al salón su suegra la miró extrañada.

—¿A dónde vas?

—Al centro, necesito hablar con alguien.

—Como madre tendrías que quedarte en casa, puede que llamen con noticias de la niña. Además, ¿qué le digo a Rex si me pregunta por ti?

—Coméntale que estoy haciendo lo que él no tiene huevos de hacer.

La mujer salió de la casa y tomó su coche, al menos conducir la calmó un poco. Necesitaba salir y hacer algo, su suegra la sacaba de quicio.

Llegó a la entrada principal del Centro Comercial a los pocos minutos, Patricia la esperaba sentada en una mesa tomando un refresco. Se puso a su lado y se pidió un café doble.

—Estás muy guapa, pero te veo algo alterada. ¿Te ha sucedido algo? ¿El juez se ha enterado de nuestra travesura del otro día?

Sarah intentó contenerse, aunque lo que le pedía el cuerpo era lanzarse a su cuello allí mismo.

—Iré al grano. Tu marido intentó chantajear al mío, sé perfectamente a lo que se dedica.

—Bueno, imaginé que no tardarías mucho en enterarte, es cierto que él me pidió que te espabilara un poco, pero he de reconocer que disfruté haciéndolo y creo que tú también.

La mujer puso los ojos en blanco, desde que la conocía lo único que había hecho era meterla en problemas.

—Tu marido ha secuestrado a mi hija y nos ha amenazado con matarla si no cooperamos. Te pido como madre que intervengas, dile que la suelte.

—No suelo meterme en sus asuntos, yo me dedico a gastar dinero y disfrutar de la vida. Nuestra vida se encuentra siempre en peligro, pero muy pocos disfrutan de las cosas como nosotros. Tu marido quiere terminar con nosotros, no es nada personal, es pura supervivencia.

—Te voy a decir una cosa, Patricia. No me importa que tengas varios guardaespaldas ni que pertenezcas al Cártel de Sinaloa, si le sucede algo a mi

hija, buscaré la manera de entrar en tu casa, pegarte un tiro a ti y otro a tu marido, para después quemar tu jodida casa.

La mujer se echó a reír.

—Cómo os las gastáis las pueblerinas de Alabama. ¡Mira pendeja gringa de mierda, no me das miedo! Si tocas a mi hombre o a mí, mataré a toda tu familia.

Sarah sacó del bolso una pistola y se la puso disimuladamente sobre la tripa.

—Ahora mismo llama a tu marido y dile que libere a mi hija, no me importa ir a la cárcel. No sabes de lo que es capaz de hacer una madre por salvar a sus hijos.

3 PARTE

LA CENA DEL AÑO

CAPÍTULO 27

Roberto, Anne y Larry localizaron el teléfono de sobremesa y salieron al salón. El abuelo Steve los observó sorprendido, no pensaba que había nadie más en la casa.

—Larry, ¿quiénes son tus amigos?

—Vecinos que han venido a verme, pero ya nos vamos.

—No puedes salir, tu madre se ha ido y ya sabes lo que pasa.

El chico se quedó paralizado, había conectado el localizador a su teléfono para encontrar a su hermana, pero no podía comentárselo a su abuelo.

—No te preocupes, ya nos veremos —comentó Anne.

Salieron de la casa y el chico regresó a su habitación, abrió la ventana y le ayudaron a fugarse, Roberto tomó uno de los coches de su casa y los tres se dirigieron adonde indicaba la señal.

—Parece que se encuentra a cuarenta kilómetros, por el monte Lemmon, eso es como una hora y media de camino —calculó Larry.

La primera parte del camino era sencilla, pero al salir de la ciudad tenían que ascender por una carretera estrecha y llena de curvas. Tras una hora de conducción Anne comenzó a marearse, abrieron la ventana y aminoraron la marcha.

—¿Esa zona es un parque protegido? No creo que haya muchas casas.

Larry miró a Roberto, no sabía qué responderle, nunca se habían alejado de Tucson, pero lo importante era que la señal aún estaba activa y el margen de error era de apenas un kilómetro.

Llegaron hasta la cima, en contra de lo que pensaban había bastantes edificios, entre ellos uno de interpretación de la zona con su aparcamiento.

—La señal marca justo aquí —dijo Larry mientras bajaba del coche.

Anne se comenzó a despejar en cuanto salió del coche.

—No va a ser fácil localizarla, hay una docena de casas por aquí e imagino que habrá más por aquella carretera.

Roberto miraba a un lado y al otro, mientras Larry seguía la señal.

—Este es el lugar exacto —dijo el chico mirando la explanada casi vacía de coches.

Anne se acercó a una papelería, la miró por encima y sacó el teléfono.

—¡Mierda! Se han desecho del teléfono —exclamó Larry.

—Este sitio me suena. He estado una vez aquí.

Los dos miraron a Roberto intrigados.

—Mi padre condujo desde casa, subimos por esa colina a una casa grande a poco más de tres kilómetros, pero únicamente permiten el paso de coches autorizados.

—Podemos ir caminando —comentó Anne.

—Es cuesta arriba —se quejó Larry.

La chica se puso a la cabeza y comenzó a subir, Roberto la siguió y el último quedó el hermano de Salma que prefería siempre ir a la zaga. Apenas llevaban un kilómetro cuando se paró y sacó algo de la mochila.

—¿Qué haces? Aún queda mucho.

—He tenido una idea, no podemos presentarnos allí sin más, con mi dron podremos examinar antes el terreno. De esa manera trazaremos un plan, calcular el número de personas que vigila la casa y cómo actuar.

Se pusieron a un lado del sendero y el chico colocó el dron y lo puso en marcha. El aparato se elevó por encima de los árboles y comenzó a ascender la montaña. Larry lo paró sobre la primera casa.

—No, esa no es. Está más arriba, tiene la base de piedra y el resto de madera, por lo que recuerdo, la rodea una alambrada y un muro de piedra en la parte frontal.

El dron siguió examinando la zona, mientras los tres miraban el monitor como hipnotizados. Las praderas sucedían a los pequeños bosquecitos de abetos y pinos, les parecía increíble que aquel paraíso natural se encontrara a poco más de una hora de Tucson.

Comenzó a llover, se colocaron unos chubasqueros, la temperatura bajó de repente y comenzó a hacer mucho frío.

—No estamos muy equipados para la montaña —se quejó Roberto.

El dron sobrevoló una gran propiedad y descendió hasta encontrarse a pocos metros de una casa parecida a la que había descrito su vecino.

—Es esa, ahora la recuerdo bien. Además de la casa principal hay una de invitados un poco más arriba.

El dron comenzó a ascender, era bastante silencioso y Larry intentaba que estuviera fuera de la vista de los guardias. Únicamente descendió cuando estaba encima de la casa de invitados y lo enfocó en una ventana. Desde la cámara vieron un gran salón, en el centro estaba Salma, sentada en un gran sillón y con las manos a la espalda.

—La tienen atada —dijo Anne, que se sobresaltó al verla.

—Hay un hombre en la entrada y seguramente otro dentro —señaló Roberto.

—¿Habría más en la casa grande?

—Seguro que sí, este es el escondite de Juan Ortiz.

Los dos le miraron sorprendidos.

—Es el jefe de mi padre.

—¿Qué vamos a hacer? Podríamos llamar a la policía.

Roberto miró a la chica, sabía que los hombres de Ortiz estaban armados hasta los dientes, si un grupo de federales entraba en la propiedad habría una matanza y una de las primeras en morir sería Salma.

CAPÍTULO 28

Mae se montó en el coche del juez. Salieron del centro de la ciudad y se dirigieron a la zona residencial al este donde vivía el juez Preston, aparcaron un par de calles antes y siguieron el resto del camino andando.

—¿Qué vamos a hacer aquí?

—Tenemos que encontrar algo contra Eduardo Costa antes de las doce de la noche. He pedido a mi equipo que se reúna y examine todo el material que tengamos, tu pendrive nos vendrá muy bien.

Llamaron a la puerta y les abrió el viejo juez Preston.

—Hola a todos.

—Gracias por prestarnos su casa.

—No estaba tan emocionado desde que me gradué en la universidad y el día que me casé —contestó sonriente.

Entraron hasta el salón, el equipo tenía los papeles extendidos por todos lados. El ayudante del fiscal frunció el ceño al ver a la periodista.

—Hola, gracias por venir en un día como este. Creo que conocen a Mae Zah.

Todos la saludaron, pero Mark tomó del brazo a Rex y se lo llevó a la cocina.

—Esto ya era irregular antes de que trajera a una periodista. Los informes que manejamos son secretos, Mae no puede verlos.

—Ella tiene mucha información, no tenemos tiempo para andarnos con remilgos. Eduardo Costa ha secuestrado a mi hija.

Mark se quedó de piedra, no sabía qué responder.

—Si no acuso a Ray y sus cómplices de los incendios, matarán a mi hija. ¿Lo comprende ahora?

—Sabemos que Ray no es culpable, hasta ahora el fiscal se ha encargado de no presentar cargos contra Eduardo Costa, pero está claro que han sido sus

hombres.

—Esa es nuestra misión, encontrar todo lo que tengamos contra él, si hace algo a mi hija terminará en la cárcel.

—Pero todo esto es demasiado arriesgado, deberíamos denunciar su desaparición.

—No lograríamos encontrarla con vida, pero si tengo a Eduardo cogido por los huevos, estará dispuesto a hacer un trazo y soltará a mi hija.

—¿Y si no lo hace?

Rex no quería pensar en esa posibilidad, estaba seguro de que en el fondo su vecino llevaba tiempo buscando una excusa para escapar de la jaula de oro en la que vivía. Él se la daría, le prometería inmunidad y atraparía a su jefe. Gracias a eso salvaría a su hija y su carrera.

Russo tomó su viejo Cadillac y salió del garaje de su casa, conectó el localizador, no tardó en ver la señal. Siguió con el navegador la ruta y una media hora más tarde el indicador le señaló una calle. Salió de su coche e intentó buscar el vehículo de la periodista, pero sin lograr localizarlo, después miró las casas. No tenía ni la menor idea de dónde se podía encontrar. Siguió un poco más la señal, que terminaba justo en el cruce de dos calles, miró hacia las casas sin resultado, pero al final vio un coche que le resultaba conocido. Era el de Sonia García, llevaba detrás un pez, el símbolo de los cristianos.

—¿Qué hace aquí la sargento?

Después cayó en la cuenta, por esa zona vivía el juez Preston, en un par de ocasiones había visitado su casa para servirle de escolta. Caminó hasta la parte delantera de la casa, se asomó por una de las ventanas discretamente y los vio. Estaban la periodista, el juez Rex y Preston, la sargento González y el ayudante del fiscal Mark Silver y Clarise.

—¿Qué están tramando todos estos? —se preguntó entre dientes.

Salió del jardín y llamó a su jefe.

—Hola, no va a creerse lo que acaban de ver mis ojos.

—¿Qué sucede? ¿Has terminado ya el trabajo?

—No, pero he descubierto algo muy gordo.

—Me tienes en ascuas.

—Mae está en la casa del juez Preston, pero no se lo pierda, la acompañan el ayudante del fiscal, la sargento González, el juez Rex y Clarise.

El jefe de policía se echó las manos a la cabeza, aquello no pintaba nada bien. Si se habían saltado todos los protocolos, únicamente podía significar una cosa, querían cazarlos a todos ellos y él no estaba dispuesto a caer en la trampa.

CAPÍTULO 30

Salma había visto pasar algo fugazmente por la ventana y había pensado en su hermano. En el último año le había dado por fisgar todo lo que hacían sus amigas cuando iban a verla a casa, suponía que eran cosas de la edad, a ella también la pubertad le había abierto la curiosidad hacia el sexo contrario.

En aquella posición le dolían las muñecas atadas, la espalda por la postura, y la cabeza imaginaba que por los nervios. Llevaba unas pocas horas encerrada allí, pero las suficientes para comenzar a desesperarse. Era consciente de que su padre vendría a buscarla, que haría algo y en cualquier momento aparecerían los cuerpos especiales y acabarían con esos matones mexicanos.

El dron le aseguraba dos cosas, que su hermano andaba cerca y la otra, que si no llamaba a la policía, terminaría como ella o peor aún tiroteado por aquellos mafiosos.

Escuchó que se abría la puerta y se giró. Dos hombres custodiaban al que parecía el capo del cártel. En contra de lo que hubiera imaginado parecía un hombre de negocios. Tenía el pelo cano peinado hacia atrás, un bigote fino y elegante, vestía ropa de marca y unas gafas de diseño.

—¿Así que tú eres la hija del juez Rex Young? Toda una belleza, sí señor. Lamento tenerte atada, pero es mejor para todos, si intentas escaparte debería ordenar que te matasen y nadie quiere que pase eso. ¿Verdad?

La chica sabía que era una pregunta retórica, aunque estiró el cuello y de forma desafiante le dijo:

—Mi padre dará conmigo y en el mejor de los casos, la policía le meterá un tiro en la frente; en el peor, pasará toda su vida en una prisión federal o le pondrán la inyección letal.

El hombre lanzó una carcajada, le encantaban las mujeres con temperamento. Le acarició la cara, aunque ella la apartó.

—Una fierecilla, me gusta, qué pena tener que devolverte, me gustaría domarte. Las potrillas salvajes son mi especialidad.

Ella le escupió y él le dio una fuerte bofetada, le partió el labio y comenzó a sangrar.

—Será mejor que aprendas respeto. ¿No te lo enseñaron tus padres?

—¿Respeto a un hombre que vive de sembrar la muerte por todas partes? El respeto hay que ganárselo.

El hombre sonrió y salió de la casa, mientras caminaba hacia la casa grande, Larry le hizo unas fotos con el dron y se las envió a su padre.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Roberto.

—¿No lo habéis visto? Creo que era el capo ese... ¿Cómo se llama?

—Juan Ortiz —apuntó Roberto y después le preguntó: ¿A quién demonios le has enviado la foto?

—A mi padre y he incluido la ubicación.

—¿Estás loco? Se armará un tiroteo, puede que tu hermana resulte herida o muerta.

—Nosotros solos no podemos rescatarla. ¿Acaso tienes un plan? Llevamos un buen rato dándole vueltas y no se nos ocurre cómo entrar en la casa.

—Sí, tengo un plan. Había pensado que hicieras algo de ruido con el dron, esperar a que salga uno de los guardias y aprovechar para entrar, neutralizar al otro y salir con Salma.

—Eso no es un plan, es un suicidio. ¿Cómo vas a saltar la valla? Esos hombres están armados y te dispararán —dijo Anne.

—En la parte superior, donde están esas rocas, no hay valla, pensaron que nadie escalaría por ese lado. La casa tiene una entrada trasera por la cocina, pillaré al hombre de espaldas, le golpearé, saldremos por allí y subiremos hasta las rocas, correremos hasta el coche y nos largaremos.

Anne se quedó sorprendida, aunque estaban desarmados y eran unos críos,

aquello podía funcionar.

—Ok, pero en el caso de que te descubran, mandaré la alarma a la policía —dijo Larry.

Roberto hizo un gesto afirmativo, después comenzó a subir la ladera, entró por la parte posterior y, agachado, se aproximó a la casa. Larry golpeó con el dron la puerta principal y el guarda salió para ver qué ocurría. El chico hizo otro ruido unos metros hacia el sur de la casa y el hombre se alejó.

Roberto entró en la casa por la parte de atrás, vio al hombre de espaldas y tomó una de las sartenes, le pegó con todas sus fuerzas en la cabeza, el matón se giró y le volvió a dar, el hombre se tambaleó y cayó al suelo.

—No, ten cuidado —le advirtió Salma al verlo entrar en el salón.

Antes de que pudiera reaccionar, un tercer hombre le apuntó con su arma, logró agacharse antes de que la bala saliera de la pistola y se estampara en la pared de madera. Roberto le pegó una patada en la tripa y, al inclinarse, otra en la espalda. Cuando el hombre perdió el equilibrio, le dio una última en plena cara. Después ayudó a la chica a levantarse y salieron por la puerta de atrás.

El tercer vigilante se alertó por el disparo y entró en la casa. Al ver a sus compañeros inconscientes, buscó por la casa, vio la puerta de la cocina abierta y salió por ella. A unos pocos metros corría la pareja, sacó el arma y disparó al aire, pero no se detuvieron. El hombre comenzó a correr tras ellos, otros dos guardaespaldas se le unieron, mientras Roberto y Salma comenzaban a subir entre las rocas.

CAPÍTULO 31

Sarah continuaba apuntando a la mujer por debajo de la mesa. Patricia parecía algo nerviosa, pero los transeúntes lo único que observaban al pasar junto a la mesa era a dos mujeres elegantes charlando entre ellas.

—Esa no es una buena idea, lamento lo de tu hija.

—¿Que lamentas lo de mi hija? No seas cínica, vosotros planeasteis todo esto.

—Es cierto, aunque no queríamos llegar a este extremo. Si tu marido cumple con lo que le han pedido, no pasará nada. Soltarán a la chica y todo volverá a la normalidad.

—¿Así de simple? Así es como veis las cosas vosotros. ¿Verdad? Amenazo, extorsiono, robo y mato, después, simplemente continúo con mi vida.

—El mundo es así, Sarah. Nosotros no hemos creado las reglas.

—Estoy harta de las reglas, sobre todo de que la gente como tú se las salte y jamás haya consecuencias.

—¿Consecuencias? Los millonarios y los políticos de este país quedan impunes de sus crímenes atroces, la gente se muere de hambre y cada vez hay más pobreza. ¿Dónde están las consecuencias de todo eso? No seas ingenua, el pez grande se come al pequeño, siempre ha sido así. Nosotros no tenemos vocación de pez pequeño. Ya te he dicho que lamento lo de tu hija, pero lo que realmente me importa es la mía.

Sarah acarició el gatillo, lo habría apretado con gusto, no creía que el mundo se perdiera gran cosa si Patricia desaparecía de repente.

—Ahora vas a tomar el teléfono y llamar a Eduardo, pedirle que suelte a Salma o de lo contrario te pegaré un tiro. Me da igual que sea aquí, en medio de toda esta gente. Soy una madre desesperada.

Patricia marcó el número.

—Pon el manos libres.

La mujer esperó la contestación de su marido, siempre le cogía el teléfono, pero en aquella ocasión le sonó varias veces y terminó por saltar el contestador.

—Vuelve a intentarlo —le ordenó Sarah, con la cara completamente rígida, como si todo aquello la estuviera endureciendo por completo.

La vecina lo intentó de nuevo, con idéntico resultado, se encogió de hombros y dijo:

—No lo coge. ¿Ahora qué vas a hacer?

La mujer del juez le hizo un gesto para que se pusiera de pie.

—Vamos a verlo, seguro que está en vuestra casa.

—¿Sabes lo que pasará si llegas a mi casa con un arma en la mano?

—Me importa una mierda, levántate, iremos en tu coche.

Mientras las dos mujeres salían abrazadas del centro comercial, al otro lado de la ciudad Eduardo hablaba por teléfono con su jefe.

—¡No es posible, él jamás haría una cosa así!

—Pues lo ha hecho, mis hombres los están buscando y he dado orden de disparar a matar. Me importa un carajo que sea tu hijo.

—Yo lo solucionaré, pero díales a sus hombres que no disparen, por favor.

Juan Ortiz sonrió al otro lado del teléfono, sabía que la lealtad de un hombre se medía justo en momentos como aquel.

—Nuestra organización siempre exige lo máximo, porque está dispuesta a dar lo máximo.

—Mi hijo no, Juan, es un chiquillo.

En ese momento el guardaespaldas de Eduardo entró en el despacho.

—Ahora no, Ramón.

El hombre le apuntó con el arma en la cabeza.

—¿Qué haces hijo de la gran chingada?

—Cumpló órdenes, patrón.

Disparó el arma tan cerca que la cabeza del hombre reventó, llenándolo todo de sangre. El guardaespaldas guardó el arma y llamó a sus compañeros para ir a la cabaña en la montaña. Entonces llegaron a la puerta Sarah y Patricia, el guarda dudó en abrir el portalón, pero el guardaespaldas le autorizó. Mientras volvía a sacar su arma.

CAPÍTULO 32

Clarise levantó la mano y comenzó a gritar como una loca.

—¡Tengo algo! He encontrado un viejo caso en el que se implicaba a Eduardo Costa hace cinco años, al parecer le descubrieron blanqueando dinero en Las Vegas, lo hacía a través de un casino que más tarde se descubrió que pertenecía a Juan Ortiz.

—Eso podría valer —dijo Rex corriendo desde el otro extremo de la sala y comenzando a leer la hoja.

—¿Fue un caso de fraude fiscal? Si es así, ya habría prescrito —comentó Mark.

—No, es blanqueo de dinero. Al parecer el juez desestimó el caso por falta de pruebas, algo extraño, ya que incautaron a Eduardo Costa con dos millones de dólares sin justificar.

—Compró al juez o lo amenazó —comentó Preston.

Sonia buscó el caso en internet y cualquier cosa que pudiera estar relacionada.

—¡Dios mío, mirad esto!

Todos se acercaron al portátil de la policía. Al parecer, la hija del juez que llevaba el caso estuvo desaparecida cuarenta y ocho horas, aunque luego se aclaró que había sido un supuesto malentendido.

—Es el mismo *modus operandi* —comentó Mark.

—Ya lo tenemos, emitiré una orden de busca y captura, registro de la casa y el resto de las propiedades —dijo el juez, justo cuando sonaba su teléfono.

Abrió la pantalla con desgana, era un mensaje de su hijo Larry. El hombre observó las fotos. Eran de una cabaña en las montañas, en otra se veía una ventana y al ampliar la imagen vio claramente a Salma.

—¡Es ella!

El hombre dio un respingo, después leyó el texto.

“Hemos encontrado a Salma, te envió las coordenadas. Al menos hay diez hombres armados en la casa. He descubierto que está el jefe del Cártel de Sinaloa”.

—Creo que esto tiene prioridad absoluta —comentó Mae.

—Si emitimos una orden, el jefe de policía les advertirá.

Todos miraron a Sonia González, sabía que tenía razón, pero qué otra cosa podían hacer. Dos jueces, un ayudante de fiscal, una periodista, una secretaria y una policía no podían enfrentarse al Cártel de Sinaloa.

Rex se quedó pensativo.

—Iremos nosotros, nos aseguraremos de sacar a mi hija y después llamaremos a la policía para que se persone y no pueda advertir a Ortiz.

El plan del juez tenía muchos agujeros, pero si estaban esperando a la salida de la finca, los policías corruptos no les dejarían marchar sin más.

Tomaron dos coches: en uno viajaban Mae, Rex y Mark; en el otro Sonia y Clarise, el juez Preston se quedó en la casa, si lo necesitaban avisaría al FBI.

Sonia González pisó el acelerador y salió como una bala hacia las montañas. Mae, en cambio, se tomó su tiempo y recorrió el camino a poca velocidad.

—¿Este trasto no puede ir más rápido?

—Lo siento, juez Rex, pero no tiene mucho motor y el camino está empinado.

A pocos metros los seguía Russo, el matón enviado por Ray para terminar con la periodista navajo.

A medida que ascendían el número de coches comenzaba a disminuir, llovía mucho y la carretera no se encontraba en buen estado. En ese momento Russo comenzó a adelantar, el coche de Mae circulaba al borde de un pequeño acantilado, cuando el coche del sicario de Ray llegó a la altura del otro, dio un volantazo, Mae intentó mantener el control pero su vehículo se golpeó con el

quitamiedos de piedra.

—¿Quién es ese tipo? —preguntó asustado Mark.

El coche volvió a embestirlos, Mae intentó no salirse de la carretera, pero de nuevo se golpeó con el quitamiedos, hasta el punto de que se desprendió y una rueda pasó por el filo del abismo.

—¡Frena! —gritó Mark, que desde su asiento veía la caída pronunciada.

La mujer pisó el freno a fondo, pero el coche no se detuvo de inmediato, siguió rodando, el coche de Russo le dio una última embestida y el vehículo se precipitó por el abismo. Comenzó a dar vueltas de campana a la vez que se golpeaba con árboles y rocas, hasta que al final se paró en el fondo.

Russo paró y miró por encima del quitamiedos. El coche estaba completamente aplastado, no creía que nadie hubiera sobrevivido al impacto. Tomó el teléfono y llamó a su jefe.

—Ya he hecho el trabajo, me voy a casa, no quiero llegar tarde a la cena de Acción de Gracias, hoy viene mi hija de Detroit, está embarazada de seis meses.

—Enhorabuena —, le dijo el jefe de policía—, ¿estás seguro de que ha muerto?

—Sí, jefe, además he acabado con tres pájaros de un tiro.

—¿A qué te refieres?

—En el coche viajaba también el juez Young y el ayudante del fiscal del distrito Mark Silver.

—Mierda, deberías haberme preguntado antes. Puede que alguien se ponga a investigar lo sucedido.

—Ha sido un desgraciado accidente, se han caído por un barranco.

—Eso me deja más tranquilo.

—No lo sé, pero están subiendo a la montaña.

—¿Están?

—Sí, en otro coche viajaban Clarise y Sonia González.

—Síguelas, puede que nos lleven hacia algo gordo.

El jefe de policía dejó el teléfono sobre la mesa. Ray estaría contento, habían eliminado a tres de los obstáculos dentro de los juzgados, pero necesitaba descubrir qué había empujado a un grupo tan variopinto a unirse. Además de ¿por qué se dirigían juntos a las montañas? Tenía la intuición de que aquel era su día de suerte, esperaba que Russo lograra descubrir qué sucedía, era muy bueno matando gente, pero no era tan bueno atando cabos.

CAPÍTULO 34

Antes de que el coche de Patricia entrase en la casa, Steve vio pasar a la vecina y a su nuera al lado. Hubo cierta expresión en sus caras que lo puso en guardia. Se dirigió al despacho de su hijo, abrió la vitrina en la que guardaba sus escopetas de caza y tomó una. Salió al porche delantero decidido a entrar en la mansión y sacar de allí a Sarah y a su nieta, si es que la tenían retenida en aquel lugar.

—¿A dónde vas Steve?

Escuchó la voz de su mujer a su espalda, por un segundo la recordó joven y hermosa, habían envejecido juntos. Se conocían desde niños, habían disfrutado de la vida más que la mayoría de la gente, ahora que se apagaban como dos velas en un viejo santuario pensó que merecía morir para salvar a su familia.

—Vete dentro y llama a la policía.

—No, quédate y esperemos a que vengan los chicos de azul.

—Hay cosas que no pueden esperar, Sarah está en la casa y se encuentra en peligro.

Mary sintió un fuerte dolor en el pecho, no quería perder a la única persona en el mundo capaz de hacerla reír y llorar al mismo tiempo. El único que tenía la llave de su felicidad y su desdicha.

—¡Por Dios, no me dejes sola, ya no sé vivir sin ti!

Él se volvió un segundo, su rostro era tan sereno como el de una estatua de mármol clásica, nunca lo había visto tan hermoso, embellecido por la grandeza que siempre da el sacrificio por los demás, sobre todo el sacrificio máximo, la propia vida.

Steve cruzó la calle y subió la cuesta, vio un hueco entre el muro y la puerta, logró ascender y cruzar al otro lado. Saltó y notó cómo le dolía la rodilla derecha, se incorporó con cierta dificultad y se agazapó en el jardín. El coche que había visto unos minutos antes se encontraba en la puerta principal, pero

estaba vacío.

Dio la vuelta entera a la casa, miró por una ventana y vio un despacho, pegó la cara al cristal y observó una mancha de sangre, después se giró un poco y en una silla inerte se encontraba el vecino.

—¡Mierda! —exclamó asustado.

Comprobó que la escopeta estaba cargada, después quitó el seguro y se acercó a la parte trasera. Allí escuchó unas voces en el salón.

—¿Dónde está mi marido?

—Creo que ha salido —le mintió el sicario.

—No puede ser, me comentó que estaría en casa todo el día y he visto su coche.

—Salió un momento, será mejor que se marche su amiga, nos pidió que cuidáramos de usted.

Patricia sabía que algo iba mal, sacó el teléfono y volvió a marcar, un minuto después escuchó que sonaba la melodía del móvil de su marido en el despacho.

—¡Qué pedazo de mierda es esta! ¿Pensáis que me chupo el dedo? Está con una fulana, ¿verdad? Le voy a sacar los ojos.

—No entre ahí, señora. Por su bien lo digo.

La mujer se separó de Sarah y esta guardó el arma. No sabía cómo reaccionar, deseaba marcharse de allí. Tres gorilas inmensos la observaban sin quitarle el ojo.

El sicario se puso delante de la puerta y la mujer que apenas le llegaba al pecho intentó moverlo.

—Su marido está muerto, joder y si no se está quieta usted será la siguiente.

Patricia se quedó helada, sin saber qué decir. Las lágrimas comenzaron a cruzar su cara y se dio la vuelta.

—Maten a esa puta, va armada.

A todos los pilló por sorpresa. De alguna forma la mujer de Eduardo entendió que su marido había muerto a causa del juez y lanzó toda su ira sobre su esposa.

Sarah levantó las manos, pero los hombres no reaccionaron. Ella retrocedió un par de pasos hasta encontrarse a la altura del ventanal que daba al jardín. De la nada salió Steve con el arma en ristre y disparó a uno de los hombres, los otros dos comenzaron a sacar sus pistolas.

—¡Corre por Dios, Sarah!

La mujer comenzó a huir por el jardín, mientras escuchaba los disparos a su espalda, uno pasó rozando su blusa.

Steve disparó al segundo hombre y le voló la mano, pero antes de alcanzar al tercero este le dio en el hombro. Aun así, levantó el rifle y disparó, la cara del sicario se llenó de sangre.

Patricia se agachó, tomó una de las pistolas y disparó al viejo juez. Primero le dio en una pierna, lo que hizo que se arrodillara y después lo remató con un disparo en la cabeza.

—¡Muere maldito gringo!

Después salió corriendo por el jardín, tenía ansias de encontrarse a la vecina y coserla a tiros.

Sarah pasó al lado de la piscina y se giró, vio caer a su suegro y después a Patricia persiguiéndola, se dirigió al macizo de flores y árboles y se puso a cubierto.

—¡Sal, maldita puta! ¡Ahora verás quién es Patricia de Costa!

CAPÍTULO 35

Ray tomó su todoterreno, se puso al volante y esperó a que sus hombres llenaran el coche y los otros dos vehículos de su finca. El jefe de policía le había enviado la ubicación exacta de la cabaña, en la que se encontraba Juan Ortiz. Los sueños de Ray se habían hecho realidad, ya no terminaría con el pez pequeño: Eduardo no dejaba de ser un mandado al servicio de su capo. Si mataba a Ortiz, sacaría a los mexicanos de Arizona y se haría con el mercado de todo lo ilegal que se movía en el estado.

El jefe le había prometido que la policía no llegaría a la zona hasta que todos se hubieran marchado. Al fin y al cabo, el mejor juicio y condena contra un enemigo era la muerte.

Su pueblo llevaba en aquellas tierras desde tiempos inmemoriales; los blancos habían mancillado la tierra de los navajo, eran como un veneno que todo lo corrompía, siempre sedientos de poder, dinero y posesiones. Él cambiaría las cosas, tenía grandes planes para su nación, convertiría a su pueblo de nuevo en una tribu orgullosa y fuerte, aunque fuera con el dinero y el alma de cada habitante de Arizona.

Disfrutó mientras el aire le acariciaba el rostro, condujo a toda velocidad por la autopista y después por la sinuosa carretera de la montaña. Llevaba a catorce de sus mejores hombres lo que era más que suficiente para acabar con esos mexicanos.

A medida que ascendían notaban cómo el frescor dejaba atrás el calor del valle. Llovía copiosamente, como si los espíritus estuvieran preparando la tierra para su total purificación. El jefe de policía le había informado de la muerte de Mae, la conocía desde que era niña y corría por la reserva con sus grandes trenzas negras. La periodista se interponía en sus sueños y debía desaparecer, después lo haría su padre, el jefe Marshall Zah, entonces ya nadie se interpondría en su camino y el pueblo Navajo volvería a ser grande

de nuevo.

Llegaron al desvío, dejaron los coches entre los árboles y continuaron a pie. Él se haría cargo de Juan Ortiz y dejaría que su espíritu le engrandeciera un poco más, hasta convertirlo en el elegido de su pueblo.

CAPÍTULO 36

La muerte siempre produce mucha sed, como si la vida intentara saborear un último trago antes de sucumbir a su extinción. Rex movió el brazo y sintió un dolor tan intenso que se lo pensó dos veces antes de volver a intentarlo. Miró a su alrededor. Mark le observaba con los ojos vacíos y una expresión de sorpresa que le estremeció. Nadie debería morir tan joven, pensó mientras intentaba mover las piernas. Una reaccionó sin problema, la otra parecía medio aplastada por el asiento.

—Mae, ¿se encuentra bien?

La mujer estaba sentada al volante, le sangraba la cabeza y parecía inerte. La sacudió con la mano y esta reaccionó, entonces la movió un poco más.

—Tenemos que salir de aquí, el coche puede explotar en cualquier momento.

Ella no reaccionó, por lo que tuvo que liberar su pierna, estaban bocarriba, en una postura muy incómoda, después empujó su puerta y logró abrirla, lo peor fue cuando se desató el cinturón y la fuerza de la gravedad le lanzó contra el techo del coche. Sintió un fuerte dolor en la pierna herida.

—¡Dios mío! —exclamó mientras notaba cómo todo el cuerpo se estremecía.

Se quedó quieto un rato, lentamente se arrastró sobre los cristales rotos y salió del coche. Oía mucho a gasolina y al mirar al motor vio una pequeña llama. Debía darse prisa.

Tardó un rato en dar la vuelta a todo el coche, forró la puerta del conductor, pero no cedía. Cuando estaba a punto de desistir, logró abrirla, pero su brazo se contrajo y se quedó de nuevo sin aliento.

Mae seguía inconsciente, soltó su cinturón y la mujer se desplomó, comenzó a tirar de ella, pero solo consiguió sacar la cabeza y los brazos, el resto se encontraba atrapado.

Al final apoyó la pierna buena en la chapa e hizo más fuerza, sentía un dolor terrible, pero el cuerpo de la mujer salió un poco más. Entonces vio que el fuego llegaba casi hasta la gasolina derramada.

—¡Venga Mae, no tenemos mucho tiempo!

Hizo un último esfuerzo, pero la chica no se movió esta vez. El fuego comenzó a lamer la gasolina hasta convertirla en un gas azulado. Entonces supo que tenía que alejarse si quería sobrevivir. Se puso de pie y corrió torpemente unos metros, tan pocos que la deflagración le lanzó hacia delante y sintió el calor que le quemaba la espalda. Saboreó la tierra en la boca, estaba misteriosamente húmeda, ni siquiera había notado que estaba lloviendo. Se giró y vio lo que quedaba del coche, los dos cuerpos se ennegrecían mientras el humo ascendía al cielo encapotado y gris, como una especie de libación por los pecados del mundo.

CAPÍTULO 37

Roberto nunca había experimentado lo que era el miedo pero, mientras sentía los impactos de bala a sus pies e intentaba que Salma saltase, notó que le temblaban las manos. No lograron cruzar al otro lado, los hombres de Ortiz los alcanzaron y los apuntaron con sus armas. Después los llevaron a rastras hasta la casa principal y los metieron en un cuarto sin ventanas y la puerta reforzada con hierro. En cuanto los dejaron a solas, la chica comenzó a llorar.

—¡Nos van a matar! ¡No quiero morir!

—No te preocupes, en cuanto mi padre se entere nos sacarán de aquí. Juan Ortiz es su jefe.

Aquellas palabras no parecieron tranquilizar demasiado a la chica.

—¿Has traído a mi hermano hasta aquí?

—Sí, de hecho, fue él quién localizó tu teléfono, después me di cuenta de que ya había estado por aquí antes y los traje a la casa.

—¿Los trajiste?

—También vino Anne.

—¿Estás loco? ¿Por qué no llamasteis a la policía?

—No quería meter a mi padre en un lío.

La chica le golpeó en el pecho.

—Lamento el día en el que te conocí, vuestra familia ha destrozado a la mía, sois diabólicos.

—Tranquila, lo solucionaré.

—¿Todavía no lo entiendes? Esa gente nos va a matar, no importa quién sea tu padre. Hemos visto a Ortiz, uno de los hombres más buscados del mundo.

Roberto sabía que tenía razón, pero tampoco podía admitir que se encontraba tan asustado como ella. Se limitó a sentarse e intentar pensar en algo.

—Espero que Larry y Anne llamen a la policía —comentó Salma, que

terminó sentándose a su lado. Le acarició el mentón y le besó.

—Siento lo que te he dicho, no quiero morir, por favor, no dejes que me hagan daño.

Roberto sabía que había peores cosas que la muerte, las había visto, aunque su padre pensaba que su hijo era ajeno a todo lo que sucedía a su alrededor. Lo único que deseaba era que fuera rápido, al menos morirían juntos, como dos enamorados, dejando este mundo uno en los brazos del otro.

Larry observó todo con el dron, daba pequeños saltos mientras veía correr a su hermana, que entorpecía el paso de Roberto. Cuando los atraparon estuvo a punto de arrojar los mandos, como si hubiera perdido una partida de videojuego, pero aquello no era una maldita partida, ojalá lo hubiera sido, con vidas infinitas y miles de trucos para avanzar de pantalla. Por eso le gustaban los videojuegos, al menos en ellos uno tenía varias vidas, diferentes oportunidades de intentar ganar o simplemente sobrevivir.

—¡Los han atrapado! ¿Qué vamos a hacer?

Larry observó que dos hombres salían de la finca y comenzaban a bajar por el sendero.

—Creo que vienen a por nosotros, deben haber visto el dron.

—No, ¿qué vamos a hacer? Corramos hasta el coche y pidamos ayuda.

—Nos cogerán antes de llegar a la carretera. Debemos hacer justo lo contrario, ir a la boca del lobo.

—Creo que las consolas te han atrofiado el cerebro.

—Puede que tengas razón, pero es pura estrategia. Es mejor estar donde ellos no nos esperan, pero tú puedes hacer lo que te parezca mejor.

El chico se puso en pie y, subiendo la ladera, rodeó la finca. Anne se quedó un rato parada, pero terminó por seguirle. Vieron a los hombres merodeando por el sitio en el que habían estado parados, después llegaron a la valla, Larry

miró hacia el árbol que se inclinaba hacia la finca.

—¿Vas a entrar? —preguntó la chica extrañada.

—Sí, dentro no nos buscarán, además, ¿no creerás que voy a dejar a mi hermana en manos de esos animales?

—¿No lo entiendes, Larry? Esa gente ha atrapado a un chico fuerte y atlético, ¿cuánto tardarán en descubrirte a ti?

El chico frunció el ceño, odiaba que lo subestimaran.

—Puede que tenga menos músculos, pero te aseguro que tengo más cerebro. En ocasiones vale más la maña que la fuerza.

Trepó al árbol con bastante destreza, saltó y miró a la chica desde el otro lado.

—Será mejor que te quedes donde estás. Súbete al árbol y espera a que llegue la policía. Avisé a mi padre, no creo que tarden en llegar.

La chica le hizo caso, ascendió al pino y se quedó encaramada mientras veía cómo se alejaba el chico.

Larry vio un granero, no era muy grande, subió al pajar y desde allí lanzó de nuevo su dron a los cielos. Tenía que descubrir dónde habían metido a su hermana e intentar hacer algo. El dron era lo suficientemente pequeño para meterlo dentro de un edificio. Vio una ventana abierta de la casa y lo introdujo por allí. En el salón se encontraba Juan Ortiz hablando por teléfono, al lado la cocina, otro cuarto y un tercero con la puerta cerrada. No se veía a más guardas por la zona, la mayoría se encontraban fuera de la casa y un par en el tejado. Si lograba llegar al edificio sin ser visto, entraría por esa ventana, inmovilizaría a Ortiz y los sacaría del cuarto. Lo que aún no sabía es cómo lograría escapar de la vista de los guardas y llegar hasta el bosque.

CAPÍTULO 38

Rex no pudo llorar a Mark y Mae, tenía que salvar a su familia. Miró hacia arriba, era imposible que llegara a la carretera, pero si seguía la ladera durante dos kilómetros lograría alcanzarla más adelante. Tomó un palo largo y lo usó de improvisada muleta. No entendía de donde sacaba las fuerzas, pero el amor y la desesperación son dos de los estimulantes más potentes del mundo. Ascendió con dolor, logró llegar a la carretera tras más de media hora de esfuerzo y vio que un coche se acercaba. Alzó las manos, pero pasó de largo, se giró cabizbajo y de repente el vehículo se detuvo.

—Por favor, ¿puede llevarme? Hemos sufrido un accidente.

—¿Está solo?

—Por desgracia sí.

—¿Quiere que llame a una ambulancia? Será mejor que le vean esas heridas.

—Me dirijo a la cima de la montaña, tengo que ayudar a alguien de forma urgente, es cuestión de vida o muerte.

El hombre que conducía hizo un gesto de conformidad y puso el coche en marcha.

—Espero que llegue a tiempo a donde quiera que vaya.

Entonces sonó el teléfono, Rex lo tomó, se trataba de Sonia que se extrañaba de que no subieran.

—¿Qué ha sucedido?

—Un coche nos sacó de la carretera, Mae y Mark están muertos.

—Es horrible —dijo Sonia—. Es mejor que llamemos a la policía, esto se nos va de las manos.

—Es posible, pero mi hija está en la casa y se convertiría en rehén.

Sonia no supo qué contestar.

—Llegaré en quince minutos, cuando llegue tomaremos una decisión.

El conductor le miró sorprendido.

—No se preocupe soy juez, es un asunto oficial.

Mientras ascendían Rex no podía dejar de pensar en su hija, esperaba que se encontrara bien, pero también Larry, sabía que era un muchacho prudente, había salido a él.

La lluvia caía ahora con fuerza, la carretera parecía un riachuelo, pero el coche avanzaba con fuerza. Por un segundo pensó en Mae, la muerte llevaba un tiempo rondándola. El periodismo se había convertido hacía tiempo en una profesión de riesgo. Era muy peligroso hacer lo correcto y anunciar al mundo la verdad, el juez agachó la cabeza, sentía el cuerpo dolorido, hizo una breve oración, necesitaba toda la ayuda que pudiera encontrar.

CAPÍTULO 39

Sarah escuchó las palabras de su vecina e intentó sacar el arma del bolso, las manos le temblaban y el arma se le escurrió de entre los dedos, perdiéndose entre las flores.

—Dios mío.

Patricia continuó vociferando, la casa estaba vacía, los guardaespaldas habían echado al servicio y la cuidadora tenía a su hija en la casa de una amiga que celebraba un cumpleaños. La mujer parecía fuera de sí, asustada y al mismo tiempo enloquecida por lo que había sucedido. Conocía a Eduardo desde hacía casi diez años, él la había sacado de la calle, le había dado una familia y la había rodeado de lujos. A veces era un poco agresivo, pero aquello era un pequeño defecto comparado con la vida que había conseguido a su lado.

—¡Zorra, gringa, sal de tu madriguera! ¡Te encontraré de todas formas!

Patricia se movía de un lado al otro, girando y apuntando con el arma.

Sarah se dio cuenta de que estaba en el límite de la finca, se acercó a la valla y miró abajo, estaba muy alto, si saltaba podía partirse la crisma, aunque al menos era mejor que morir acribillada a balazos. No escuchó los pasos ni percibió que la mujer estaba encima hasta que la cogió del pelo y la sacó a rastras.

—Ahora verás lo que es bueno.

Sarah se agarró del pelo para evitar los tirones.

—Vas a pagar por toda esta mierda. Hija de la gran puta.

La soltó al lado de la piscina.

—Espero que sepas rezar, porque en un rato te mandaré al otro barrio.

—No, por favor, no os hemos hecho nada.

La mujer le lanzó una mirada de odio.

—Lo noté el primer día que te vi y se lo dije a Eduardo, noté esa luz que

irradiabas, no me gustó. Mi marido me dijo que todas esas cosas eran supersticiones, pero no lo son. Por alguna razón Dios os protege, maldita seas.

—Te lo suplico, no me mates. Ya ha muerto demasiada gente. Mi suegro Steve y tu marido.

—Me has destrozado la vida, sin Eduardo no tardarán en acabar conmigo, sé demasiado.

—Mi marido os protegerá, puedes convertirte en testigo y entrar en la red de protección de testigos estatal.

—Vivir en casas de mierda como la tuya y limpiar casas. ¿Crees que los latinos no somos tan buenos como vosotros?

Sarah levantó las manos.

—Claro que no, te darán una paga, podrás vivir bien y cuidar de tus hijos.

Al escuchar aquellas palabras la mujer pareció calmarse un poco.

—No hagas una locura, eres una víctima más de lo que ha pasado.

Entonces Patricia se agachó y acercó la cara a la de Sarah.

—Querida, hemos hecho esto antes: tomar a la familia de un juez, a gente como vosotros, que intenta hacer el bien y pervertirlos, convertirlos en nuestros juguetes, dejar que sus almas se corrompan, que huelan al mismo azufre que las nuestras. Parecíais un objetivo fácil. Un juez inseguro que no puede superar la sombra de su padre y está obsesionado con su trabajo; un ama de casa aburrida y frustrada, que ve cómo sus hijos abandonan el nido y su belleza comienza a marchitarse, que ha renunciado a todo por su familia y a la que nadie importa. Unos niños criados en una burbuja de amor y afecto, de respeto y virtud. Era sencillo introducir la sombra de la duda, del deseo y dejar que esa llama terminara devorando todo, pero aguantasteis, resististeis y un halo os rodeaba, esa maldita luz, pero eso no os salvará de morir.

La mujer apuntó a la cabeza de Sarah, esta cerró los ojos y esperó el impacto, ese segundo que precede a la muerte, como el rayo inesperado que

alumbra de repente la oscuridad de la noche, ciega y después se apaga para siempre.

CAPÍTULO 40

Sonia escuchó un motor y se quedó quieta, sin duda era Rex. La noticia de la muerte de Mae y Mike la había dejado impactada. ¿Por qué alguien los había sacado de la carretera? Imaginó que los hombres de Eduardo estaban al tanto de sus pesquisas e intentaron deshacerse de todos ellos, pero no podía estar más equivocada.

El coche se detuvo y salió un hombre que al principio no reconoció, una cortina de agua le velaba el rostro, pero al verlo de cerca se tranquilizó.

—Russo. ¿Eres tú? ¿Quién te manda? ¿Han avisado al jefe de lo que ocurre aquí?

Russo no contestó, su jefe le había mandado que terminase el trabajo, a pesar de que su hija le esperaba en casa. No quería más complicaciones, terminaría con esas dos y se marcharía a toda velocidad.

—Sí, ahora llegarán los refuerzos, ¿cómo están las cosas?

Clarise que estaba dentro del coche vio al hombre acercarse por el retrovisor, se trataba de Simón Russo, uno de los policías más veteranos del cuerpo. ¿Qué hacía allí? Era la mano derecha del jefe de policía, no se tiraba ni un pedo sin que Russo lo oliera primero.

—Perfecto, las cosas se están poniendo feas. Alguien sacó de la carretera al juez. Mae y Mark han muerto.

—¿Por qué estáis vosotras aquí? Esto es trabajo de la policía.

—Tienes razón, por eso has hecho bien en llamarla.

Sonia se dio cuenta de que el lateral del coche de Russo estaba abollado. Apartó la mirada de él un instante y comprendió que estaba en peligro.

—Una investigación rutinaria nos trajo hasta aquí.

—¿Y estás trabajando en tu tiempo libre? No sabía que eras tan buena policía, siempre sirviendo al ciudadano.

La mujer comenzó a bajar la mano, para intentar tomar su arma.

—Bueno, me lo pidió el nuevo juez.

—Sin consultarlo con el jefe de policía, creo que todos tenemos que seguir unos protocolos.

—Es cierto, por eso ahora dejo el caso al departamento. ¿Cuándo me has dicho que llegarán?

Entonces escucharon un coche, Clarise estaba dando marcha atrás a toda velocidad, Sonia saltó a un lado, y el coche logró embestir a Russo, le golpeó en las piernas, pero antes de que estrellara el coche contra el de él, este logró lanzarse a un lado. Sonia quedó en la parte izquierda y Russo en la derecha, el hombre se levantó con dificultad, apuntó a Clarise que logró mirarlo antes de que disparara. Intentó cambiar la marcha y pisar el acelerador, pero cuando el coche salió disparado hacia delante, ya estaba muerta.

Sonia comenzó a disparar, pero no acertó, el hombre se movía con rapidez a pesar de las heridas, la mujer intentó esconderse entre los árboles, pero la alcanzó en plena espalda. Se acercó hasta ellas tenía el rostro pegado en el suelo y el arma aún en la mano, se la pisó hasta que soltó la pistola.

—Dios te bendiga, hermana Sonia —dijo antes de disparar a la cabeza, la sangre corrió como un río cuesta abajo y el hombre se escondió. Ahora le quedaba esperar a los hombres de Ray y servirles de apoyo. Miró el reloj y refunfuñó de nuevo, parecía que ese maldito día no iba a terminar jamás.

No tardó mucho en escuchar un coche que aparcaba al principio del sendero, vio que un hombre subía cojeando, cuando reconoció al juez frunció el ceño. Su coche había caído por un barranco y ahora le veía allí, caminando por el sendero. ¿Es que ese hombre tenía mil vidas? Se preguntó mientras cargaba de nuevo su arma.

CAPÍTULO 41

Larry salió del granero y se dirigió a la casa, logró acercarse sin que nadie lo viera, se introdujo por la ventana y al escuchar pasos se escondió debajo de la mesa del salón. Una mujer descalza se acercó a la cocina y cogió algo de la nevera, después caminó hasta el salón y se acercó a Juan Ortiz.

—Me siento muy sola, ¿cuándo vas a venir al cuarto?

—Estoy trabajando.

—Pero, si te pasas la vida mirando el móvil.

—Vete, mujer, ya iré al cuarto más tarde.

La chica se fue contoneando las caderas debajo de su fina bata de seda y subió las escaleras, el hombre se giró de nuevo y continuó mirando el teléfono. Le extrañaba no tener noticias de la casa de Eduardo ni de que sus hombres hubieran llegado. Tampoco sabía qué hacer con los dos prisioneros, eran demasiado molestos, las cosas se habían torcido demasiado, sería mejor que esa misma noche tomara su avión privado y regresara a México. Allí las cosas se estaban poniendo feas, otros cárteles más poderosos presionaban al gobierno mexicano para que entregara su cabeza a los gringos. Aquello era muy normal, cuando alguien se hacía demasiado peligroso y poderoso, la élite lo entregaba al gobierno estadounidense y quedaban como defensores de la ley y ponían a capos más dóciles y manejables.

Era consciente de que en su mundo la longevidad era una quimera, la mayoría de los grandes señores de la droga morían antes de los cincuenta y si alguno llegaba a viejo, solía estar entre rejas. Si le tocaba elegir, prefería morir con las botas puestas.

Al final llamó a la mujer de Eduardo, no soportaba a aquella pendeja, pero necesitaba saber lo que estaba pasando en aquella maldita casa. Sonó tres veces, pero no tuvo respuesta. Se recostó en el sillón y unos cinco minutos más tarde dormía plácidamente.

Larry aprovechó para salir de su escondite, se acercó a la puerta, al parecer únicamente tenía un cerrojo por la parte exterior, lo deslizó con cuidado y la abrió. La luz deslumbró a sus dos ocupantes, pero la voz del chico los tranquilizó.

—Soy Larry, salir con cuidado, no hay que despertar al ogro.

CAPÍTULO 42

El teléfono sonó justo cuando Patricia estaba a punto de apretar el gatillo; la mujer apartó la vista un momento y entonces sintió el golpe en la cabeza. Intentó girarse, pero un nuevo golpe la derrumbó, mientras estaba en el suelo un tercer golpe la dejó inconsciente. Sarah abrió los ojos para ver qué sucedía. Su suegra con un gesto de furia que jamás había observado intentó dar un cuarto golpe al cuerpo inconsciente.

—Déjalo ya, la vas a matar.

—Ella ha matado a Steve y ha secuestrado a tu hija, no merece vivir.

—¿Quién de nosotros lo merece? Déjalo Mary, por favor.

Sarah se puso en pie y se abrazó a su suegra, las dos lloraron un buen rato antes de reaccionar. La vida es siempre maravillosamente imperfecta, un regalo que, al parecer gratuito, la gente no valora lo suficiente.

—¿Qué voy a hacer sin él? Estaré perdida.

—¿Te acuerdas de Ruth y Noemí? Seremos como ellas, dos mujeres, nuera y suegra unidas por el dolor. No te dejaré sola.

—Gracias, cariño.

Se encaminaron hacia el salón y en cuanto la mujer vio de nuevo el cadáver de su marido comenzó a gritar de dolor. Se arrodilló y comenzó a besa el cuerpo inerte.

—No le dije lo suficiente cuánto lo quería, fue el amor de mi vida, mi único hombre. ¿Por qué ha tenido que irse así? Tan rápido, apenas puedo creerlo.

—Murió por protegerme, por su familia.

La mujer tomó la mano de Sarah, después se puso en pie y ambas miraron unos segundos más a Steve.

—¿Sabes algo de Salma? Estoy sola en casa, Larry se marchó sin avisar y Rex no coge el teléfono.

Aquel comentario le produjo un escalofrío, tuvo el presentimiento de que

todos estaban en peligro. Miró su teléfono, al parecer Larry le había enviado un mensaje.

“La he encontrado, he mandado la ubicación a papá y al grupo familiar”.

La mujer miró el wasap, señalaba algún lugar en las montañas.

—Tengo que marcharme.

Las dos se dirigían al coche cuando escucharon una voz a sus espaldas.

—¿A dónde creéis que vais?

Intentaron volverse despacio, levantaron las manos y esperaron a que Patricia errara el tiro, sangraba mucho por la cabeza y se tambaleaba.

—Deja que nos marchemos, por favor.

—Estás de broma. Me habéis jodido la vida.

—No señora, se la ha fastidiado usted solita al meterse directamente a servir al mal.

—¡Cállate vieja! Serás la primera en morir, no te preocupes.

Entonces Mary comprendió, por qué Sarah había mencionado a Ruth y a Noemí, se lanzó sobre la mujer para cubrir a su nuera. La bala le atravesó el abdomen y cayó sobre la vecina. Las dos se derrumbaron, Sarah aprovechó para quitar el arma a la mujer y dispararle.

—¡Dios mío! —exclamó al ver a Mary sangrando, le dio la vuelta, la anciana se tapaba el estómago para retener el último aliento.

—Vete a por ellos, salva a tu familia. No te preocupes por mí, he tenido una larga y hermosa vida —dijo casi sin aliento, después cerró los ojos y se quedó dormida.

Sarah comenzó a llorar, se secó la cara sucia con las manos y montó en el coche, metió la dirección en el navegador del coche y pisó el acelerador a fondo. En cuanto salió a la calle principal, escuchó a sus espaldas las sirenas de policía que se aproximaban a su casa. Pensó por unos segundos en sus suegros y aquel día de Acción de Gracias y se sintió agradecida, porque Dios

hubiera puesto a dos personas como ellos a su lado, para alumbrar su camino.

CAPÍTULO 43

Rex se quedó asombrado cuando vio los cadáveres de Sonia y Clarise, no parecían haber muerto enfrentándose con los ocupantes de la cabaña, más bien parecía que alguien las había ejecutado. Tomó el arma de la policía y se puso a cubierto. Miró hacia los árboles, pero no vio a nadie, después miró el sendero que ascendía. No quería dar ni un paso más. Entonces escuchó el ruido de hojas secas y se agachó detrás del coche. Cerró los ojos y la imagen de la muerte le envolvió en un temor casi paralizante.

Los pasos se acercaron, alguien comenzó a cruzar la carretera, miró el arma y comprobó que estaba cargada.

—Juez Young, soy el agente Russo.

El hombre no se atrevió a levantarse.

—¿Se encuentra bien? Parece herido, será mejor que llamemos a una ambulancia.

Rex se metió debajo del coche y cuando el asesino llegó justo donde estaba no vio a nadie, entonces escuchó una voz a su espalda.

—¡Levante las manos despacio y tire el arma!

—¿Qué hace juez? Soy de los buenos.

—No volveré a repetirlo.

Russo levantó las manos, pero no soltó el arma.

—¡Suelte el arma! No se lo repetiré otra vez.

El agente dudó un segundo, no sabía de la pericia del juez con las pistolas, pero era casi imposible que le diera tiempo a darse la vuelta y disparar antes de que este reaccionara.

—Ok, no dispare.

El hombre tiró el arma al suelo y se escuchó un sonido metálico.

—Sepárese del arma.

El hombre lo hizo, Rex se acercó y se agachó para recogerla, después buscó

las esposas de Sonia y se la lanzó.

—Póngase las esposas, rápido.

Russo se las puso por delante, después avanzó hacia él.

—¿Por qué está haciendo esto? Sonia me llamó para que les ayudara. Cuando llegue ya estaban muertas.

El juez miró de nuevo los cadáveres.

—Sé leer el escenario de un crimen, los jueces no nos dedicamos solo a redactar sentencias. Usted llegó, Sonia se confió, pero se dio cuenta del lateral de su coche machacado, Clarise quiso atropellarlo pero no lo logró, entonces la mató y después a la agente. ¿Me equivoco?

El hombre se acercó unos pocos pasos más y subió las manos.

—No ocurrió de esa manera, yo trabajo para el jefe de la policía, sabíamos que Sonia González tramaba algo, servía a los intereses de los mexicanos.

—Es mentira, era de las pocas personas honradas del departamento.

—¿Eso cree? No había nadie limpio, Clarise trabajaba para otros intereses, el juez Preston. No hay nadie honrado, al menos hasta que llegó usted.

—Y, ¿para quién trabaja usted y el jefe de policía?

Russo sabía que la peor forma de mentir es la verdad descarnada.

—Para Ray y la nación Navajo, al menos ellos no traen tanta violencia, llevan aquí más tiempo que nosotros —comentó acercándose un poco más.

—¿Eso los justifica? El mal es siempre mal, practique quien lo practique y venga de donde venga.

—Esa no es la cuestión, señorita. La cuestión es que en una guerra no se puede ser neutral, hay que estar en uno de los bandos y lo que más importa es ganar.

El hombre se lanzó sobre el juez y comenzó a estrangularlo con las esposas, Rex intentó zafarse, apuntaba con su arma, pero Russo se revolvía como una serpiente y era mucho más fuerte que él.

El juez comenzaba a perder el aliento, no quería morir así, mucho menos sin saber nada de sus hijos, intentó sobreponerse, luchar con sus últimas fuerzas, pero el hombre siguió apretando.

En ese momento apareció al fondo del camino un Land Rover, Russo giró la cabeza. En un segundo estuvo encima de ellos, embistió al policía y este salió volando varios metros. Después aceleró y le pasó por encima.

El juez se quedó sin palabras, aún recuperando el aliento. Su mujer se asomó por una ventanilla.

—¡Sube, vamos a terminar con todo esto!

—Sería mejor llamar a la policía. Al menos hay una docena de gorilas dentro de la casa.

Sarah no dijo nada, el hombre se puso en el asiento del copiloto y se dirigieron a toda prisa a la entrada principal, la mujer la embistió y entraron en el recinto, comenzando a subir la cuesta.

CAPÍTULO 44

Ray bajó por la ladera y vio la cabaña, hizo un gesto para que sus hombres se dispersaran y entraran por diferentes lugares de la finca. Se desplegaron como si se tratara de un comando militar, la mayoría de sus sicarios habían servido en las fuerzas armadas, los indios navajos tenían una dilatada historia de servicio en el ejército.

El capo se mantuvo a una cierta distancia y se quedó agazapado cuando comenzó el tiroteo. Desde el tejado de la casa más grande comenzaron a disparar sobre los nativos.

Juan Ortiz tomó su pistola al escuchar los disparos y llamó a su mano derecha.

—¿Qué demonios sucede? ¿Son los federales?

—No patrón, ellos siempre advierten antes de comenzar a disparar.

—Entonces, ¿quién demonios es?

Los primeros impactos hicieron estallar las cristaleras, se agacharon y Ortiz tomó unos pequeños prismáticos.

—¡Son los indios! —gritó a sus hombres. La mafia de los navajos tenía fama de ser especialmente cruel con sus enemigos, en el fondo hubiera preferido que se tratara de la policía o los federales.

Ortiz pensó en algún plan de fuga mientras sus hombres se sacrificaban por él, tomó el teléfono y comenzó a hacer los preparativos.

—¿Capitán Rivas? Prepare el jet, espero estar en el aeropuerto en una hora.

—Jorge, vamos al garaje, tenemos que salir en el coche blindado antes de que lleguen a la casa los indios.

La mano derecha del capo le ayudó a bajar por las escaleras y a tomar el coche, entonces vieron a los chicos. Se habían escondido de nuevo en la casa al ver a los nativos acercándose por la ladera.

—¿Se puede saber qué hacen aquí estos pendejos?

—¿Qué hago con ellos? —preguntó el guardaespaldas mientras los apuntaba.

—Déjalos, es mejor conservar las balas.

Los dos hombres se metieron en el coche y comenzaron a abrir la puerta del garaje, entonces aparecieron los nativos en la puerta, dos de ellos habían logrado llegar hasta la parte delantera y se pusieron a disparar. Al principio los dos mafiosos se agacharon, pero cuando observaron que el cristal aguantaba los impactos pisaron el acelerador y pasaron por encima de ellos.

El coche bajó por el sendero bajo un fuego intenso. Las balas rebotaban en la chapa blindada, como si se tratara de simples picaduras de mosquitos.

Ray miró por sus prismáticos. Se estaba escapando el jefe, llamó a sus hombres que corrieron a detenerlo.

El resto de navajos entró en la finca con su jefe, habían muerto seis de los catorce y otros dos estaban heridos, pero los mexicanos habían corrido peor suerte, todos estaban fuera de combate.

Los hombres de Ray dispararon a los neumáticos y lograron que el coche se parara. Rodearon al vehículo y comenzaron a disparar, pero las balas no lograban atravesar el blindaje.

Ortiz se rio entre dientes, hasta que vieron que uno de los hombres lanzaba un par de granadas de mano y el resto se apartaba. En cuanto se alejaron las dos bombas volcaron el coche, aunque el blindaje amortiguó en parte la explosión. El capo abrió la puerta y se arrastró ensangrentado por el suelo. Ray se paró enfrente.

—Maldito espalda mojada, ahora que te veo arrastrándote como un gusano, compruebo de qué estás hecho.

Dos de sus hombres lo levantaron. El nativo le golpeó en el estómago y la cara.

—Vamos a lanzar un mensaje a todos los tuyos, para que no vuelvan a pisar

Arizona.

Tomó un cuchillo y lo puso en su cuello, después le rebanó el pescuezo y le sacó los ojos. Se hizo una foto con el rostro desfigurado del capo y se lo mandó a los mexicanos.

Cuando escucharon que un coche se aproximaba a toda velocidad apenas pudieron reaccionar, Sarah se llevó a dos de ellos por delante y no paró hasta llegar al garaje de la casa. Larry salió de su escondite y accionó el cierre de la puerta. Los nativos estaban a punto de llegar, justo cuando esta se cerró.

CAPÍTULO 45

Ray no reconoció al juez Young y a su esposa, pero sabía que no podía dejar testigos. Mandó a sus hombres a que intentaran entrar en la casa, pero Larry logró accionar el blindaje de la casa y la selló del exterior.

—¿Estáis bien? —preguntó Sarah mientras abrazaba a sus hijos.

Rex también se acercó a ellos, Salma lo abrazó.

—¿Qué te ha pasado?

—Es una larga historia. Tenemos que llamar a emergencias antes de que logren entrar a la casa.

Rex había perdido su teléfono, Larry intentó llamar con el suyo, pero las persianas metálicas y la posición de la casa anulaban la cobertura.

—Arriba tiene que haber algún teléfono o central de alarmas —comentó el chico.

Subieron y comenzaron a buscar por el salón, mientras escuchaban los disparos contra las puertas y persianas. Entonces escucharon una explosión en la parte trasera.

—Creo que han logrado entrar, será mejor que subamos a la última planta.

Todos, menos Larry, hicieron caso de Rex, entraron en un cuarto y cerraron la puerta.

—Tengo que salir y llamar.

—Es una locura.

—No tenemos otra opción, papá.

El chico abrió todas las persianas de nuevo.

—Si no regreso, escapar por la ventana de atrás hacia el bosque.

—No Larry —le suplicó su madre, pero el chico ya estaba corriendo escaleras abajo. Salió por un lateral y puso en marcha el dron.

El aparato dio una vuelta entera por los alrededores de la casa, logró localizar cuatro atacantes. La mayoría entrando por la zona este, se dirigió al

lado contrario y se escapó por una ventana. Corrió cuesta abajo y probó el teléfono, parecía que comenzaba a tener cobertura.

—¡No lo hagas! —escuchó.

Ray le apuntaba con un arma. El chico levantó las manos.

—Suelta el teléfono.

Larry apretó el botón de emergencias y dejó que cayera el teléfono, en la otra mano continuaba sujetando el mando del dron, apretó la tecla para que regresara.

—Ahora suelta esa otra cosa.

El hombre escuchó un zumbido al lado de su oreja y se agachó, Larry lo envió contra la cara del hombre y las hélices le arañaron. El chico comenzó a correr, el hombre golpeó el dron y disparó al chico, alcanzándolo en la espalda.

CAPÍTULO 46

Anne que llevaba escondida en el árbol hacía un buen rato vio a Larry correr y cómo el hombre le disparaba, llamó a emergencias y se escondió entre las ramas. En cuanto el nativo se marchó, saltó y corrió hasta el chico. Taponó la herida y esperó a su lado.

En la casa, los sicarios de Ray, buscaban a los Young por toda la casa. Rex abrió la ventana y salieron al tejado del porche, estaban a punto de saltar cuando el jefe de los navajo los vio y comenzó a dispararles. Se tumbaron, mientras las balas silbaban sobre sus cabezas.

Entonces escucharon las sirenas, los nativos intentaron escapar por la colina, pero los policías los cercaron y en unos minutos los cazaron uno a uno.

Los Young salieron de la casa, Roberto aún no sabía lo que le había sucedido a su familia. Los sanitarios comenzaron a atenderlos, pero la pareja y su hija corrieron hasta el cuerpo de Larry. Dos sanitarios estaban intentando estabilizarlo. Anne se abrazó a Salma y Sarah a Rex.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó el juez.

—Ha perdido mucha sangre, hemos pedido un helicóptero, con la ambulancia no llegaríamos a tiempo.

Un par de minutos más tarde un helicóptero apareció en el horizonte, aterrizó en la explanada y cargaron el cuerpo.

—Puede subir un familiar dijo el médico.

Sarah corrió hacia el aparato y se sentó al lado de su hijo.

Mientras el aparato ascendía el jefe de policía y el fiscal se acercaron hasta el juez.

—¿Qué demonios ha pasado aquí?

—Me temo que ha terminado la guerra, aunque aún algunas personas tendrán que responder ante la justicia.

Los dos hombres lo miraron desafiantes, el juez se dio la vuelta y se marchó

con los tres: Anne, Salma y Roberto. Ya era noche cerrada cuando se dirigieron al coche de policía que les devolvería a Tucson. En toda Arizona y en el resto de los Estados Unidos la gente se reunía para celebrar el día más importante del año en familia. Ellos se conformaban con dar gracias por haber sobrevivido a aquel interminable día, mientras descendían la montaña y veían al fondo las luces de Tucson. Aquel firmamento eléctrico representaba muy bien cómo el ser humano era capaz de crear un universo a su medida, para destruirlo más tarde con todas sus contradicciones.

EPÍLOGO

Terminaron de cargar el coche y miraron hacia la casa de la colina. Rex pasó un brazo por el hombro de su hijo Larry y el otro por la cintura de su mujer.

Salma estaba despidiéndose de Anne.

—Creo que no voy a echar de menos Arizona.

Sarah afirmó con la cabeza.

—Yo tampoco, es una pena, puede que en otras circunstancias hubiéramos podido ser felices.

El juez había pedido el traslado a Florida para estar más cerca de su madre. La mujer había pasado un mes entre la vida y la muerte, no había sido fácil tener a su hijo y a Mary a la vez hospitalizados, pero ahora las cosas comenzaban a marchar mejor. El fiscal y el jefe de la policía habían terminado entre rejas, aunque la trama de corrupción llegaba hasta lo más alto.

Roberto bajó por la cuesta. Vivía en la casa con su hermana, aunque en poco tiempo el gobierno embargaría todos los bienes de su familia.

—Quería despedirme.

—Siento todo lo ocurrido —comentó Rex.

El chico se encogió de hombros y se aproximó a Salma.

—Venid con nosotros a Florida.

—No lo descarto, pero aún tenemos que arreglar algunas cosas por aquí. Seguiremos en contacto.

Los dos se abrazaron mientras el resto subía al coche. Salma entró la última, intentando secarse las lágrimas. Anne y Roberto los vieron partir, hacía calor y una bruma subía del asfalto. Aquella tierra de frontera no estaba hecha para todo el mundo, pensó Rex mientras se alejaban. No había lugares mejores ni peores, únicamente personas mejores y peores, que podían convertir el mundo en un infierno o en el mejor de los paraísos.

Otros libros del autor:

AMNESIA

AUTOR CON MÁS DE 800.000 EJEMPLARES VENDIDOS

¿Estás listo para recordar?

Descubre la novela de la que todo el mundo hablará este año.

"A veces la memoria nos pone a prueba y no nos atrevemos a recordar quiénes somos".

Internacional Falls, Minnesota, 4 de julio, una mujer es encontrada inconsciente y cubierta de sangre en el Parque Nacional de Voyager. El resto de su familia ha desaparecido y ella no parece recordar nada. El doctor Sullivan, director del centro psiquiátrico de la ciudad, y Sharon Dirckx, ayudante del Sheriff, intentarán que recuerde todo lo sucedido aunque sin saberlo pondrán en juego sus vidas, su idea de la cordura y los llevará hasta dudar de lo que la paciente le está contando. El tiempo corre en su contra y cada minuto cuenta para dar con los tres desaparecidos, antes de que sea demasiado tarde.

Con un estilo ágil e imágenes impactantes, Mario Escobar construye un thriller que explora los límites del ser humano y rompe los esquemas del género de suspense. Amor, odio, venganza, terror, intriga y acción trepidante inundan las páginas de la novela.

EL DILEMA

"A veces la verdad es más difícil de aceptar que la mentira".

Es un mal día para el ladrón Atila Haldor. Tras elegir la casa del juez Alan Hillgonth para dar su próximo asalto, descubrirá que el magistrado oculta un secreto terrible. En el sótano de la casa descubre a una joven encadenada y repleta de magulladuras.

Antes de que pueda reaccionar al terrible descubrimiento, escapará de la casa al escuchar que el juez ha regresado con su familia. Atila, tras el golpe fallido no sabe cómo actuar, si denuncia el caso a la policía puede terminar en la cárcel.

Al final decidirá regresar a la mansión para liberar a la chica, pero es demasiado tarde, la joven ya no está en el sótano. Unas semanas más tarde, la desaparición de una nueva adolescente le lleva a sospechar que se trata del mismo individuo, el juez Alan Hillgonth, un hombre casado y con hijos, al que se le considera uno de los pilares de la comunidad de Nueva Orleans.

¿Podrá demostrar la verdadera naturaleza del juez? ¿Se librará de convertirse en sospechoso de secuestro y asesinato? ¿Su decisión de atrapar al asesino pondrá en peligro a su esposa Patty y sus hijos?

EL INOCENTE

"Todos debemos enfrentarnos alguna vez en la vida con nuestra conciencia".

Annette y Jeffrey Green son una exitosa pareja de escritores. Tras varios fracasos sentimentales parecen haber encontrado la felicidad en su maravillosa casa en Lancaster, Pensilvania.

Es verano, mientras toman algo de vino al lado de la piscina recuerdan algunos de sus mejores momentos. Annette se marcha a dormir, pero lo que Jeffrey no sabe es que será la última vez que la vea con vida. Tras un desgraciado accidente, su esposa se cae por las escaleras y muere desangrada. La comunidad parece apoyar al pobre viudo, hasta que una carta anónima relaciona la muerte de su esposa con la de otra mujer, muerta en similares circunstancias en España en los años ochenta. El fiscal acusará a Jeffrey de asesinato y todo su turbio pasado se volverá contra él.

¿Podrá demostrar su inocencia? ¿Logrará que su propia familia le crea? ¿Dos muertes similares pueden ser casualidad?

El Círculo

“Tras el éxito de *Saga*, *Misión Verne* y *The Cloud*, Mario Escobar nos sorprende con una aventura apasionante que tiene de fondo la crisis financiera, los oscuros recovecos del poder y la City de Londres”

Argumento de la novela El Círculo:

El famoso psiquiatra Salomón Lewin ha dejado su labor humanitaria en la India para ocupar el puesto de psiquiatra jefe del Centro para Enfermedades Psicológicas de la Ciudad de Londres. Un trabajo monótono pero bien remunerado. Las relaciones con su esposa Margaret tampoco atraviesan su mejor momento y Salomón intenta buscar algún aliciente entre los casos más misteriosos de los internos del centro. Cuando el psiquiatra encuentra la ficha de Maryam Batoool, una joven bróker de la City que lleva siete años ingresada, su vida cambiará por completo.

Maryam Batoool es una huérfana de origen pakistaní y una de las mujeres más prometedoras de la entidad financiera General Society, pero en el verano del 2007, tras comenzar la crisis financiera, la joven bróker pierde la cabeza e intenta suicidarse. Desde entonces se encuentra bloqueada y únicamente dibuja círculos, pero desconoce su significado.

Una tormenta de nieve se cierne sobre la City mientras dan comienzo las vacaciones de Navidad. Antes de la cena de Nochebuena, Salomón recibe una llamada urgente del Centro. Debe acudir cuanto antes allí, Maryam ha atacado a un enfermero y parece despertar de su letargo.

Salomón va a la City en mitad de la nieve, pero lo que no espera es que

aquella noche será la más difícil de su vida. El psiquiatra no se fía de su paciente, la policía los persigue y su familia parece estar en peligro. La única manera de protegerse y guardar a los suyos es descubrir qué es “El Círculo” y por qué todos parecen querer ver muerta a su paciente. Un final sorprendente y un misterio que no podrás creer.

¿Qué se oculta en la City de Londres? ¿Quién está detrás del mayor centro de negocios del mundo? ¿Cuál es la verdad que esconde “El Círculo”? ¿Logrará Salomón salvar a su familia?

Mario Escobar

Autor Betseller con miles de libros vendidos en todo el mundo. Sus obras han sido traducidas al chino, japonés, inglés, ruso, portugués, danés, francés, italiano, checo, polaco, serbio, entre otros idiomas. Novelista, ensayista y conferenciante. Licenciado en Historia y Diplomado en Estudios Avanzados en la especialidad de Historia Moderna, ha escrito numerosos artículos y libros sobre la Inquisición, la Reforma Protestante y las sectas religiosas.

Publica asiduamente en las revistas Más Allá y National Geographic Historia. Apasionado por la historia y sus enigmas, ha estudiado en profundidad la Historia de la Iglesia, los distintos grupos sectarios que han luchado en su seno, el descubrimiento y colonización de América; especializándose en la vida de personajes heterodoxos españoles y americanos.